

HERNANDO DE SOTO

HERNANDO DE SOTO

HERNANDO DE SOTO

EXPLORADORES Y CONQUIS-
TADORES EXTREMEÑOS EN
AMÉRICA



ESTUDIO BIOGRÁFICO

HERNANDO DE SOTO

POR

DON LUIS VILLANUEVA Y CAÑEDO

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA
HISTORIA Y VICEPRESIDENTE DE LA COMISIÓN PROVINCIAL
DE MONUMENTOS

SEGUNDA EDICION

BADAJOS

TIP., LIBR. Y ENCDÓN. DE A. ARQUEROS.

1929

A LAS EXCMAS.

DIPUTACIONES PROVINCIALES

DE

BADAJOS Y CACERES

CUANDO todas las Naciones de ambos Mundos vienen a honrarnos concurriendo a celebrar en el puerto de Palos, bajo la augusta presidencia de S. M. la Reina y de su Consejo de ministros, el cuarto Centenario del descubrimiento de América; cuando los más ilustres literatos, historiadores, poetas y artistas, dedican sus talentos a esclarecer puntos dudosos de nuestra Historia, cantar las glorias de nuestros héroes o representar sus grandes hazañas, es mengua de España, y principalmente de Extremadura, que nadie hasta hoy, después de cuatro siglos, se haya ocupado en presentar reunidos los altos merecimientos del valero-

so Capitán y magnánimo guerrero Hernando de Soto, conquistador de la Florida.

Al pasar por delante de su modesto Monumento de la villa de Barcarrota, parece recordarnos la ingratitud de su patria; para reparar este involuntario olvido, se ha escrito esta modesta obra, que si es pequeña por ser mía, es grande por su objeto; que supla mi buen deseo las faltas de que adolece y que otros más ilustrados podrán corregir; pero que llene el deber que todos tenemos de recordar con orgullo las glorias de los ilustres caudillos extremeños.

A los dignos representantes de nuestras dos provincias debo yo dedicarla, porque en ella se trata de uno de tantos grandes Capitanes, nacidos en nuestra tierra, que agregaran a la poderosa Monarquía de España los más vastos y ricos imperios de Nuevo Mundo. Que la reciban con benevolencia nuestros representantes y quedarán satisfechos todos los deseos de

El Autor.



AL LECTOR

HACE ya muchos años que, en los ratos que me dejaban libres mis estudios, me ocupaba yo en investigaciones históricas acerca de este célebre conquistador, gloria de mi patria.

La circunstancia de haber nacido este célebre guerrero en el pueblo donde vieron la primera luz mis ascendentes, donde han nacido mis hijos, y donde yo espero que reposen también mis cenizas, servía de estímulo a mis naturales inclinaciones. La grandeza de las hazañas y la generosidad de las acciones de este célebre guerrero, llenaban mi alma de aquella íntima satisfacción que resulta al medir la altura de los grandes hombres, mucho más cuando con sus brillantes hechos han enaltecido su nombre, sin que la más leve mancha empañe el brillo

de su fama. Desgraciadamente, en nuestras conquistas de América, no todas las acciones son igualmente dignas de alabanza; pero no perteneció Soto a esa clase de hombres que, a pretexto de civilizar los pueblos, han sembrado por todas partes el espanto y la desolación; por el contrario, tan valiente como humano, y tan grande como generoso, supo siempre llevar a cabo sus gigantescos desig-
nios, sin manchar su fama con la cruel envidia ni la menguada codicia. Tan grande como Cortés, tan valiente como Pizarro, fué el más clemente y generoso de todos los capitanes que pelearon en las Indias, y supo conquistar para sí una gloria menos estrepitosa que la de los otros, pero más duradera y más digna de la admiración del mundo. Por eso dice un escritor moderno, en grande elogio suyo: *«El único entre los conquistadores de América, que supo unir la moderación a la fuerza, y la generosidad a la ambición, fué el adelantado Hernando de Soto»*. Y sin embargo, nadie se ha ocupado hasta hoy de reunir en un solo volumen la historia de sus hazañas, que se halla diseminada en las diversas historias de Indias, y este trabajo era el que yo me proponía realizar hace ya muchos años. Tuve entonces por auxiliares en mi empresa a mis dignos amigos el ilustre académico don Pascual Gayangos, cuyas curiosas noticias me fueron sumamente útiles, y el no menos distinguido literato sevillano don Juan José Bueno, que me facilitó algunas, sacadas del Archivo de Indias de Sevilla. También en esta villa, patria del conquistador, dediqué algún tiempo a mis investigaciones, aunque con escaso fruto; próxima esta villa a la frontera portuguesa, ha sufrido mucho en las diversas

guerras con esta nación; sus archivos fueron completamente destruidos, y los libros parroquiales más antiguos sólo alcanzan al año 1599. En el curso de esta pequeña historia expondré los únicos datos hallados, que por cierto son bien escasos, pues ni en la tradición se encontraba ya memoria de este hijo ilustre, ni de su familia existe hoy rama alguna en esta villa, por haber sin duda mudado de residencia.

Los que se dedican a esta clase de trabajos saben bien las dificultades que ofrecen, y para mí debían ser insuperables, teniendo mi residencia habitual en un punto aislado, sin recursos para el trabajo, reducido a mi pequeña biblioteca, sin estímulo, y teniendo que molestar continuamente a mis amigos para adquirir las noticias que deseaba. *«Trabajo deslucido—dice Solís—, pues sin dejarse ver del mundo, consume obscuramente el tiempo y el cuidado.»* Cansado al fin de tan improbo afán, había abandonado completamente la empresa, cuando un acontecimiento digno de elogio y que hace honor a la cultura de estos habitantes, hizo revivir mi antigua afición y aguijoneó de nuevo mi adormecido deseo de reunir en un solo volumen toda la vida y las hazañas de tan ínclito caudillo. (1)

(1) El día 25 de Julio de 1866 se levantó en esta villa de Barcarotá el primer monumento que ha dedicado España a la gloriosa conquista de América; este acto hace grande honor a la cultura de estos habitantes y es una prueba de que aún no se ha extinguido en España el amor a las glorias nacionales. Aunque sencillo y modesto, este pequeño monumento, proporcionado a los recursos de este vecindario, merece, por su objeto, que hagamos aquí su descripción.

En el centro de un pequeño paseo que existía en la plaza principal, y sobre una gradería de marmol de un metro de al-

Es la vida y los trabajos de Soto de tan difícil narración, tan falta de unidad y tan escasa de datos, que si ha de escribirse desde sus primeros años, preciso es tomarla desde que pasó al Nuevo Mundo, en 1514, hasta que falleció en su desgraciada expedición de la conquista de la Florida; ¿ni cómo omitirse aquella primera parte de su vida, siendo tan importante el papel que desempeñó en Castilla del Oro y Nicaragua y mucho más en la ruidosa y sangrienta expedición del Perú, como lugar-teniente de Pizarro? Mas como al fin no fué el jefe de estas expediciones, parecería impropio detenerse demasiado en estos sucesos, y por lo mismo me he limi-

tura, se levanta un elegante pedestal de dos metros, de orden dórico, y sobre él se halla colocada la estatua del conquistador Hernando de Soto, de una sola pieza y de tamaño natural; se apoya la figura sobre el pie derecho, la mano izquierda descansa sobre la empuñadura de la espada y la derecha sobre el casco, en actitud de tomarlo para salir al combate; viste la férrea armadura y le adorna la faja de Capitán general; la figura está bien modelada y tiene un continente marcial; el rostro expresa bien el valor y la generosidad que tanto distinguieron a este célebre guerrero; en el frente del pedestal se lee la siguiente sencilla inscripción: «Al valiente y magnánimo guerrero Hernando de Soto, conquistador del Perú, Gobernador de Cuba, Adelantado, Capitán General y Gobernador de la Florida, la villa de Barcarrota, su patria, dedica esta memoria en 1866.»

Al lado opuesto se leen en dos columnas: en una los nombres de las batallas más célebres de la Florida, Vitachuco, Apalache, Manvilz, Chicaba, Alíbamo, Capaha, Tula, Anilco, y en la otra los nombres de los capitanes y soldados, de aquella villa, que le acompañaron en la expedición: Diego García, Arias Tinoco, Diego de Soto, Alonso Romo, Diego Arias, Luis de Soto, Francisco Sebastián, Soto y Añez.

Todo el monumento es de rico marmol de Cintra y construido en Lisboa, en el taller del escultor y lapidario Fortunato José da Silva. Fué costado por suscripción voluntaria de todos los vecinos, a invitación de su alcalde don Joaquín Portella, a quien debe la villa esta y otras muchas obras de reconocida utilidad y embellecimiento.

tado a describir a grandes rasgos esta parte de la historia de América, deteniéndome solamente en algunos sucesos en que tuvo Soto una parte más principal, hasta llegar a la expedición de la Florida, que exclusivamente le pertenece. Respecto a la primera época, he procurado dar una idea general de aquellas expediciones, tomándola de las relaciones más verídicas, pero sin detenerme en sucesos de menos importancia, y para la segunda, o sea la historia de la Florida, he seguido y copiado, en parte, para la mayor exactitud y seguridad, principalmente a Garcilaso, por considerarle, no sólo como el más verídico y casi cohetáneo, sino también como el más completo de todos. También he tenido a la vista la relación de uno de los conquistadores, obra muy apreciada de los eruditos, que ha publicado recientemente la Academia de Ciencias de Lisboa. (1)

Neditada bajo un plan más vasto mi primitiva empresa, y careciendo de elementos para llevarla a cabo como la tenía concebida, habré también de reducirla a una simple biografía, sin otra aspiración que la de complacer a mis amigos y que los habitantes de esta villa, ya que han tenido la gloria de levantar un monumento a la memoria de Soto, puedan conocer y apreciar las importantes hazañas con que hizo inmortal su nombre. Así podré también estimular a otros más laboriosos y entendidos para llevar a feliz término la empresa que yo tenía

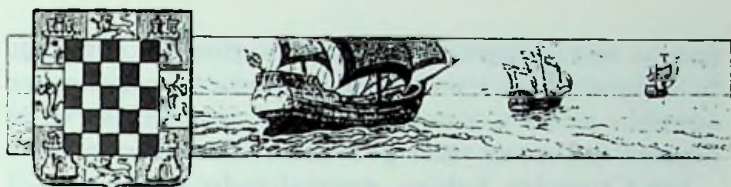
(1) Relação verdadeira dos trabalhos que o Governador Fernando de Souto e outros fidalgos portugueses fizeram na conquista de la Florida — Por un fidalgo de Elvas. — Evora 1557-Lisboa 1844.

proyectada, y si la consigo, no serán completamente estériles mis pobres trabajos.

Tales eran mis propósitos en 1866; pero todavía desmayé en mi empresa y guardé mis borradores. El esplendor con que se celebra hoy por todas las naciones el cuarto centenario del descubrimiento de América, me decide al fin a publicarlos, contribuyendo así, con mi modesto trabajo, a la apoteosis del más grande suceso que han presenciado los siglos, y que tanto enaltece a los héroes que lo realizaron, como a los preclaros monarcas que lo protegieron y a los que hoy con orgullo lo recuerdan y celebran.

Villanueva de Barcarrota, a 3 de Agosto de 1892.





ESTUDIO BIOGRAFICO

HERNANDO DE SOTO

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

IDEA GENERAL DE NUESTRAS CONQUISTAS

DE AMÉRICA

CON el descubrimiento de América se abrió para los españoles un nuevo campo donde ejercitar su genio emprendedor y aventurero; a ellos y a los portugueses se debe el descubrimiento y conquista de la mayor parte de los pueblos de aquel vasto continente. El espíritu general de la época, la situación geográfica de nuestra Península, el carácter atrevido y aventurero de los españoles, y hasta el tiempo en que tuvo lugar el descubrimiento, todo contribuyó a la realización de aquella magnífica epopeya: y forman aquellas conquistas una de las

épocas más grandes de nuestra gloriosa historia. Si después hubieran sabido colonizar y gobernar aquellos ricos y extensos países, aún conservaría España todas sus ricas provincias de América.

Las Cruzadas habían generalizado en Europa el deseo de los viajes y de las conquistas en lejanos países; aunque España no tomó parte en aquellas grandes empresas, sustentó durante el largo espacio de ocho siglos, y dentro de su propio territorio, la Cruzada contra los moros, y el continuo batallar durante tan largo período de tiempo llegó a constituir una especie de necesidad social; concluida felizmente aquella guerra con la gloriosa toma de Granada, necesitaba España dar ensanche al espíritu belicoso y aventurero de sus hijos, y esta puerta la abrió el inmortal Colón, disipando las nieblas de aquel mar *tenebroso* y enseñándoles el camino de un Nuevo Mundo. Pero así como en las guerras de la Cruz no fué únicamente el espíritu religioso el que animó a los guerreros, sino la ambición, la gloria mundana y la posesión de algún rico territorio, así también en nuestras expediciones de América se ve continuamente a los guerreros marchar en busca de los metales preciosos, arrojando para ello los mayores peligros y olvidándose de lo que debiera ser el objeto principal de sus expediciones, la civilización cristiana de aquellos habitantes y el engrandecimiento de la Monarquía española. No obstante, no debe perderse de vista que lo mismo los guerreros de las Cruzadas en el siglo xii, que los españoles en el siglo xvi, se dejaban llevar también de aquel entusiasmo religioso y aquel espíritu caballeresco de la época; considerábanse como el brazo armado de la Providencia, a cuyo auxilio

atribuían el éxito de sus grandes empresas y con el que creían justificar sus más atroces crueldades. Pero no debe juzgarse a los hombres más que por el espíritu y cultura de su época, por el medio ambiente en que viven.

Hay también que tener presente que casi todas las conquistas de América fueron llevadas a cabo por empresas particulares y a su propia costa, sin que el Estado pusiera nada de su parte, y por eso se ha dicho por algunos historiadores, aunque con notable injusticia y ligereza, que *a costa de locos, necios y porfiados compró España el Señorío del Nuevo Mundo*.

Con estos antecedentes no se puede extrañar que el objeto principal de aquellas arriesgadas empresas fuera la posesión de los metales preciosos que con tanta abundancia ofrecían aquellas ricas minas, y como los conquistadores eran generalmente pobres, que se veían precisados a vender todas sus haciendas y hasta su propio hogar para emplearlo con tanto riesgo en estas expediciones, no podían conformarse con el humo perfumado de la gloria, y era natural que aspirasen a mejorar su posición aumentando su riqueza. Como generalmente eran de escasa fortuna, aunque de grandes alientos, se veían precisados a asociarse entre sí, procurando también que otros más ricos contribuyeran a los gastos de la expedición, con el aliciente de la ganancia, sin exponer éstos más que sus capitales, mientras que los Capitanes y soldados ponían a precio sus vidas y sufrían los quebrantos, como sucedió a Pizarro y a Almagro con Hernando de Luque, en el célebre convenio para la memorable conquista del Perú. ¿Qué extraño, pues, que estos

aventureros cifrasen su principal cuidado y su ambición en las riquezas, cuando tenían a su espalda la ruina y la miseria a que voluntariamente se habían condenado por la esperanza de mayor gloria y fortuna en aquellas empresas? ¿Ni cómo extrañar las discordias entre ellos mismos por aspirar al mayor lucro, cuando éste era el principal objeto de sus fatigas y trabajos y el premio más seguro de los mismos? Los Monarcas españoles satisfacían los grandes y leales servicios de aquellos atrevidos súbditos, repartiendo entre ellos una parte del territorio que conquistasen, a ejemplo de lo ocurrido en la época del Feudalismo, dándoles títulos, grados y consideraciones sobre los mismos países que conquistasen y sobre los súbditos que sometieran a la dominación española; en algún caso contribuyó también la Corona con algún recurso; pero lo que daba prestigio a los expedicionarios era el contrato que celebraban con los Monarcas para llevar a cabo su empresa, y para esto se estableció en Sevilla la casa llamada de *La Contratación*; pero nunca se hicieron estas expediciones con recursos propios de la Nación, ni con Capitanes y soldados a sueldo. Por eso lo que admira y da al mismo tiempo una alta idea de la lealtad de los súbditos españoles es que entre tantos conquistadores que, como hemos dicho, hacían todo a sus expensas, no hubiese uno sólo que intentase, ni menos llevase a cabo, separarse de su Rey y establecer en aquel país un Gobierno independiente, como sucedió con frecuencia con los Jefes de las Cruzadas; muchos, sí, perecieron a manos de sus émulos, imputándoseles tan atroz delito, pero es constante y plenamente probado que ninguno lo

llevó a cabo, ni lo intentó siquiera. Y no se diga que faltaron para ello los elementos, porque los grandes imperios de Méjico, del Perú y otros muchos, hubieran sido bastante fuertes para sostener su independencia, si tal hubiera sido la idea y el propósito de sus conquistadores, como lo hicieron en la Tierra Santa, Godofredo, Valduino y otros guerreros de las Cruzadas; pero nuestros Capitanes y soldados, a quienes se ha acusado con tanto encono como ligereza, de avaros y ambiciosos, se contentaban con la gloria de su conquista, con ser los Gobernadores de aquellos ricos países y, tal vez, con un vano título de Marqués, y principalmente con las riquezas que su expedición les producía; pero entregaban religiosamente a su Rey el quinto de cuanto adquirirían, las joyas más preciosas y los más raros objetos; le anticipaban fondos de su propio peculio, después de agrandar extraordinariamente los límites de su poderío, y obedecían con sumisión las órdenes de sus Soberanos, aunque fuesen muchas veces ingrato pago a sus grandes y heroicos servicios.

Poco disfrutaron del éxito de sus hazañas, ni el gran descubridor, ni los famosos conquistadores. A Colón lo trajeron preso y aherrojado desde América; Balboa murió en un cadalso, por no saber ocultar su propia grandeza; Valdivia fué sacrificado por los indios; Soto perdió su vida y toda su fortuna en su sangrienta empresa y halló su tumba en el río grande; los Pizarro y Almagro murieron afrentosa o violentamente en aquella misma tierra que habían regado con su sangre, y al conquistador de Méjico no se le distinguía entre los miserables cortesanos de Carlos I; ninguno logró acabar sus

días con tranquilidad y gozar en paz del fruto de sus trabajos. ¡Triste ejemplo de la mudable fortuna! La posteridad ha hecho justicia a sus grandes merecimientos y eleva hoy en su honor estatuas y mausoleos.

Puede decirse que España ha sido en todos los tiempos, por su desgracia, por decreto especial de la Providencia, o por la condición y carácter de sus hijos, una nación forzosa y necesariamente guerrera; en su suelo se ventilaron las más grandes cuestiones del mundo; aquí lucharon Roma y Cartago, César y Pompeyo, el mahometismo y la Religión Cristiana; vino después el descubrimiento de América, y con él la lucha entre el antiguo y el nuevo mundo: ha tenido que resistir con fiereza diversas invasiones; para recuperar su perdida nacionalidad tuvo que sustentar, con una constancia sin ejemplo, una lucha de muchos siglos; cuando los españoles no han tenido que sostener guerras extranjeras para defender sus hogares y su independencia, las han buscado en lejanos países, sirviendo a Reyes o Emperadores, o se han devorado en constantes y terribles guerras civiles. Este constante batallar, le ha hecho olvidar o desdeñar las artes de la paz y, abandonando sus industrias, ha fiado todo su porvenir en las conquistas y en la guerra, empujada por su espíritu emprendedor y aventurero. Si pasamos a considerar el partido que sacó España de las conquistas de América, encontraremos que fueron ellas la causa principal de su decadencia y ruina, cuando debieran haberlo sido de su mayor esplendor y grandeza.

Era la guerra en el siglo xvi la primera, la más noble y quizá la única decorosa ocupación de las

clases notables; el Comercio, desdeñado y envilecido, se ejercía con grandes trabas y dificultades; a él se dedicaban casi exclusivamente los judíos, raza degradada y envilecida, que vivía al lado de los grandes señores Feudales, expuesta siempre a sus violentos despojos, y condenada por lo mismo a tener que ocultar sus riquezas; la Industria, paralizada y casi muerta por falta de brazos que se dedicaban a la guerra y por falta de estímulo, atendido su modesto beneficio, naturalmente medrosa y asustadiza, huyendo del estruendo de la guerra, se trasladó a otros países que, menos favorecidos por la Naturaleza, menos ricos en metales preciosos y menos ocupados en la guerra, tuvieron necesidad de dedicarse a ella, y de adquirir, por medio de los cambios y del trabajo, lo que le negaba la Providencia y no le alcanzaban las conquistas; entre tanto, España, ocupada en constantes guerras en Europa, que absorbían todos sus tesoros, despoblada, fija siempre su vista en las flotas de América, no obligada por la necesidad a mejorar sus artes y su industria, fascinada con su inmenso poderío y sus abundantes tesoros, no se cuidaba del porvenir, disipaba su fortuna, como si no tuviese término la explotación de aquellas ricas minas, y olvidaba el trabajo, las artes, la industria y el comercio, base principal y sólida de las riquezas de las naciones.

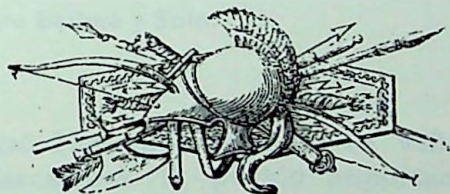
Son incalculables los males que trajo sobre España esa inmensa aglomeración de metales preciosos (1), cuya abundancia encarecía sobremanera to-

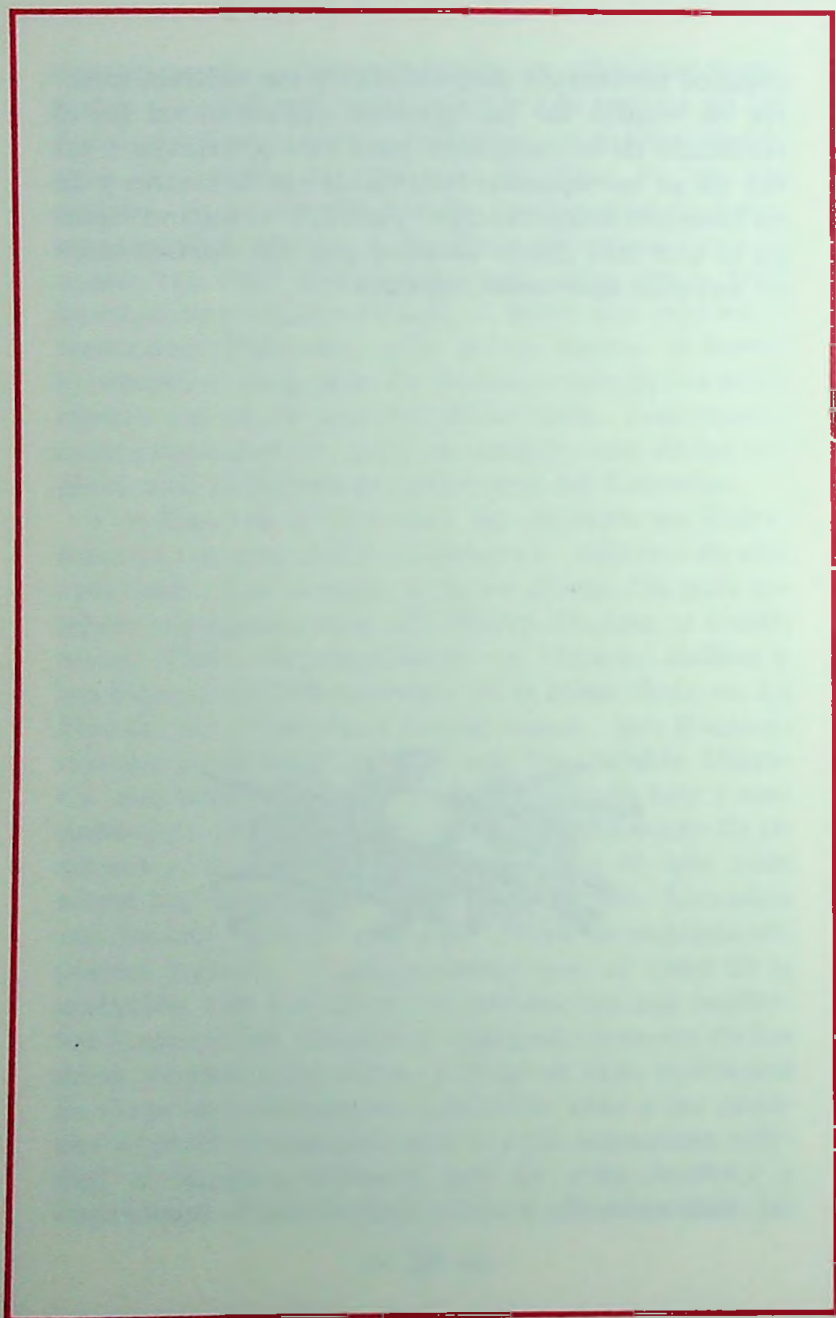
(1) Dice a este propósito un célebre historiador de aquellos tiempos: «como no se oviese descubierto el infierno del Perú, que con la multitud de quintales de oro ha empobrecido a España.»—Fr. Bartolomé de las Casas. His. Gen., cap. 89.

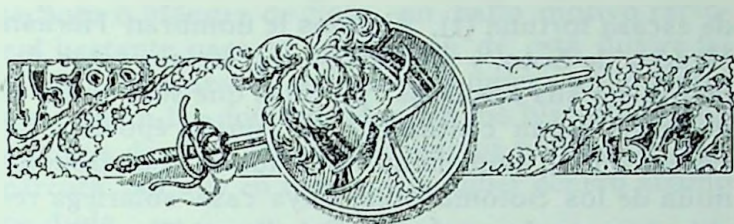
das las cosas, nos comprometía en empresas temerarias y suscitaba contra nosotros la envidia de las demás naciones, que se coligaban en nuestro daño; pero en medio de todo, las hazañas de los españoles en el Nuevo Mundo forman una de nuestras mayores glorias, y la Historia registra en sus anales los más grandes hechos, llevados a feliz término con una constancia y valor que raya en la temeridad. Pudo ser, y lo fué en efecto, el descubrimiento y conquista de América una de las principales causas de nuestra decadencia, económicamente considerada, pero es también una de las páginas más brillantes de la historia del Universo.

Y es digno de notarse que, no obstante ser Extremadura una provincia del interior, salieron de ella casi todos, o al menos, para su gloria, los más célebres conquistadores del Nuevo Mundo, y Valdivia en Chile, Hernán-Cortés en Méjico, Balboa y los Pizarro en la Española y en el Perú, Soto en La Florida, los Alvarado y tantos otros, que llenaron con sus inmortales hechos aquella notable Historia, nacieron en esta tierra, tan olvidada hoy y empobrecida; por eso, por ese afán inmoderado de riquezas y de renombre, fué este país el que más sufrió las consecuencias de la conquista. Llevados sus ilustres hijos de un noble deseo de engrandecimiento y gloria, y aguijoneados por el cebo de la ambición y de la codicia, abandonaron sus modestos hogares; las hazañas y engrandecimiento de los unos, atraían a los otros, y llegó el caso tristísimo de verse las poblaciones reducidas sólo a las mujeres; contribuyendo no poco a esta espantosa soledad el fanático extravío por la vida ascética y conventual. Pueblos destruidos o abandonados, in-

menosos territorios despoblados y sin cultivo; miseria en medio de las grandes riquezas; tal fué el resultado de la conquista para esta provincia, y tal vez no se ha repuesto todavía de sus desastres y de su inmensa despoblación; pero fué al mismo tiempo la que más gloria alcanzó por sus ilustres hijos en aquellas apartadas regiones.







CAPITULO II

Nacimiento de Soto.—Su patria. - Su primera educación. Su salida para América en la Flota de Pedrarias.—Su primer empleo.—Discordias en el Darién.—Primeras noticias del Perú —Expediciones de Vasco Núñez de Balboa.— Procesamiento y muerte de éste.—Coincidencias de origen y fortuna entre Balboa y Soto.

NACIÓ Hernando de Soto en Villanueva de Barcarrota (1), pueblo importante de la provincia de Badajoz, que hoy corresponde al partido judicial de Jerez de los Caballeros, de cuya ciudad dista sólo cuatro leguas y ocho de la capital; se ignora la época de su nacimiento, que debió tener lugar por los años de 1500, y, según los historiadores, pertenecía a una familia ilustre, aunque

(1) Todos los historiadores están conformes en que fué Barcarrota la patria de Soto, pues aunque la relación del Fi-

de escasa fortuna (1). Algunos le nombran Hernán Méndez de Soto, y me inclino a creer que estos debieron ser sus apellidos, por más que sólo usase el de Soto, según costumbre de aquella época, o tal vez porque lo considerase más ilustre. La noble familia de los Sotomayores, cuya casa solariega reside hoy en Jerez de los Caballeros (2), pretende estar emparentada con el conquistador; pero no tengo datos que lo justifiquen, ni hallo rastro de ello en las historias, que sólo le nombran Soto y Méndez de Soto. Fundan su pretensión los Sotomayores en que su verdadero apellido es Méndez de Sotomayor; pero como nunca ni en ninguna historia se le nombra Sotomayor, sino simplemen-

dalgo de Elvas dice que era hijo de un escudero de Jerez de Badajoz, no asegura que fuera natural de dicha ciudad, y respecto a su origen está en contradicción con lo que afirma el Inca Garcilaso y los demás historiadores de Indias.—Véase Hist. de la Florida, Lib. I, Cap. XIV.—Herrera. Déc. VI, Lib. VII.—Relação del Fidalgo de Elvas, Cap. I.

(1) Garcilaso dice que era noble por todos cuatro costados y el Fidalgo de Elvas, *que pasó a Indias sin más hacienda que su espada y sus buenas cualidades*. El Dr. D. Juan Solano y Figueroa, en su «Historia Eclesiástica del Obispado de Badajoz», dice *que era natural de Villanueva de Barcarrota*, y le nombra Hernán Méndez de Soto.—M. S. del Seminario de Badajoz.

(2) En 1612 era natural y vecino de dicha villa de Barcarrota el Licenciado Cristóbal Méndez de Soto, Abogado, como se ve por una escritura de dación a censo, que existe en el archivo de la Parroquia de Santiago. No solían dedicarse a esta noble profesión más que personas ilustres.

También en 1720 existía en dicha villa, y era natural y vecina de ella, doña Ana Benegas de Sotomayor, esposa de Benito Vázquez Cepas, según escritura de fundación de un Patronato de legos, otorgada en dicho año.

Otra de las razones que apoyan la opinión de ser Soto natural de Barcarrota, es que, para su conquista de la Florida, vino a esta villa y llevó a la expedición a Diego García, hijo del Alcalde de la fortaleza, que mandaba uno de los navíos, con otros nueve expedicionarios, tres de ellos de su mismo apellido, y no consta que llevase tantos de Jerez.

te Soto o Méndez de Soto, no hallo motivo racional bastante para la pretensión de esta ilustre familia. Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que, según las noticias de todos los historiadores y algunos de ellos casi coetáneos, fué natural de Barcarrota, sin que en esto pueda haber género alguno de duda.

Ninguna noticia nos queda de sus primeros años y de la educación que recibiera; ni tampoco de los móviles que le impulsaron a adoptar la carrera de las armas a la temprana edad de catorce años y embarcarse para América a compartir con aquellos capitanes los trabajos y penalidades de aquellas peligrosas conquistas. Pero es indudable que no sería su educación tan descuidada como las de Pizarro, Almagro y otros conquistadores (1), pues no puede suponerse que en aquellos apartados climas, y durante el continuo ejercicio de las armas, adquiriese ningunos conocimientos, que tampoco tenía maestros que lo dirigieran, y ya nos dice el Fidalgo de Elvas, su compañero en la expedición, que llevó a América su espada y sus buenas cualidades, que serían sin duda notables cuando se distinguía a la edad de catorce años; por otra parte, la mayor cultura y rectitud con que se condujo en las situaciones más difíciles, distinguiéndose de sus compañeros y hasta influyendo en su conducta, no siempre arreglada a los principios de moralidad, justicia y conveniencia pública, debió sin duda su origen a la más esmerada educación que en sus primeros años recibiera y a la natural bondad y nobleza de su carácter.

(1) Eran pocos los que sabían leer, y el Gobernador sólo ponía dos rúbricas, y en medio de ellas escribía el nombre su secretario. (N. del A.)

Las noticias que ya en aquella época se tenían de los tesoros de América, de la fortuna y de la gloria alcanzada por otros Capitanes y tal vez las que llegarían a Barcarrota desde Jerez, patria del ilustre Vasco Núñez de Balboa, que le había precedido algunos años, debieron levantar el ánimo de Soto desde su más tierna edad y le condujeron a ser émulo de aquellos distinguidos Capitanes, muchos de ellos sus paisanos y tal vez sus amigos.

Hacia ya veintidos años que había sido descubierta la América, y todo el territorio conquistado se reducía a las cuatro islas de Santo Domingo, Cuba, Puerto-Rico, La Jamaica y una pequeña parte del continente; después de los viajes del inmortal Colón y de su intento, no realizado, de poblar en la tierra firme, otros varios aventureros habían tenido el mismo empeño, aunque sin lograrlo. Ya en 1501 Rodrigo de Bastidas había recorrido las costas de Cartagena y de Cumaná; después le siguió Alonso de Ojeda, que tampoco pudo lograr establecerse en aquellas tierras, pues aunque lo intentó por dos veces, no pudo resistir al ímpetu terrible y feroz de aquellos naturales, que con sus flechas envenenadas no le daban momento de reposo y hubo de abandonar la empresa. Más desventurado aún Diego de Nicuesa, después de grandes desastres en el mar, derrotado y aniquilado en varios encuentros con los indios, fué rechazado también por los españoles y pereció en el mar con sólo diez y ocho de los suyos. Parecía que el cielo y la tierra resistían el establecimiento de los españoles en el continente americano llamado «Tierra firme», y las enfermedades, el hambre, los rigores del clima y la tenaz resistencia de los naturales, hubieran acobardado a hombres me-

nos temerarios que los conquistadores; pero éstos, lejos de desmayar en su empresa, los desastres y desgracias de unos solo servían de aliento y entusiasmo para los otros. Ya en este tiempo los pocos españoles que habían quedado de la segunda expedición de Ojeda y los que había traído su compañero el Bachiller Enciso, guiados por Vasco Núñez de Balboa, habían llegado al río Darien y fundado la villa de Santa María de la Antigua, después de una sangrienta batalla con los indios, a quienes derrotaron, apoderándose de la población, en la que encontraron algunas piezas de oro y noticias de otros países más abundantes en metales preciosos, siendo esta la primera colonia española que logró establecerse en aquel continente.

No es de este lugar referir los sucesos ocurridos en el Darien durante la dominación de Vasco Núñez, ni las conquistas que hizo y las contrariedades que sufrió hasta descubrir el mar del Sur, ni tampoco de las primeras noticias que se tuvieron del rico imperio del Perú, ni mucho menos de las desavenencias y disgustos que mediaron entre aquellos pocos españoles, ocasionados por su desmedida codicia; basta a nuestro propósito hacer ver que la fama de esta colonia y los tesoros que de allí enviaron, juntas con la relación que trajeron a España algunos de aquellos colonos, hicieron concebir grandes esperanzas de lucro a los aventureros españoles, y el Rey Católico, deseoso de poner término a las contiendas que retardaban el feliz éxito de aquella expedición, y a la vez con las esperanzas concebidas de la importancia de aquella empresa, pensó en mandar allí una persona de autoridad y respeto y fué nombrado para ello Pedro Arias Dá-

vila, caballero de Segovia, muy apreciado en la Corte por estar casado con una hija de la marquesa de Moya, muy conocida por su amistad con la Reina Católica. Contra lo establecido en otras expediciones que se consideraron de menor importancia, gastó el Rey en aquella Armada más de 54.000 ducados, suma crecida en aquellos tiempos, y se componía la expedición de quince navíos bien provistos de gente y Capitanes, y de armas y municiones de boca y guerra.

La fama de la riqueza de aquel país hizo cambiar su primer nombre de Nueva Andalucía por el de Castilla del Oro (1). Se dió el título de ciudad a la villa de Santa María de la Antigua y se consagró un Obispo para su iglesia. La fama de esta gran expedición y las esperanzas de adquirir gloria y fortuna atrajeron a los aventureros de toda España, siendo tantos en número, que habiéndose concedido al Gobernador que llevase 1.500 hombres, después de despedir a muchos por no ser posible llevarlos a todos, todavía se embarcaron 2.000. En esta expedición, la más importante que hasta entonces se había dirigido a América, se embarcó Hernando de Soto, y cuando obtuvo entre otros muchos la preferencia, es de suponer que tuvo algunos valedores para alcanzar su ingreso en la Armada, o más bien, que en aquella temprana edad era ya mozo de esperanzas. La expedición se hizo a la vela en San Lúcar de Barrameda el 11 de Abril de 1514 y en ella iba Soto, que sólo contaba a la sazón catorce años (2).

(1) Otros aseguran que se dió este nombre a la provincia Occidental del istmo, que comprendía la rica provincia de Veragua. — Washington, viajes de Colón, apéndice 2.º

(2) Relação del Fidalgo de Elvas. Cap. I.

Sin contratiempo digno de mención, llegó la Armada a la nueva ciudad del Darien el 29 de Junio del mismo año. ¿Pero cuál no sería la sorpresa y el desaliento de los que llegaban, halagados con tantas esperanzas de riquezas, al ver la pobreza y miseria en que se hallaban sus compañeros? Según la idea que habían concebido de la tierra, creían que el Gobernador de Castilla del Oro debía habitar un gran palacio, vestir un traje adornado de perlas y piedras preciosas y dejarse servir por una multitud de esclavos; pero lejos de eso, encontraron al célebre Vasco Núñez vestido con ancho pantalón de algodón a manera de zaragüelle, con una camiseta de la misma tela, con alpargatas y dirigiendo a unos cuantos indios que cubrían de paja su modesta casa, en lugar de aquel ostentoso palacio que soñaban los expedicionarios. Desembarcaron éstos sin dificultad y fueron recibidos con aparente alegría por sus hermanos, que recelaban, con razón, viniesen a privarles de los escasos recursos y menguada fortuna que habían adquirido a costa de tan grandes sacrificios y penalidades. No menos sorprendidos y pesarosos los recién llegados, mostraban su disgusto, pues en lugar de la abundancia y riquezas que esperaban, sólo encontraron miseria y privaciones. Como era natural, el aumento de la colonia vino a aumentar la desgracia de todos; bien pronto escasearon los bastimentos; los escasos productos de la tierra no podían bastar a su manutención; los que venían en la Flota se consumieron en pocos días, y fué preciso disminuir las raciones, como si fuera una ciudad sitiada por hambre. Como sucede en tan críticas situaciones, la privación y la escasez trajeron las enfermedades;

la diversidad de clima y su influencia las aumentó, y muchos morían desfallecidos de hambre o acometidos de aquellas terribles enfermedades que son tan comunes en los países tropicales. Los que habían dejado sus hogares y vendido sus haciendas para mejorar su fortuna se veían ahora pobres, desvalidos y enfermos, llegando a tanto la escasez, que muchos se alimentaban con hierbas de los campos. En tan crítica situación, una acometida de los indios hubiera acabado con la naciente colonia, y se hubieran perdido las esperanzas concebidas de aquella poderosa expedición. Murieron más de 700 personas en el término de un mes. Cansados de tantos sufrimientos muchos de los expedicionarios y chasqueados en sus deseos, abandonaron aquella ingrata tierra, con licencia del Gobernador, y se volvieron a Castilla. Tal fué el principio de aquella poderosa expedición, al sentar su pie en el Continente americano, y esta fué la primera escuela de privaciones y sufrimientos que experimentó Hernando de Soto, y que debían probarle para otros mayores.

Cuando llegan las desgracias es difícil conservar las amistades, porque nadie se conforma con su suerte; las antiguas querellas de los vecinos del Darien, lejos de amortiguarse con la llegada de la Flota, se encendieron de nuevo; las desgracias agriaron el carácter de aquellos Capitanes, y la envidia acrecentó el conflicto; los recién venidos, menos acostumbrados a las privaciones, sufrían con poca resignación las desgracias que la Naturaleza o su precaria situación les traían. No podía Pedrarias mirar sin enojo la superioridad y el ascendiente que Vasco Núñez tenía entre sus compañeros, y si no

le sacrificó desde luego a su ambición, fué porque conoció que este guerrero era el único que, por su capacidad y experiencia en las cosas de la tierra, podía conducirles a la suspirada tierra del oro, y además, por las especiales recomendaciones que de su persona traía de la Corte. Pero las desacertadas medidas de Pedrarias, la conducta feroz de sus Capitanes y sus descalabros en diversas expediciones contra los indios, redujeron el número de sus soldados y de sus partidarios, que, llenos de terror, no se atrevían a salir del Darien, creyendo hallar indios por todas partes que viniesen a asolar el pueblo; Balboa y sus parciales veían con cierto placer estos desastres, que desacreditaban la nueva autoridad, enalteciendo la antigua. En tan crítica situación, parecía natural que aquellos hombres, olvidando sus antiguos rencores, se unieran y sólo procuraran su salvación; pero lejos de eso, los mismos desastres enconaban más sus odios y atizaban el fuego de la discordia, atribuyéndolos Balboa y sus parciales a las desacertadas providencias de Pedrarias, y éste a la rebeldía de aquél y a sus censuras; las acusaciones del uno contra el otro llegaron a la Corte de Castilla, y hubieran debido obtener allí remedio; pero lejos de tomarse una providencia suficiente, que contuviese aquellos males, sólo se daban órdenes aconsejando la paz y la buena armonía; porque ni se quería privar de su autoridad superior a Pedrarias, ni desprenderse de Balboa, que continuamente enviaba a la Corte presentes de oro y perlas, recogidos en sus excursiones anteriores, y a quien se consideraba como el hombre más necesario para el feliz éxito de aquella expedición. ¡Cuán cierto es que las vacilaciones y debilidades

en los Gobiernos son más perjudiciales que los errores! No bastó para remedio de tan grandes males que, como prenda de amistad y concordia, por mediación del Obispo, diese Pedrarias a Vasco Núñez como esposa a su hija doña María, cuyo matrimonio se celebró en el año de 1516. Crecieron no obstante los odios, alentados por la envidia, y el título de Adelantado de la mar del Sur dado a Balboa en premio de sus descubrimientos y los de Gobernador y Capitán general de dos provincias dados al mismo, aunque bajo la dependencia de Pedrarias, fueron un motivo más para aumentar la rivalidad y la mal encubierta envidia. Se entablaron contra Balboa varias demandas por supuesta indemnización de perjuicios a los jefes y soldados de anteriores expediciones, y condenándole a su pago, se le redujo a la miseria. No contento con esto el despiadado Pedrarias, le mandó formar causa por traidor y usurpador de las tierras de la Corona y, condenado a muerte, sufrió la última pena en Acla, cortándole la cabeza y colocándola en un palo afrentoso (1517); fueron ejecutados con él Luis Botello, Andrés de Balderrábano, Hernán Muñoz y Fernando Argüello, como cómplices en la traición y usurpación. ¡Buenos estaban los desdichados habitantes del Darien para pensar siquiera en tan atroz delito! Tenía Hernando de Soto diez y siete años y había sido nombrado por Pedrarias Capitán de la gente de a caballo (1); no dicen las historias la parte que tomó en las expediciones anteriores a la muerte de Balboa, ni tampoco si figuró como partidario de éste o de Pedrarias, aunque es de suponer, que tan joven y simple soldado, no haría

(1) Relação del Fidalgo de Elvas. Cap. I.

otra cosa que obedecer a sus superiores. Se habían reunido en aquella época en el Darien tres extremeños de los más célebres en la conquista de América: el malogrado Vasco Núñez de Balboa; Francisco Pizarro, que fué el encargado de prenderle y que tan célebre debía ser en la conquista del Perú, y Hernando de Soto, el más joven de los tres, que tanto se distinguió después en el Perú y en la célebre conquista de la Florida. Entre tanto, y en aquel mismo tiempo, meditaba y preparaba en la Isla de Cuba otro extremeño ilustre la famosa expedición para el descubrimiento y conquista de Méjico. Este era el eminente político y guerrero, Hernán-Cortés, natural de Medellín, que la llevó a cabo con tanta gloria y fortuna.

Una coincidencia singular es digna de notarse entre las vidas de Balboa y de Soto; los dos fueron extremeños, sus cunas igualmente ilustres y pobres, se mecieron a corta distancia (1). Hijos de familias ilustres y tal vez relacionadas con vínculos de amistad o parentesco, pasaron a América recién salidos de la infancia, y sin otros valedores más que sus buenas prendas, se distinguieron en aquel país; juntos sirvieron bajo las órdenes de Pedrarias en Castilla del Oro; los dos casaron con dos hijas de aquel Gobernador; el desgraciado Balboa con doña María, y Soto con doña Isabel; tan distinguidos como desgraciados, murieron sin llevar a cabo sus empresas, a la misma temprana edad de cuarenta y dos años. Balboa en 1517 y Soto en 1542.

Las enconadas discordias del Darien, su sangriento término con la muerte de Vasco Núñez y sus

(1) Jerez de los Caballeros, patria de Balboa, dista sólo cuatro leguas de Barcarrota, la patria de Soto. (N. del A.)

parciales, de cuyos tristes sucesos debió ser testigo, debieron influir de un modo notable en el carácter y condiciones naturales de Hernando de Soto. Aquellas terribles lecciones, a su corta edad; el resultado de aquellas discordias entre los españoles que, no sólo retardaban, sino que comprometían el éxito de la conquista, debieron sin duda pesar mucho en su ánimo y tenerlas muy presentes en los demás sucesos de su vida. La muerte de Balboa en lo mejor de su edad y cuando tantas esperanzas había hecho concebir por sus grandes hazañas, fué un borrón para la memoria de su odioso rival, que lo sacrificó en aras de su ominosa codicia y de su baja envidia; la posteridad, haciendo justicia a todos, ha reconocido en Balboa uno de los más grandes capitanes de las conquistas de América. Esta lección severa de la mudable fortuna, debió hacer a Soto prudente y precavido, tan distante de la ambición y orgullo desmedidos, como de la mezquina y despreciable codicia; estos fueron los rasgos más principales de su carácter y de su más gloriosa fama. Las circunstancias, que tanto contribuyen a la formación de los grandes caracteres, debieron influir en el ánimo de Soto, para conducirse después, en el resto de su vida, con aquel valor y prudencia que supo demostrar en todas las ocasiones.





CAPITULO III

Situación del Darien después de la muerte de Balboa.—Expediciones y conquistas de Nombre de Dios y Panamá.—Traslación de la Colonia a Panamá.—Veragua, Costa Rica y Nicaragua.—Encuentro en Honduras con los compañeros de Cortés.—Principio de la conquista del Perú: Pizarro, Almagro y Luque.—Viaje de Pizarro a la Corte.—Su regreso a América.—Situación en que se hallaban Soto y su compañero Hernán Ponce.—Convenio con Almagro y después con Pizarro.—Toma parte en la conquista del Perú (1530) —Aventuras de la isla de Puná.

La muerte de Balboa retardó por algún tiempo el progreso de los descubrimientos y conquistas; ninguno de los Capitanes del Darien se encontraba con bastante aliento para continuar aquellas atrevidas empresas, ni con medios de llevarlas a feliz término, y a pesar de las continuas noticias que llegaban de aquella tierra tan rica en metales preciosos, a la que se dió el nombre de Perú, los españoles se contentaron por entonces con

agrandar su colonia y extenderse por los territorios circunvecinos. Según las órdenes traídas de la Corte, de acuerdo con las instrucciones enviadas por Balboa, el Gobernador Pedrarias debía formar un establecimiento en el Golfo de San Miguel, por ser el punto más a propósito para los descubrimientos del Sur, y con efecto, en 1519 se trasladó la colonia a Panamá, cerca del sitio que hoy ocupa esta ciudad, no sin haber tenido para ello que resistir a los naturales de Nombre de Dios y de Panamá. Pero este territorio pobre y malsano, cementerio de tantos españoles, no satisfacía ninguna de las necesidades de la colonia y la ponía constantemente en peligro. Pensó entonces Pedrarias en el descubrimiento y conquista del territorio de Veragua (1520), y con efecto, se apoderó sin mucha dificultad de las tierras llanas; pero los indios que habitaban en la montaña eran valientes y defendían con heroísmo sus hogares. Mandó el Gobernador contra ellos a Francisco Pizarro y al Licenciado Espinosa, y como auxiliar al Capitán Hernando de Soto, con treinta caballos. Sostuviéronse los indios al mando de su esforzado cacique Uraca, señor de aquellas sierras; pero al fin, vencidos y sometidos (1), se extendió la colonia a los territorios de Veragua y Costa Rica.

Como ya hemos dicho, no se hacía la guerra en América bajo la dirección exclusiva de los Gobernadores y a nombre y con recursos del Gobierno de España, sino accediendo a los deseos de los aventureros que querían acometer las empresas, y como el territorio concedido a los Gobernadores

(1) Herrera. Dec. II, pág. 240. — Francisco López de Gomara. Historia de las Indias, Cap. 145.

era generalmente muy extenso, solían disponer de alguna parte en favor de sus protegidos, reservando para sí algunas ventajas. Extendida la colonia y asentada sobre territorios menos ingratos, concedió Pedrarias el descubrimiento y conquista de Nicaragua a Francisco Hernández de Córdoba, Capitán de su guardia, al que facilitaron navíos y dinero Pizarro, Almagro y Luque, que andaban ya en tratos para la conquista del Perú. A esta empresa se asociaron también Hernando de Soto, Andrés de Garavito y Gabriel de Rojas.

Partió la expedición para Nicaragua en 1524, y sin grandes dificultades invadió aquel territorio, y ganándose la voluntad de los naturales fundaron diferentes pueblos y asentaron la ciudad de Granada, treinta leguas tierra adentro. Pero las dificultades que no le habían opuesto los indios, vinieron a oponérsela otros españoles que, por la parte del Norte, traían el mismo intento de descubrir y poblar, y esta vez, como tantas otras en la Historia de América, se vió regada con sangre española la tierra cuya civilización y cultura se procuraba, vertida por los mismos apóstoles de la civilización. Hallábase empeñado en la conquista de Méjico el célebre extremeño Hernán-Cortés, y uno de sus Capitanes, llamado Gil González, excediéndose de sus órdenes, o ignorando los límites de su conquista, penetró en el territorio de Nicaragua. Marchó Soto a reconocer la gente que andaba por aquella parte, y hallándose aposentado y descansando en el pueblo de Toreba, dió de improviso sobre él Gil González, a poco más de media noche, al grito de *San Gil, mueran los traidores*; aunque Soto no podía esperar una acometida tan feroz como injus-

tificada, con la presteza que tanto le distinguió siempre en estos rebatos, reunió su gente y se entabló una recia pelea entre las dos huestes; llevaba la mejor parte Hernando de Soto y conociéndolo su adversario, pidió paz y tregua a nombre del Emperador, a la que accedió el generoso Soto, sin comprender la perfidia que envolvía; pero bien pronto pudo convencerse de ello, pues reforzados los de Gil González, dieron sobre él en número tan excesivo, que no pudo resistirlos y lo hicieron prisionero, robándole 130.000 pesos que llevaba. Noticioso de este desastre Francisco Hernández, no acudió en socorro de Soto y, lleno de temor, sólo pensó en fortificarse para impedir la invasión de Gil González, y con este objeto fundó la ciudad de León, para que sirviera de punto fortificado para la resistencia; abrigando los mismos temores Gil González y creyendo que Hernández trataría de vengar aquel ultraje; noticioso además de otra expedición que al mando de Cristóbal de Olid se dirigía también a aquellas tierras, soltó los presos, y con el oro que les había tomado se volvió a puerto de Caballo (1).

Tranquilo ya en su conquista Francisco Hernández y sin temer la resistencia de los naturales ni las invasiones de los españoles, faltando a la gratitud que debía a Pedrarias, pensó separarse de su obediencia (1525) y obtener su nombramiento directamente de la Audiencia de La Española, para no tener que compartir con aquél la gloria y las ventajas de aquella empresa. Tal proceder era ingrato y desleal a los favores recibidos de su Jefe y además rebelde y desobediente; contradíjolo Soto con alguna

(1) Herrera. Dec. III, pág. 170.

aspereza, aunque con sobrada razón, y Hernández de Córdoba, ciego de ambición, le encerró en la Fortaleza de Granada, de la que le sacó a viva fuerza su otro compañero el Capitán Francisco Compañón, con doce de a caballo, que bien armados y dispuestos se salieron al campo y volvieron a Panamá, donde llegaron después de grandes trabajos para dar cuenta a Pedrarias del desastre de aquella jornada, debida no a la resistencia de los indios, sino a las discordias y guerras entre los mismos españoles.

Noticioso Pedrarias por la relación de Soto de la prosperidad y riqueza de la Colonia de Nicaragua, e indignado de la rebelión de Francisco Hernández, determinó pasar en persona a castigarla y recuperar su autoridad. Receloso también del gran poder que alcanzaba en la tierra de Méjico Hernán-Cortés, y temeroso de que quisiera usurparle aquella parte de su gobernación, como lo había intentado su subordinado Gil González, quiso prepararse para la defensa; pero tenía hartos que hacer Hernán-Cortés con sujetar el vasto Imperio de Motezuma, y sólo se proponía por aquella parte sosegar los ánimos de los españoles que se disputaban el Señorío de Honduras (1).

En el año siguiente de 1526, se dieron por el Emperador y Rey de España diferentes provisiones para el buen gobierno de Nueva España y para otras partes de las Indias. Había salido de la Isla Española una Flota compuesta de siete navíos al mando del Oidor Juan Ortiz de Matienzo, cargados de oro, perlas y otras riquezas de las Indias y en ella vino a España Hernando de Soto, aunque no se sabe

(1) Herrera. Dec. III, pág. 237.

cual fué el objeto de este viaje. No permaneció mucho tiempo en la Corte, aunque quizá no fué extraño, por su experiencia en las cosas de Indias, para las provisiones que entonces se dieron por el Emperador para el buen gobierno de aquellas tierras. Súpose en la Corte que había llegado a Lisboa, donde se hallaba prisionero, el desgraciado Gonzalo Gómez de Espinosa, compañero de Juan Sebastián del Cano, a quien el portugués Antonio Dèbritto había despojado de la nave Trinidad en la Isla de Terrenate, y lamentando el Emperador este desastre, deseando mejorar la suerte de Gómez de Espinosa y de los demás castellanos, mandó a Lisboa a Hernando de Soto para que tratase de su libertad, cuyo encargo lo cumplió satisfactoriamente (1), pero se ignora cuándo y con quién volvió a América, donde se hallaba y en 1529.

Nicolás de Rivera y el piloto Bartolomé Ruiz, habían informado a Pedrarias de las riquezas del Perú. Hernán Ponce, Hernando de Soto y Francisco Compañón, vecinos ricos de la ciudad de León, en Nicaragua, dueños de dos navíos, se ofrecieron al Gobernador para ir juntos a la conquista del Perú; Pedrarias quiso también ganárselos; pero los tres pretendían ir con el mando y aquél quería darles acompañado, que por él tuviese la jurisdicción y parte en las ventajas; estas diferencias impidieron por entonces el acuerdo (2).

En 1530, cuando llegó Pizarro a Nombre de Dios de vuelta de su expedición a España, se le presentó Hernán Ponce con dos navíos cargados de esclavos suyos y de su compañero Hernando de Soto, ofre-

(1) Herrera. Dec. III, pág. 296.

(2) Herrera. Dec. IV, pág. 104.

ciendo dar los navíos para la conquista del Perú, pagándole los fletes; que a Soto se hiciese Capitán y Teniente de Gobernador en el pueblo más principal que se poblase y a Juan Ponce uno de los mayores repartimientos (1).

Por estas noticias vemos ya que Hernando de Soto tenía fama de gran Capitán y posición y riqueza para acometer grandes empresas.

Hemos dejado a Pedrarias ocupado en los asuntos de Nicaragua; tal vez el encuentro que Hernando de Soto tuvo con Gil González, las dificultades de agrandar por aquella parte las conquistas, y las noticias de la expedición de Méjico, que por aquel tiempo fijaba ya la atención de todos, así de América como de España, hizo renacer en él los deseos de continuar los descubrimientos de Balboa, para llegar a aquella suspirada tierra del Perú, de la que tantas maravillas se contaban. Por otra parte, nada tenía que temer ya de la expedición de Hernán-Cortés, porque éste se hallaba muy ocupado en someter el gran Imperio de Motezuma. Ya en 1522 se había mandado una expedición formal en dirección al Perú, mandada por Pascual de Andagoya, uno de los caballeros más distinguidos de la Colonia; pero sus padecimientos le obligaron a desistir de la empresa, sin haber pasado los límites a que había llegado Balboa en sus descubrimientos. A pesar de las noticias fabulosas que de las riquezas de aquel imperio se tenían, eran tan temerosas las que se contaban de lo tempestuoso de aquellos mares, los rigores del clima, la ferocidad de sus habitantes y hasta de los reptiles venenosos que poblaban su suelo, que habrían puesto espanto en

(1) Herrera. Dec. IV, pág. 143.

ánimos menos temerarios que los de aquellos valerosos españoles.

Hacia mucho tiempo, sin embargo, que se venía pensando en esta fabulosa y atrevida expedición. Ya hemos visto que la intentó Pascual de Andagoya; que la proyectaron Hernán Ponce, Hernando de Soto y Francisco Compañón; que quisieron realizarla con Pizarro, Hernán Ponce y Hernando de Soto; pero estaba reservada esta empresa a los más atrevidos y temerarios Francisco Pizarro y Diego de Almagro, ayudados con recursos de Hernando de Luque o, mejor dicho, del Licenciado Espinosa (1), y mediante cierta participación que ofrecieron a Pedrarias (2) obtuvieron de éste la autorización necesaria y celebraron el convenio, garantizándolo no sólo con su firma sino con la confesión y comunión que recibieron de manos de Luque. Ya veremos cómo cumplieron después estos solemnes compromisos.

No es nuestro propósito referir aquí la historia de esta conquista, sino en la parte que en ella tuvo Hernando de Soto; pero la misma *ilación* histórica nos obliga a dar una ligera idea de sus primeros pasos. Con ochenta hombres y cuatro caballos salió Pizarro de Panamá en Noviembre de 1524 y llegó con su navío al río Perú (3), límite de los descubrimientos de Balboa y Andagoya; después de grandes penalidades y trabajos en la mar, sufriendo en

(1) Consta que los fondos los facilitó Espinosa mediante cierta participación que le concedió a Luque. Quintana. *Esp. Cel.*—Apéndice II a la vida de Pizarro.

(2) La parte que Pedrarias llevaba en la empresa la cedió después a Almagro por la mezquina suma de mil pesos. Quintana. Apéndice III a la vida de Pizarro

(3) En este río cogió Balboa a un indio que estaba pescando y preguntándole por el nombre de la tierra, como no podían

su frágil nave una furiosa borrasca de diez días; faltó de provisiones y sobre todo de agua, tuvieron que desembocar en un sitio pantanoso y desierto, al que dieron el nombre de Puerto del Hambre, por los trabajos y penalidades que allí sufrieron, y desde este punto continuaron por mar hasta Puerto Quemado, donde sostuvieron una fuerte batalla con los indios, de la que resultaron dos españoles muertos y gravemente herido el mismo Pizarro. Decidieron volverse a Panamá para buscar recursos y celebraron allí en 1526 el célebre contrato con Hernando de Luque, por el que proporcionaba éste el capital necesario para la continuación de la empresa, según hemos dicho anteriormente.

No fueron más afortunados en esta segunda tentativa y parecía temerario continuar una empresa a la que se oponían los naturales, los elementos y hasta la tierra misma que se proponían dominar. Tan sólo trece expedicionarios quedaron con Pizarro en la Isla del Gallo, volviéndose los demás a Panamá. Todavía aguantaron allí cinco meses aquel puñado de hombres, completamente faltos de recursos y pensando en dominar el vasto Imperio del Perú; pero al fin, socorridos de nuevo por Almagro y con noticias que tuvieron del territorio de Tumbez, se pusieron en movimiento hacia aquella parte y encontraron la Isla de Santa Clara y luego la población de Tumbez, que después de tantas penalidades les pareció la agradable ficción de un sueño; allí encontraron ya todo lo necesario para la vida y abundancia de oro y plata. No podían contentarse, contestó el indio que su nombre era Berú, y que pescaba en aquel río (Pelú), de donde se dió el nombre del Perú a todo aquel imperio.— Véase Garcilaso, comentarios de los Incas, Lib. I, Cap. IV.

tinuar la conquista porque no tenían fuerza para ello y se decidieron prudentemente a continuar la exploración; llegaron por la costa al Puerto de Payta, Tarangala, la Punta de la Aguja, Santa Cruz y la tierra de Colaque, nombres que pusieron a las tierras descubiertas en más de doscientas leguas de costa. Aunque los indios no les molestaban, viéndose tan cortos en número y no atreviéndose a emprender la conquista, se volvieron a Panamá a dar cuenta del feliz éxito de su expedición. Determinóse luego que Pizarro, con los tesoros recogidos, viniese a España a dar cuenta de aquel descubrimiento y a pedir la conquista y gobernación de aquel rico territorio, conviniéndose en que la gobernación había de ser para Pizarro, el adelantamiento para Almagro y el Obispado para Hernando de Luque; prometiendo hacerlo así se embarcó Pizarro en Nombre de Dios y llegó a la Corte a fines de 1528.

Sin dificultades obtuvo Pizarro lo que pretendía; pero olvidándose de sus promesas, recabó para sí y para sus hermanos todos los títulos y sólo Luque pudo obtener su prebenda, por no ser sin duda compatible con las condiciones y el ejercicio de Pizarro. Entre tanto, receloso Almagro del poder y superioridad de su compañero, quiso contrarrestarlo, asociándose a gentes de valer y de representación, y al efecto trató con Hernán Ponce y Hernando de Soto, que eran ya capitanes renombrados y de los más ricos de la Colonia; pero este acuerdo no se llevó a efecto hasta la vuelta de Pizarro, como diremos más adelante.

Publicada en España la expedición del Perú, reunió Pizarro el mayor número que pudo y se volvió

a América en Enero de 1530, siguiéndole sus hermanos con otros varios aventureros, y llegó a Nombre de Dios con sólo 125 soldados. Con tan cortas fuerzas no era posible acometer una empresa tan colosal, y como los trabajos y desdichas padecidos y las pérdidas en vidas y haciendas habían desacreditado la expedición, no había podido reunir Pizarro más que 125 soldados. Entonces éste y Almagro se propusieron interesar en la empresa a algunos ricos vecinos de los establecidos en Tierra firme. El resentimiento mal disimulado de Almagro por la ingratitud de su compañero, por haber pedido para él y para sus hermanos los mayores privilegios y ventajas, no fué bastante para hacerle desistir de la empresa, pero concibió la idea de que entrasen en la compañía otros sujetos, que pudiesen contrarrestar las influencias y hacer frente a los Pizarro. El Gobernador por su parte, se propuso también asociarse con personas de valimiento y poder, experimentadas en los sucesos de la guerra, y que en todo caso pudiesen suplir la falta de Almagro, si éste abandonaba la empresa.

De este modo y sirviendo a los recelos de ambos personajes entraron en la empresa Hernando de Soto y Hernán Ponce, pero no se dice por qué se separó de ellos su otro compañero Francisco Compañón.

Ligados Ponce y Soto con los vínculos de una estrecha amistad y con servicios personales y recíprocos, habían celebrado el convenio, que ratificaron entonces, de repartirse cuanto adquiriesen por medio de las armas y de su buena o mala fortuna, y bajo estas mismas bases entraron en la empresa de la conquista del Perú; pero no fué Ponce tan

fiel a sus compromisos, como veremos más adelante.

Vivía entonces Soto en la ciudad de León de Nicaragua, se había distinguido en Castilla del Oro y había reunido fuertes sumas como premio de sus hazañas; él y su compañero Hernán Ponce, eran dueños de dos navíos, tenían muchos indios a su servicio, y por su experiencia en las cosas de la tierra y en las conquistas, podían ser de grande utilidad para aquella empresa. Era ya Soto Capitán de caballos por Pedrarias; tenía a la sazón treinta años, había servido dieciseis en las conquistas de América y por su reconocida pericia y valor, por su buena fortuna, posición y renombre, era un fuerte auxilio para una empresa que con tan escasos medios contaba. Además, ya hemos visto que él mismo intentó llevar a cabo esta misma empresa, asociado con otros Capitanes (1). Trató con él Pizarro, nombrándole su Lugarteniente de Capitán General y señalándole una parte muy principal en los tesoros que produjera la conquista. No fué Pizarro tan exacto en cumplir, como pródigo en el ofrecimiento, y a no dar con hombre de las prendas de Soto, hubiera durado poco este concierto; pero la generosidad y prudencia de éste lo allanó todo.

Las discordias entre los Jefes de esta memorable expedición, pudieron terminarse entonces, y reforzada la empresa con los navíos y gentes de Soto y con otros auxilios, partió Pizarro para el Perú con 183 hombres en los últimos días del año de 1530,

(1) Darán los navíos para la jornada pagándoles los fletes, y se concertó que a Soto se le hiciese Capitán y Teniente de Gobernador en el pueblo más principal que se poblase, y a Ponce uno de los mayores repartimientos. —Herrera. Dec. IV, página 143.

quedándose Soto y otros compañeros que debían seguirle después. Aquí se presenta ya nuestro héroe, no como simple soldado o Capitán, sino asociado con su persona y con todos sus bienes a una de las empresas más vastas y arriesgadas que se llevaron a feliz término en el Continente Americano, ocupando en ella un puesto muy distinguido, y contribuyendo mucho con su ejemplo y denuedo, no menos que con sus consejos y prudencia, al feliz éxito de aquella renombrada conquista. Tomó tierra la expedición en la bahía de San Mateo y siguiendo por la costa, llegaron al pueblo de Coaque; se resistieron los naturales y lo saquearon, juntándose, solo de piezas de oro y plata, hasta 20.000 pesos, sin contar muchas esmeraldas. Con el objeto de reforzar su pequeña hueste, y excitar la codicia de los vecinos de Nicaragua, para que les mandasen refuerzos de hombres y caballos, se dispuso que Soto volviese a Nicaragua y Panamá con los tres navíos y los despojos recogidos. Entre tanto, a los que quedaban en Coaque les esperaban grandes desgracias; no les faltaban bastimentos, y abundaban las piezas de oro y plata, pero era la tierra tan malsana, que unos se hinchaban, otros quedaban tullidos y muchos morían repentinamente. A estos males se agregó después otra enfermedad extraordinaria y terrible; consistía ésta en unas berrugas que les salían por todo el cuerpo, grandes como brevas, que no se las podían cortar porque se desangraban. Así pasaron siete meses, hasta que reforzados por el Tesorero Alonso Riquelme, determinaron pasar adelante y llegaron a Puerto Viejo, donde tampoco se detuvieron. Sabedores de que los indios estaban en guerra unos con otros, se pro-

pusieron llegar cuanto antes a la Isla de Puná y acercarse a Tumbes con ayuda de los mismos indios. Como su principal objeto era atraerse a los tumbecinos, apenas llegó Pizarro a Puná, puso en libertad a más de seiscientos prisioneros que tenían allí sus contrarios; mandó con ellos a tres de sus soldados para que recibiesen la recompensa de su generosidad y atraerse la estimación de los de Tumbes; pero lejos de conseguirlo, los tres españoles fueron sacrificados a los ídolos. Resentidos los habitantes de Puná, quisieron vengarse, y noticioso Pizarro de que algunos caciques se reunían, temiendo que esta alteración fuese en daño de los españoles, los sorprendió, haciendo prisionero al Jefe Principal, y deseoso todavía de atraerse a los de Tumbes, a pesar de lo ocurrido anteriormente, les mandó los demás prisioneros que había hecho en la sorpresa de Puná, esperando que este nuevo acto de generosidad se los atrajera; pero lejos de eso, los degollaron todos a su misma presencia. Irritados los de Puná con este proceder de los españoles, acudieron a las armas en número de 500, con tal furia y constancia que, a pesar de ser rechazados, apenas se reponían escondidos en sus manglares, volvían de nuevo a la pelea, hasta que al fin fueron vencidos; duraron muchos días estas batallas, murieron solamente tres o cuatro españoles, pero fueron muchos los heridos y entre ellos, y gravemente, Hernando Pizarro.

En tal estado de cosas llegó de Nicaragua Hernando de Soto con dos navíos y algunos infantes y caballos. Fué este Capitán, dice Quintana, «considerado desde entonces como la segunda persona del ejército, bien que ya estuviese ocupado por

»Hernando Pizarro el cargo de Teniente General
»que a él se le había ofrecido en las conferencias
»tenidas anteriormente en Panamá. Supo Soto di-
»simular este desaire con la templanza y cordura
»que siempre le acompañaron; y su destreza, su
»capacidad y su valor, manifestados en todas las
»ocasiones de importancia, le grangearon desde
»luego aquel lugar distinguido que tuvo siempre en
»la estimación de indios y españoles.» (1)

El socorro traído por Soto pareció bastante al
Gobernador para acometer mayores empresas y
resolvió dejar aquella isla y trasladarse a Tierra
firme.



(1) Quintana. *Esp. Cel.* Vida de Pizarro.



CAPITULO IV

Tumbez.—Fundación de San Miguel.—Marcha al interior.—Paso de los Andes.—Caxamalca.—Entrevista con el Inca.—Temeridad de los españoles.—Matanza horrible y prisión de Atahualpa —Su rescate.—División del tesoro. —Causa y muerte de Atahualpa —Opinión de Soto y su conducta.

CREÍAN los españoles encontrar en la inmediata ciudad de Tumbez, no sólo el oro que habían ya visto en su anterior expedición, sino el agasajo y la amistad a que se habían hecho acreedores por su conducta con los de Puná; en esta confianza, se trasladaron en balsas algunos para llegar más pronto, mientras los demás se embarcaban en los navíos; pero los indios sacrificaron a los primeros que iban en las balsas, y en tal aprieto, el Gobernador con Soto y los demás Capitanes, en toda la noche pudieron apearse de los caballos, por no verse expuestos a ser sorprendidos por los

indios (1). Llegados a Tumbes, no sólo encontraron la ciudad abandonada, sino completamente destruída por los indios, que habían huido llevándose todos sus bienes; alcanzados algunos, dieron noticia de la riqueza y poderío del cacique principal de todo aquel país y que habitaba más allá de las montañas, así como también de las guerras civiles que sostenía con su hermano. De estas noticias resultó averiguado que el último Monarca peruano, llamado Huayna-Capac, había dividido su Imperio entre sus dos hijos Atahualpa y Huascar; pero el primero, más ambicioso y más capaz, había derrotado a su hermano, apoderándose de casi todo el territorio que a éste correspondía, después de haberle asolado con esta terrible guerra y con las crueldades y rapiñas de su Jefe. Era favorable para los españoles esta situación, y desde luego se propusieron aprovecharla. Las supersticiones de los indios favorecieron también mucho la causa de los españoles para lograr su temeraria empresa. Era tradición entre ellos que unos extraños guerreros blancos, venidos de luengas tierras, habían destruído el gran Imperio de los Incas.

Con estas noticias, y antes de penetrar en el interior, quiso Pizarro dejar asegurada su retirada, y al efecto dispuso dejar alguna gente en Tumbes y con el resto hacer una excursión para reconocer el país. Con este fin, dejando guarnecido a Tumbes, salió con su pequeño ejército a principios de Mayo de 1532, y caminando por la tierra más llana, recorrió más de treinta leguas sin encontrar resistencia, y procurando ganarse la voluntad de los naturales. En esta disposición, llegaron al hermoso Valle de

(1) Agus. de Zárate, Lib. II, Cap. III.

Tangarala, donde les pareció conveniente fundar una Colonia, que fué la primera que se estableció de nuevo en aquel rico Imperio. Para ello, hizo venir por la mar la gente que había quedado en Tumbez, y con una actividad admirable, y ayudado por los mismos indios, fundó la ciudad de San Miguel, treinta leguas al Sur de Tumbez, en la margen del río Piura. Fundada ya la Colonia y deseando premiar los extraordinarios servicios de Soto, le concedió el señorío de Tumbez, que se extendía a todas las tierras comprendidas entre esta población de los indios y la nueva Colonia fundada en San Miguel. Comprendía, pues, este territorio más de treinta leguas (1).

Terminada la fundación de la Colonia y reunido todo el oro que se había recogido, dispuso el Gobernador que los buques volviesen a Panamá con el objeto de pagar las deudas contraídas, y procurarse mayores recursos para la grande empresa, cuya magnitud, así en esperanzas como en dificultades, se le hacía ya más ostensible por las noticias que había tomado en sus excursiones y por las que había obtenido al fundar la nueva Colonia. Esperando recursos de sus compañeros de Panamá, se detuvo algún tiempo en San Miguel, pero como estos tardaban, temiendo por un lado que sus tropas desmayasen y por otro que los indios se repusiesen del asombro que les había causado desde el principio la temeraria empresa de los españoles, se decidió a penetrar en el interior de aquel vasto Imperio, fiando el éxito de la jornada al asombro que había causado a los indios la audacia con que se acometía. Todo el ejército se componía de 100 in-

(1) Herrera. Dec. IV, pág. 178.

fantes y 77 caballos, y entre aquellos, sólo se contaban tres arcabuceros y algunos ballesteros. Antes de atravesar las montañas que tenían a la vista y acercarse demasiado al ejército enemigo, quiso el Gobernador, con alguna prudencia en esta ocasión, hacer un reconocimiento, y mandó a Soto con un pequeño destacamento para que explorase el territorio y, reconociendo la falda de la inmensa sierra, le trajese también noticias de la tierra y del estado de las cosas. Se hallaban, sin saberlo y sin sospecharlo siquiera, al pie de la gran cordillera de los Andes. Parecía que la misma naturaleza se oponía con esta inmensa barrera a que pudieran lograr sus atrevidos proyectos. Con la prudencia y cordura de siempre, desempeñó Soto este difícil encargo; tratando con agrado y suavidad a los indios, se ganó su afecto, y no sólo fué bien recibido y obsequiado, sino que adquirió cuantas noticias deseaba; reconoció bien todo el territorio, y cuando volvió al campamento iba acompañado de los indios más principales y de un embajador que el Inca, noticioso de la venida de los españoles, lo mandaba con algunos presentes para el Gobernador. Al llegar Soto al pueblo de Caxas, había encontrado a los habitantes dispuestos a resistirle, pero bien pronto, con su natural agrado, logró convencerles de sus intentos pacíficos y recibieron a los españoles con mucho agasajo. Supo allí que el Inca se hallaba acampado con un grande ejército más allá de la cordillera, en una ciudad que se llamaba Caxamalca; que era dueño absoluto de todo el Imperio, por haber derrotado en una gran batalla a su hermano Huascar. También se informó minuciosamente de los recursos del Gobierno, de la política y costum-

bres del país, de su riqueza y de la gran extensión de aquel Imperio. De Caxas había pasado a la ciudad de Guancabamba, mucho mayor y más poblada, con muchos edificios de piedra sólidamente contruídos; sobre un río que atravesaba la población, reconoció un puente sólidamente contruido, que revelaba el adelanto de aquellos naturales en esta clase de obras; vió luego el camino real de los Incas sólidamente afirmado, con buenas obras de fábrica, plantado de árboles que daban sombra a los viajeros y regado por acueductos; también halló en su tránsito casas de descanso para comodidad de los caminantes (1). Esta excursión de Soto fué muy conveniente, no sólo porque dió a los españoles una idea exacta de la grandeza y recursos del país, de sus adelantos y de su relativa civilización, sino porque con su natural agrado, supo ganarse la voluntad y amistad de los indios, que le sirvieron y agasajaron, ayudándole a desempeñar su comisión sin el más leve disgusto; pero al propio tiempo, debía causar a los españoles gran desaliento una empresa tan temeraria, queriendo, poco más de 100 hombres, dominar y subyugar tan extensa, rica y poderosa Monarquía.

No arredraron a los españoles estas consideraciones; su principal condición era la audacia, su resolución triunfar o morir en la demanda, su situación no admitía vacilaciones, y más que valientes, temerarios, se encaminaron directamente al sitio en que se hallaba el Inca con su ejército. Atravesaron extensos arenales, pasaron a nado ríos caudalosos, hasta que llegaron, por fin, a los primeros estribos de la gran cordillera de los Andes; presentábaseles

(1) Oviedo. His. de las Indias, m. s. part. III, Lib. VIII, Cap. III.

a la derecha el hermoso camino del Cuzco, más cómodo, seguro y agradable; pero era más largo, dilataba su propósito y contenía su impaciencia; parecía que aquellos hombres buscaban el peligro y las dificultades, con tal de llegar pronto al término de su atrevida empresa. Esto proyectó Pizarro, y después de arengar y animar a su pequeño ejército, se decidió a marchar línea recta a través de aquella escarpada sierra. Tal vez esta misma audacia les salvó de ser acometidos por los indios, que quizá los esperaban en el camino real del Cuzco, no pudiendo sospechar que quisieran atravesar aquella alta y extensa cordillera; así, pues, y caminando por un estrecho sendero, a orillas de grandes precipicios, temiendo siempre ser rechazados y aniquilados por los indios sin poder hacer uso de sus armas ni menos de sus caballos, si este caso sucedía, llegaron, por fin, después de grandes penalidades, a lo alto de la cordillera, sin haber encontrado la menor resistencia; allí supieron por unos indios que el Inca los esperaba cerca de la ciudad de Caxamalca, donde atendido su corto número, abrigaba sin duda la confianza de exterminarlos. Siete días gastaron en subir la montaña y atravesar las gargantas y desfiladeros que se extienden hasta dar vista al extenso llano de Caxamalca. En este tiempo había recibido el Gobernador diversas embajadas del Inca, asegurándole su amistad y el deseo de conocerlos y obsequiarlos. ¿Pero cuál no sería el asombro de los españoles al descubrir el llano y ver a lo lejos el campamento enemigo y sus innumerables tiendas de campaña? Eran tantas, y ocupaban tan extenso espacio, que hubieran puesto pavor en el ánimo de hombres menos esforzados y menos

comprometidos en una empresa tan desesperada. Al fin llegaron a la ciudad, donde se alojaron el 15 de Noviembre de 1532.

No tuvo paciencia Pizarro para dar descanso a su gente, y ansiando saber las intenciones del Inca, dispuso que Hernando de Soto, con 15 ginetes, se acercase pacíficamente y como Embajador al campamento enemigo. Salió Soto a tan importante como arriesgada comisión, y poniendo al trote sus caballos por la ancha carretera, con el fin de llamar más la atención de los indios y causarle más sorpresa, llegó en breve al campamento enemigo que sólo distaba una legua; allí, en presencia de Atahualpa, de sus Capitanes y de su inmenso ejército, sin bajarse de los caballos, hiciéronle un respetuoso saludo y le indicó Soto el objeto de su embajada. En esto llegó también Hernando Pizarro con otros 20 caballos y adelantándose hacia donde estaba Soto saludó también al Inca y le manifestó el deseo de su hermano el Gobernador de conocerlo y darle las gracias por su hospitalidad, añadiendo que se holgara mucho de que fuese sin dilación a visitarlo a su alojamiento. Nada contestó el Inca, hasta que estimulado por nuevas razones y súplicas de Pizarro, ofreció pasar al día siguiente a la ciudad y que lo esperasen con este objeto. Todo parecía indiferente a este Príncipe, así el aspecto y vestido de los españoles, como su razonamiento y embajada, a la que apenas dió respuesta; disimulaba sin duda su sorpresa por no rebajar su autoridad, pero observando Soto que miraba con interés su caballo, que inquieto, tascando el freno, piafando y braceando con la impaciencia propia de este orgulloso animal, parecía infundir miedo a todos los indios menos a

su cacique, le metió espuelas, le soltó la rienda y lo dejó correr a su libertad por toda la extensa llanura, revolviéndolo luego, llamándolo sobre las piernas y haciéndolo piafar y caracolear le hizo describir varios círculos, dar saltos y lucir así los hermosos movimientos y agilidad de aquel noble bruto, no menos que la destreza y habilidad del jinete; parándolo de pronto en firme, lo recogió sobre las piernas y tan cerca del Inca, que le manchó el traje con la espuma del caballo (1). Fué Soto el mejor jinete de todos los Capitanes que pasaron a América y montaba un excelente caballo de raza y de buena sangre que le libertó de muchos peligros. No se alteró Atahualpa o disimuló su asombro, pero algunos de sus soldados se asustaron tanto, que huyeron despavoridos (2).

Terminada la embajada y restituidos los españoles a su campamento, dieron cuenta de todo a Pizarro, y no sin gran temor de la atrevida empresa que iban a acometer, recibiendo al Monarca de un gran Imperio con todo su poderoso ejército, se previnieron todos para recibir al Inca al día siguiente; tal vez meditaban ya la terrible sorpresa que iban a acometer como único desesperado recurso que les quedaba para salvarse. Era extraordinaria temeridad proponerse destruir y subyugar, poco más

(1) Sobre el caballo de Soto. V. Pedro Pizarro.—Des. y Conquista. M. S.—Relaciones del primer descubrimiento. M. S.—Balboa. Histoire Duc Perú. Chap. XXII.

(2) Garcilaso niega este hecho, que califica de irreverente, pero se halla comprobado con todos los escritores de aquella época.

El caballo de Soto debía causar la admiración de los indios, pues a su noble presencia y gallardía reunía tal agilidad, que salvaba de un salto veinte pies de altura, llevando un jinete cubierto de una pesada armadura. Balboa (obra citada).

de 100 hombres, a un numeroso ejército de más de 50.000 indios; pero la prudencia y el comedimiento, la razón y la justicia, la hidalguía y la gratitud, no son las armas de que suelen valerse los conquistadores en situaciones tan terribles, y los españoles se habían comprometido de tal manera en aquella empresa, que no les quedaba otro medio de salvación que el que adoptaron.

Era el día 16 de Noviembre de 1532; al nacer el alba, las trompetas despertaron a los pocos españoles que en aquella noche de inquietud pudieron entregarse al sueño; se iba a librar la más grande y quizá la única batalla que había de decidir de la suerte de aquel Imperio y de la que dependía también la suerte y la vida de todos aquellos atrevidos conquistadores; cada uno de ellos debía valer por más de cien de sus contrarios, y era preciso un gran acto de osadía y tal presteza en el ataque, que no diera tiempo a los indios para reponerse del asombro; dispuso Pizarro que la pequeña fuerza de caballería al mando de Soto y de su hermano Hernando se ocultase detrás de un muro; ocuparon las demás fuerzas los puestos más importantes para la defensa y para impedir en su caso la retirada de los indios; quedóse Pizarro al frente de 20 hombres escogidos para acudir al puesto de mayor peligro; Pedro de Candía, con algunos soldados y dos pequeñas piezas de artillería, se colocó en la fortaleza; tenían todos la orden de permanecer ocultos y silenciosos hasta que sonase un tiro de arcabuz que debían disparar en la plaza. Todas estas precauciones eran necesarias para la sorpresa que meditaban y para que los indios no pudiesen notarla ni sospecharla.

Ya era muy entrado el día cuando se empezó a notar movimiento en el campo indio; muy luego recibieron los españoles un mensaje de Atahualpa en que les decía que vendría acompañado de algunos soldados armados, como habían ido a su embajada los Capitanes y soldados españoles; parecía que el Inca sospechaba ya de la buena fe con que se le recibiría, y esto podía hacer fracasar la empresa; pero disimulando Pizarro su recelo, le contestó que podía venir como quisiera, que de cualquier modo sería bien recibido y que sólo deseaba verlo para conocerlo y servirle. Como el ejército del Inca era muy numeroso, avanzó con mucha lentitud hacia la ciudad, y esto podía trastornar los planes de los españoles, que los esperaban con gran inquietud y zozobra; por fin llegó el Inca cerca de la ciudad y manifestó, por medio de un nuevo embajador, que determinaba acampar allí para entrar al día siguiente. Nuevas inquietudes produjo a Pizarro esta segunda embajada, que parecía confirmar las sospechas de la primera; era preciso acelerar el suceso, y conociéndolo Pizarro, instó de nuevo al Cacique para que entrara por el gran deseo que tenía de conocerlo; por fin se decidió a entrar aquella noche, dejando fuera la mayor parte de sus tropas y con su comitiva desarmada. Tal confianza inspiraba al Cacique su grande ejército enfrente del pequeño número de los que pudieran ser sus contrarios, y cuyo atrevimiento parecía una demencia. Algunos historiadores suponen que los de la comitiva llevaban armas ocultas, pero los hechos demuestran lo contrario, viéndose el ningún daño que recibieron los españoles en aquella sangrienta sorpresa. Está completamente probado por las historias que Atahualpa

obró con completa buena fe, confiado en su inmenso poderío y en la pequeñez de sus contrarios, a los que no creyó tan faltos de juicio y con tanto desprecio de sus vidas, que tuviesen aliento para acometer sin ninguna probabilidad de éxito, una empresa tan temeraria.

Llegando el Inca con su numeroso y lucido cortejo, y llevado en andas por sus más principales súbditos al centro de la plaza, se le acercó el Padre Valverde con el libro de los Evangelios en la mano, y con mucha cortesía, empezó a hablarle de la Religión Cristiana, única verdadera; por cuya propagación y bien de las almas venían de tan largas tierras; aseguran los historiadores que el indio se acercó el libro al oído, y como nada le dijera, lo tiró con desprecio al suelo, y aun dicen que trató con dureza al Padre Valverde, el cual escandalizado y dando grandes voces, excitó a los españoles a poner término a la idolatría de aquél tirano. Este hecho parece confirmar la opinión que hemos manifestado anteriormente de que Atahualpa, más que en las palabras de Pizarro, confiaba en su inmenso poderío y en el grande ejército que le acompañaba, le respetaba y le defendía.

Hecha la señal convenida, salieron a la vez todos los españoles y cargaron con tal ímpetu sobre los indios, que éstos, sorprendidos y aterrorizados con el ruido de los cañones y arcabuces y asustados con la presencia y ruido de los caballos, a quienes para mayor aturdimiento había puesto cascabeles y esquilas en los pretales, no encontrando salida por donde huir, porque todas estaban tomadas, se agolparon tan fuertemente sobre una de las tapias, que la derribaron, quedando muertos allí muchos de

ellos; fué tal el pánico que se apoderó de todo el ejército indio, que solo procuraban escapar con vida de aquella horrible carnicería; los que estaban dentro de la ciudad y formaban la comitiva del Inca no opusieron otra resistencia que las de sus pechos para libertad a su Emperador, y de tal manera se apiñaban alrededor de las andas, que fué preciso derribar y matar muchos antes de poder llegar a la persona del Inca; al fin Pizarro pudo lograr llegar hasta él, y derribándolo al suelo lo hizo prisionero. Terrible debió ser para todos aquella tremenda noche; el estampido de los arcabuces, el ruido de los caballos, los gritos y lamentos de los indios, la matanza y la horrible carnicería; todo debió causar pavor y espanto en aquel numeroso ejército de indios, y no menos temor en los españoles, que siendo tan pocos y sin otro amparo que su propio valor, no podían calcular las consecuencias que podría tener para ellos aquella terrible sorpresa. Acción grande por la temeraria audacia con que se acometió, y por el atrevimiento y decisión con que se llevó a cabo, si al propio tiempo no hubiera sido preparada con tan negra alevosía. Es indudable que aquel tirano y poderoso Monarca meditaba un plan para acabar con los españoles, y que por eso, despreciando su corto número, les permitió llegar al centro de sus Estados, para exterminarlos y apoderarse de sus extrañas armas y caballos; así lo confesó después él mismo a Pizarro; pero ni aun en este caso puede justificarse la acción de los españoles; porque aquél empleaba en esto los medios de una justa defensa contra los usurpadores, si bien es verdad que él también era por su parte un sangriento usurpador de los territorios de su hermano Huascar. Aparte de

estas consideraciones, puede decirse que los españoles habían hecho en una hora la conquista del vasto Imperio del Perú.

Desde estos sucesos, tan desgraciados para el poderoso Monarca peruano, sólo trató éste de librarse de su cautiverio, y conociendo que la resistencia no serviría más que para agravar su situación y acelerar su completo exterminio, mandó orden a todos los caciques para que no moviesen guerra y ofreció a los españoles someterse en todo a su autoridad, si le conservaban la vida y le restituían la libertad. Considerando su triste situación y deseando ganarse la voluntad de ellos, procuró conocer cuál era el propósito de sus audaces aventuras, y viendo su desmedida codicia y su pasión por los metales preciosos, les ofreció un buen rescate, asegurándoles que si le daban libertad, llenaría de oro, plata y piedras preciosas el pavimento de su encierro; asombráronse los españoles, aunque excitada en ellos la codicia; pero el Inca, ofendido de que les pareciese exagerada o mentirosa su oferta, les prometió llenarla hasta una raya que hizo por todo lo alto de su brazo. Convinieron en ello los españoles y bien pronto los emisarios del Inca, despojando los templos y recogiendo cuantos metales preciosos había en el Imperio, cumplieron la promesa (1). Este tesoro se repartió el día 17 de Junio de 1533 y se halló que, sólo el oro, importó la enorme suma de más de 15.000.000 de duros, y la plata 51.610 marcos. A Hernando de Soto le correspondieron 17.740 pesos de oro y 724 marcos de plata; una for-

(1) Tenía la prisión del Inca 17 pies de ancho, 35 de largo y la línea que se tiró marcaba una altura de 9 pies. V. Carta de Hernando Pizarro.

tuna próximamente de 6.000.000 de reales. Es de advertir que en este repartimiento tuvieron parte también los célebres perros Leoncico y Becerrico. ¡Todo era permitido en aquellas inícuas y terribles guerras!

Con el quinto del Rey y con las joyas de más valor se dispuso que partiera para España Hernando Pizarro, lo cual le pesó mucho al Inca, porque éste y Soto eran sus únicos valedores, los que procuraban consolarle en su desgracia y distraer sus penas.

Parecía natural que cumplida la promesa del Inca de un modo tan espléndido, hallándose en paz la tierra, y dueños de todo los conquistadores, respetasen al menos su persona y le concediesen la libertad que le habían prometido; así lo pedía el prudente Soto y algunos otros Capitanes que, más humanos y compasivos, no creían decoroso, ni necesario faltar a la palabra empeñada. Era Soto la persona de mayor confianza del Inca, con quien más se distraía en su prisión, ya conversando sobre sus desgracias o sobre las cosas de España, ya jugando para distraer sus penas; era el encargado de su custodia, por haberle nombrado Pizarro Teniente de Alcalde Mayor; pidióle y rogóle el indio que intercediese por él, y Soto no faltó a su deber ni a la amistad de un desgraciado (1); habló varias veces a Pizarro sobre los justos deseos de Atahualpa y sobre su promesa de devolverle la libertad; pero el Gobernador le contestaba siempre con evasivas, aunque sin descubrir sus intentos. Era opinión de algunos Capitanes, y principalmente de Soto, que en todo caso, si no era prudente devolverle la liber-

(1) Herrera. Dec. V., pág. 53.

tad, se le remitiese a España para que lo juzgase el Emperador; pero ¿quién espera clemencia y nobleza de sentimientos en esos hombres inhumanos que se llaman conquistadores? Corrieron noticias, que después fueron desmentidas, de que por mandado de Atahualpa se juntaban tropas para acometer a los cristianos y libertar al imperio; aquél, por su parte, temeroso de que los españoles apoyasen las justas pretensiones de su hermano Huascar, lo mandó matar, y estos dos cargos, unidos a otros que había inventado el temor, la envidia, o la ambición, fueron bastantes para que una parte del ejército, y principalmente los soldados de Almagro, pidiesen su muerte.

Antes de ejecutarse acción tan impolítica y tan inicua, quiso Pizarro cerciorarse de la exactitud de los rumores que corrían sobre los planes de los indios, y envió a Soto con otros Capitanes para que corriesen la tierra donde se decía que se juntaban los enemigos. Quizá esta comisión, dice Quintana, fué un medio de alejar de allí a Soto, que era el único valedor que le quedaba al Inca, después de la partida de Hernando Pizarro (1). Mucho sintió el indio la partida de Soto y bien se lo manifestó en su triste despedida; pero por no infundir sospechas no quiso expresar su pena, ni rogar a Pizarro que nombrase otro comisionado, resignándose con la triste suerte que ya preveía, viendo alejarse, una tras otra, las únicas personas que le mostraban afecto y compasión. Partió Soto, y muy luego los que deseaban la muerte del desgraciado Monarca, promovieron un gran alboroto, como si los enemigos se acercasen y se aumentará el peligro; alejados los

(1) Quintana. Vida de Pizarro.

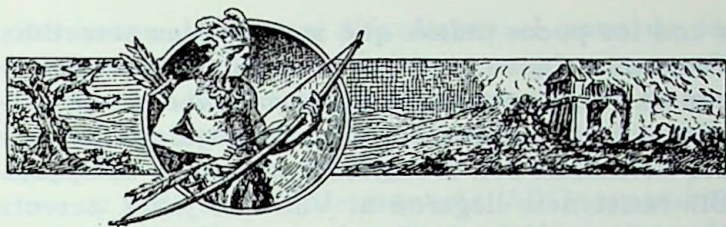
más humanos y clementes, triunfó en el ánimo del Gobernador el partido más feroz y sanguinario, y el desgraciado Atahualpa fué encausado y condenado a muerte; entregado a sus verdugos, éstos le ataron a un madero y le ahogaron. Así pereció el último Emperador de los peruanos, pasando rápidamente desde la cumbre del poder y de la grandeza a la humillación y a la afrenta; pocos días antes era adorado como un semi-Dios, y ahora muere afrentosamente como un criminal. ¡Mudable fortuna y miserable condición de las grandezas humanas!

Poco después de estos trágicos sucesos, llegó Soto para dar cuenta de su embajada, y no menos asombrado que indignado, buscó a Pizarro y le dijo bruscamente: «Habéis obrado con mucha imprudencia y temeridad; lo que se decía de Atahualpa era una infame calumnia; no había enemigos en Guamachuco ni señales de sublevación entre los indios. Todo lo he encontrado tranquilo y en todo el camino me han recibido con demostraciones de buena voluntad. Si era preciso formar causa al Inca, debía habersele enviado a Castilla para que le juzgase el Emperador; yo mismo me hubiera encargado de trasladarle con toda seguridad a bordo de mi bajel.» El Gobernador, muy contristado, le contestó: *Ya veo que me han engañado* (1). En medio de tantas crueldades y de tantas iniquidades como se cometieron por aquellos hombres despiadados, causa agradable sorpresa y tranquiliza un tanto el ánimo del lector hallar uno que sabiendo hermanar sus deberes con los eternos principios de justicia, no obstante su posición subalterna, se

(1) Oviedo. His. de las Indias. M. S., part. III, lib. VIII, capítulo XII. — Pedro Pizarro, des. y conq. M. S.

atrebiese a hablar a su Jefe con tanta resolución y firmeza, sin temor a su enojo; cuan cierto es que, aún entre los más extraviados, siempre se hacen lugar las nobles prendas del corazón, y que la justicia y las altas prendas morales son la única ley que contiene los excesos de las pasiones humanas. Jamás, en ningún tiempo, manchó Soto su gloria con los excesos que tan frecuentes eran entre sus compañeros. No era posible que un guerrero tan valiente como magnánimo, a quien se habían causado ya tantos desaires y que se reconocía superior a todos por sus prendas, pudiese permanecer mucho tiempo entre unos hombres que sacrificaban a su codicia y a su ambición los más nobles sentimientos del corazón humano. Su afán de gloria y su amor a las conquistas, no borró en él nunca estos sentimientos.





CAPITULO V

Viaje al Cuzco.—Encuentro con los peruanos en la Sierra de Vilcaconga.—Entran en la ciudad los conquistadores.—Fundación de Lima.—Expedición de Pedro de Alvarado.—Gobierno del Cuzco.—Disturbios entre los Almagro y los Pizarro.—Prudencia de Soto.—Concordia entre Pizarro y Almagro.—Expedición de Chile.—Soto se despide de sus compañeros para volver a España.

CON la muerte del Inca, lejos de disminuirse se aumentaron los conflictos de los españoles; ahuyentados y atemorizados huyeron los indios, no les trajeron ya víveres, abandonaron sus hogares huyendo de sus verdugos que, faltos de recursos y de bastimentos, tuvieron que dejar a Caxamalca para dirigirse al Cuzco; allí esperaban encontrarlos y también mayor botín y riqueza. Contados los soldados, se encontró que el ejército se componía de 480 hombres con los refuerzos que habían llegado

y con los pocos indios que se le habían sometido. Temiendo alguna resistencia en su tránsito, pusieron en orden sus tropas; iban en la vanguardia Almagro y Hernando de Soto, y les seguían Pizarro y sus hermanos con el resto del ejército y el bagaje. Sin resistencia llegaron al Valle de Jauja, sesenta leguas más allá de Caxamalca; allí encontraron muchos indios que, creyéndose seguros al lado opuesto de un gran río que atraviesa el Valle, empezaron a provocar y a insultar a los españoles; pero al ver que éstos, sin temor alguno, atravesaban el río a nado, huyeron despavoridos. Era tan agradable el sitio y tan apropiado para poblar, que el Gobernador se decidió a fundar allí un pueblo, y en tanto que lo realizaba, mandó a Soto con 60 caballos para que reconociese el camino del Cuzco. Puesto en marcha el activo Soto, y caminando con la debida precaución y prudencia, encontró muy pronto señales que le indicaban el alzamiento de los indios; pueblos quemados y abandonados, puentes destruidos, grandes piedras y troncos de árboles en medio de los caminos para impedir el paso de la caballería, todo indicaba la actitud hostil de los naturales, y que concentraban sus fuerzas en algún punto para impedirle el paso; no desmayó ni retrocedió por eso el valiente Soto, y continuando su marcha, encontró a los indios que le esperaban fortificados en Curiyabo, pero llegando a ellos los dispersó, no sin tener que sostener una seria escaramuza en un desfiladero, donde perdió dos soldados. Aunque batidos y dispersos, no desmayaron por eso los indios, sino que, juntándose en mayor número, se propusieron atajarle el paso en la sierra de Vilcaconga, cerca ya del Cuzco; para ello se

proveyeron de víveres, dificultaron el paso de los caballos haciendo grandes hoyos con estacas puntiagudas ocultas para que cayesen en ellos, y esperaron a los españoles. Continuando Soto su marcha, pasó el río Abancay, cruzó el caudaloso Apurímac y llegó al pie de la montaña. Allí le esperaban ocultos entre las rocas los astutos indios; creyendo Soto poder atravesar la sierra antes de venir la noche, entró por un desfiladero, y luego que los indios le vieron metido en este paso peligroso, salieron de su emboscada, alzando gran griterío, y se precipitaron sobre los españoles, mostrándose animosos y resueltos a destruirlos; sorprendidos los soldados al considerar el excesivo número de los indios, la posición que ocupaban y su arrojo, vacilaron un momento; pero animándolos Soto, les dijo: Ni el parar aquí nos conviene, ni el dejar de vencer tampoco; mientras más nos detengamos mayor será el peligro, pues los enemigos se aumentarán en número y en atrevimiento; al contrario, todo está llano si aquí vencemos: seguidme. Puso espuelas a su caballo y arremetió a los indios que, cual un torrente, se desprendían de la sierra, saliendo de sus cavernas y espesura; el excesivo número de los enemigos ahogaba y detenía a los españoles; las flechas, las piedras, los gritos salvajes y la misma muchedumbre los oprimía y los cegaba; con furor desesperado y sin temor a las armas de los españoles, se colgaban los indios, cual bestias feroces, de las piernas de los caballos para impedirles que subiesen por la estrecha senda del camino abierto en la roca; la refriega fué sangrienta y obstinada por ambas partes; defendían los indios con desesperación sus hogares y su patria; querían vengar los grandes agravios que

les habían hecho los españoles; con no menos furia peleaban éstos por salvar sus vidas, sus grandes riquezas, la gloria y la fortuna de aquella conquista; un descalabro, por pequeño que fuese, les haría perder la fama que habían adquirido y todo se perdía. Muchos en número los indios, caían como la mies al golpe de la guadaña; pero no por eso desmayaban ni cedían; como eran pocos los españoles, cada soldado que perecía aumentaba grandemente el peligro. Comprendiendo Soto, con la previsión de un gran Capitán, que si no llegaban pronto a una gran plataforma que había a poca distancia, todo estaba perdido, metió espuelas a su brioso corcel y seguido de todos los de su pequeña hueste, se abrió paso por entre la muchedumbre, y rompiendo aquella muralla de carne humana, matando a unos y dispersando a otros, llegó por fin a la ancha plataforma; aunque rotos y desbaratados, no abandonaron los indios la montaña, pero dieron tiempo a que los españoles cobraran aliento, viéndose en sitio más desembarazado, y pudiendo refrescar sus caballos en un río que corría por la ancha plataforma. Apenas repuestos, dieron una furiosa carga a los indios, que la resistieron tenazmente sin darse por vencidos.

La noche suspendió este sangriento combate; pero al ver Soto que había perdido cinco hombres y que tenía once heridos, que habían muerto también dos caballos y tenía otros catorce heridos, temiendo que no llegasen socorros y que le encontrase el día en tan mal estado, casi se arrepintió de su arrojo y temeridad; su posición era bien crítica; la retirada imposible o muy comprometida, porque los indios cobrarían ánimos y se vería por todas partes aco-

metido en aquellos difíciles pasos; la resistencia era temeraria y casi segura la derrota; no podían permanecer en aquel sitio sin ser exterminados, ni era prudente aventurarse en los nuevos desfiladeros para salir de la montaña. Soto comprendía aquella apurada situación, no encontrando otro remedio que el de pelear con desnudo para triunfar o perecer en la demanda; arengó a sus soldados diciéndoles que si habían sabido vencer en los pasos difíciles y con sus caballos cansados, mejor lo conseguirían después de descansar una noche. «*Que confiaba en el Todopoderoso, que nunca abandonaría a sus fieles servidores en aquel extremo*»; así fué en efecto y quiso su buena estrella que en aquella misma noche se oyese la trompeta castellana al pie de la sierra; era Almagro que venía en su ayuda; contestaron los de arriba y bien pronto se encontraron y abrazaron los dos Capitanes, satisfechos de su buena suerte. No por eso desmayaron los indios, y al nacer el día, se renovó el combate con el mismo encarnizamiento; pero reforzado el pequeño escuadrón de Soto, y animados los soldados con el deseo de vengar a sus compañeros, bien pronto lograron desbaratar a los enemigos. Más cautos y precavidos ya con este suceso, determinaron esperar allí al resto del ejército. Noticioso Pizarro de esta inesperada y organizada resistencia, y temiendo que fuese consecuencia de inteligencias secretas entre los generales del desgraciado Inca, sacrificó inhumanamente a Chalcuchima que llevaba en su compañía, y llegando a donde se hallaban Soto y Almagro, dispuso marchar sin detención al Cuzco. Todavía los indios quisieron estorbarles el paso al final del Valle de Xaquigüama y embistieron a la

vanguardia que mandaban Almagro, Soto y Juan Pizarro; pero abandonados de Mango Inca, hijo también de Huayna Capac, que estaba con ellos y que se pasó a las tropas de Pizarro, huyeron los demás al Cuzco a salvar sus tesoros y sus más queridos objetos; no pudieron estorbarlo Soto y Juan Pizarro, que volaron a impedirlo, ni tampoco que desmantelaran la ciudad y se llevasen la mayor parte de sus riquezas, las vírgenes del sol (1), las grandes riquezas de su templo y los jóvenes de uno y otro sexo. En tan lamentable estado, entraron en ella los españoles en Noviembre de 1533; su principal cuidado fué buscar las riquezas que allí se atesoraban, sin que les detuviese en su ansiosa codicia, ni aún la santidad de los sepulcros; el producto de este saqueo, unido con lo que ya habían hallado en el camino, resultó ser tan grande o mayor que el botín de Caxamalca y el rescate del Inca; se distribuyó, como éste, según la categoría y los servicios prestados por cada uno, y la parte de Soto debió ser de las más importantes, pues sin su arrojo en el paso de la sierra y en los demás encuentros, no tan pronto hubieran llegado al Cuzco los españoles. Podía decirse que estaba terminada la conquista, y encargando Pizarro a otros Capitanes la conservación de la paz, se dedicó a organizar el país conquistado, nombrando Ayuntamientos, construyendo Iglesias en los pueblos y ciudades de los indios y fundando villas y ciudades en los sitios más convenientes. Tal fué entre otras la ciudad de Trujillo, en recuerdo de su patria, la que fundó en el extenso valle de Chimó, y la de Lima, que destinaba para capital del

(1) Castas vírgenes que se dedicaban al servicio de su Dios en los templos y que guardaban clausura y castidad.

Imperio, que asentó en el rico valle de Linac o de Rimac, a dos leguas cortas del mar, el año de 1535. Ya era tiempo de pensar en la organización de aquel país y en la civilización de sus naturales, llevándoles entre otras ventajas la propagación y la enseñanza de la Religión Cristiana.

Vino a distraerle de esta grande empresa, la noticia que tuvo de la expedición de Pedro de Alvarado. Este famoso Capitán extremeño, servía a las órdenes de Hernán-Cortés en la conquista de Méjico y era a la sazón Gobernador de Guatemala; noticioso de las ventajas y tesoros que los españoles recogían en el Perú, y faltando a toda justicia y conveniencia, invadió aquella tierra con el intento de apoderarse de aquellos tesoros y desalojar de la tierra a las tropas de Pizarro; tal vez ignoraba los límites señalados a aquellas dos memorables expediciones de Méjico y del Perú, porque era difícil, apenas conocida la Geografía del Nuevo Continente, que se determinaran de un modo preciso los límites de las respectivas jurisdicciones al extenderse los contratos para las respectivas conquistas. Dispuso el Gobernador que Diego de Almagro le saliera al encuentro, y que, reforzado con la guarnición de San Miguel de Pinra, donde gobernaba Sebastián de Belalcazar, impidieran el paso a las tropas de Alvarado. Así lo hizo Almagro, y los dos ejércitos se encontraron en las llanuras de Río Bamba; ya se aprestaban a la pelea los dos ejércitos, ya se iba a verter sangre española por ambición de territorio y de riquezas; pero la prudencia de ambos Capitanes hizo que, antes de reñir batalla, mediasen entre ellos satisfacciones y embajadas; reconociendo Alvarado que tenían razón los de Pizarro y que había

invadido el territorio concedido a otros, se avino a celebrar un concierto; tal vez le decidió a esto la situación en que se encontraban sus tropas; cansadas de los trabajos padecidos en el camino, y seducidas por la fama de las riquezas del Perú, era fácil que le abandonaran para seguir en otra empresa que se les presentaba como más beneficiosa. Pero no quiso Alvarado desistir y retirarse sin que Pizarro le abonara la suma de cien mil pesos de oro, como indemnización de los gastos que había hecho en la expedición, cediéndole éste en recompensa su flota, su tropa y sus víveres. Así pudo terminarse aquel conflicto.

Hallábase a esta sazón Hernando de Soto de Gobernador del Cuzco; pero Pizarro dispuso que le sustituyese Almagro, para que desde allí pudiese continuar los descubrimientos y acabase de pacificar el país, mientras que el Gobernador se ocupaba en organizar la administración, fundar colonias y asentar la dominación española en todo el extenso territorio conquistado. Con valor y constancia se habían superado todas las dificultades, se dominaba tranquilamente el país y todo caminaba al término feliz de la conquista; transigidas también o acalladas las rivalidades entre los caudillos, aquellos aventureros que habían salido de la condición más humilde, disfrutaban de prosperidad y abundancia y sólo debían procurar la consolidación de su poderío, pero lejos de eso, no satisfechos de su ambición y renaciendo sus adormecidos rencores, no tardaron en destruir ellos mismos el fruto de sus afanes.

Llegó a la nueva ciudad de Trujillo la noticia del regreso de Hernando Pizarro y también de las nuevas mercedes que el Emperador había concedido a

los principales Jefes de la expedición; se dijo que las provisiones concedían a Almagro el Gobierno de todo el territorio desde Chíncha en adelante, y no faltaron amigos oficiosos que corriesen a darle esta buena noticia, alcanzándole junto al puente de Abancay. Contrariaba a Pizarro esta determinación, por temer que la gran ciudad del Cuzco cayese dentro de la gobernación de Almagro, y como antes le había concedido la gobernación de esta importante ciudad, despachó mensajeros con celeridad, revocando las órdenes que tenía dadas, y concediendo la gobernación a su hermano Juan Pizarro, para el caso de que Almagro quisiese hacer uso de las que antes le había dado, y de no ser así, que continuase Soto con el Gobierno. Por fortuna no había tomado posesión Almagro, y por tanto debía continuar Soto con el Gobierno.

Estas órdenes y contraórdenes dadas por Pizarro, debían hacer sospechar a Almagro de las intenciones del Gobernador; pero, disimulándolas, se había presentado en el Cuzco y había sido recibido con grande agasajo, así por los dos hermanos de Pizarro como por Soto. Empero envanecido con la autoridad y consideraciones que se le daban en las provisiones del Emperador, aunque todavía no las había recibido, se trataba ya como Jefe supremo e independiente de todo aquel territorio, y disponía y prometía como si ya estuviera en posesión de aquella suprema autoridad y sin dependencia alguna de Pizarro. Ofendidos de esto los hermanos del Gobernador, y seguidos del mayor número, levantaron bandera contra Almagro, en tanto que otros, cansados del orgullo y soberbia de los Pizarro, se inclinaban a Almagro. La ciudad se dividió en dos

bandos, los ánimos se acalararon, renacieron los antiguos odios aumentados con el pábulo de los chismes y las quejas, y llegó el caso de que el Ayuntamiento de la ciudad, los Capitanes y hasta los indios de servicio, se dividieran y salieran a la plaza dispuestos a verter su sangre; pero la prudencia y entereza de Soto, que conservaba el carácter de Gobernador, pudo por entonces contenerlos y evitar el peligro. Con la influencia que le daba la rectitud de sus acciones y la independencía que siempre observó entre los distintos bandos, dispuso, usando de su autoridad, que los Pizarro y sus parciales tuviesen su casa por cárcel, y que Almagro guardase también la suya hasta que el Gobernador resolviese lo más conveniente. Todos acataron esta prudente determinación.

Llegó a Lima la noticia de este conflicto, y Pizarro, deseando por entonces poner término a tales desabrimientos, por más que a ellos hubiese dado causa con sus contradictorias y precipitadas órdenes, llegó apresuradamente al Cuzco y sin permitir que se le hiciese ningún recibimiento, se dirigió a la iglesia, donde fué luego a buscarlo Almagro. Soto había informado de todo a Pizarro, que aprobó sus determinaciones. Mediaron entre los dos Caudillos quejas y recriminaciones de las que todos ellos eran culpables, pero renaciendo su antigua amistad, se abrazaron; el Gobernador reconvino a sus hermanos, y, al fin, por sujeciones de Soto y de los más prudentes, se celebró entre los dos principales Capitanes de aquella memorable expedición un nuevo acto de reconciliación el 12 de Junio de 1535, bajo las mismas bases de los anteriores. Para dar mayor solemnidad a aquel acto y más fuerza y

valor a sus promesas y juramentos, oyeron misa, recibieron la Sagrada Eucaristía y prometieron ante Dios y ante los hombres no faltar ninguno de ellos a sus promesas; pero no era difícil preveer que una armonía tantas veces rota, y que alteraba el más leve soplo de la mudable fortuna, no podía restablecerse ni conservarse por la formalidad de los contratos ni de los actos religiosos. Muerto el sentimiento de la amistad, debilitado el del pundonor, muerta también la conciencia del deber, y sin otro móvil que el de la ambición y la codicia, estos dos grandes hombres, sobrado activos y enérgicos, pudieron vivir juntos y en aparente o forzada armonía, mientras los peligros lo hacían necesario y en tanto que se realizaban sus esperanzas; pero una vez alcanzado el objeto de su temeraria osadía y de su desmedida codicia, cuando ya no había más territorios que conquistar, ni más tesoros que repartir, era indispensable que se disputasen el fruto de sus victorias, borrando así con su falsa, pérfida y sangrienta conducta, la gloria de aquella memorable jornada. No hubo fuerza bastante en el Gobierno de la metrópoli para deslindar y separar la jurisdicción de ambos Capitanes.

Para evitar nuevas discordias, se dispuso la jornada de Chile, donde Almagro podía satisfacer su ambición, extendiendo los límites de su Gobierno; Pizarro le había ofrecido a Soto el cargo de Lugarteniente, pero igual oferta se había hecho por Almagro a Rodrigo Ortiz; disgustado Soto con este nuevo desaire, y que así se premiasen sus servicios, no quiso ir a la jornada (1) ni permanecer más tiempo entre hombres tan ingratos y violentos, y pidió

(1) Herrera. Dec. V, pág. 169.

permiso a Pizarro para volverse a España. Ya no había en el Perú gloria que alcanzar, terminada la conquista, sino mengua que recibir en los sucesos que se preparaban y que sin duda preveía, y no quiso ser testigo de la sangrienta catástrofe, de la insondable sima en que uno tras otro habían de ir cayendo al impulso del rencor y de la envidia, casi todos los guerreros de esta célebre y memorable conquista.

Hernando de Soto, que había sufrido con prudente resignación tantos desaires y que veía venir la tormenta de las guerras civiles, levantando el ánimo a más grandes empresas, dejó aquel teatro de sus glorias y se vino con Pizarro a la ciudad de los Reyes (1). Allí encontraron al Obispo de Panamá, Fray Tomás de Berlanga, que, por comisión de la Corte, venía a señalar los límites de las Gobernaciones concedidas a Pizarro y a Almagro; pero en vista de la concordia de éstos se volvió a Panamá, a donde le acompañaron Soto, Tello de Guzmán, Luis de Guzmán y el clérigo Loaisa, en el mismo año de 1535 (2). Despidiéronse todos de Francisco Pizarro, que todavía, en consideración a los eminentes servicios de Soto, le recompensó espléndidamente de su propio peculio y le confirmó en el Señorío de Tumbez, que ya le había concedido anteriormente. Otros sesenta conquistadores, dueños ya de pingües fortunas, abandonaron también el Perú y se volvieron a España en 1537. Algunos de éstos volvieron con Soto a la conquista de la Florida (3).

(1) Herrera. Dec. V, pág. 171.

(2) Herrera. Dec. V, pág. 183.

(3) Garcilaso. His. de la Flor., Lib. I, Cap. I.

No sólo contribuyó Soto como el primero de aquellos grandes Capitanes al triunfo de las armas españolas en esta memorable conquista, sino que, con su entereza, evitó muchas veces los desórdenes de la soldadesca desenfrenada; a pesar de los repetidos desaires que recibió y de la influencia que tenía en el ejército, jamás faltó al deber y a la disciplina, y con su prudencia y desinterés, contuvo las envidias y las ambiciones, moderando aquel espíritu de discordia que desde un principio se manifestó como el cáncer que había de malograr tantos afanes, y retardar por mucho tiempo los beneficios de una empresa tan heroica como afortunada. Presagiando el sangriento fin de aquellos grandes Conquistadores, y no encontrándose con fuerzas para evitarlo, se volvió a su patria, no tan rico y aventajado como otros; pero en cambio, sin haber manchado su nombre con ningún acto infame.

Aunque no eran muy considerables las riquezas que Soto trajo de América, bastaban sin embargo para darle una posición brillante en la Corte; esto, unido a la fama de su nombre, a la caballerosidad de sus acciones, a su arrogante porte y a su edad, que no llegaba a ocho lustros, le grangeó desde luego el afecto público y la particular deferencia con que le recibió el Emperador. Cuando se presentó en la Corte acompañado de Luis Moscoso de Alvarado, Nuño de Tovar y Juan Rodríguez Lovillo, que habían militado con él en el Perú, y de Juan Dañusco, vecino de Sevilla, fué recibido por el Emperador con las más señaladas muestras de aprecio y distinción. Había casado con doña Isabel de Bobadilla, hija de Pedrarias Dávila, conde de Puñonrrostro, lo cual le daba también gran posición en la Corte, y

pudo entonces este ínclito extremeño sacar partido de las ventajas que le daba su posición brillante y sus riquezas, para gozar en paz del fruto de tantos afanes; pero no era ese el objeto que le traía a España; émulo de las glorias de Cortés y de Pizarro, considerándose capaz de acometer y llevar a cabo las más grandes empresas; con el deseo de figurar al frente de una expedición por su propia cuenta, se propuso invertir en ella toda su fortuna y pidió al Rey la conquista del Reino de la Florida, empresa que no habían podido lograr hasta entonces algunos valientes Capitanes. El Monarca le concedió de buena voluntad esta conquista, con todas las condiciones que quiso, y con grandes mercedes y privilegios, como se verá extensamente en el siguiente libro segundo.





LIBRO SEGUNDO

CONQUISTA DE LA FLORIDA

CAPITULO I

Descubrimiento y descripción.—Cabeza de Vaca, Ayllón y Narváez.—Carácter y costumbres de los naturales.—Expedición de Soto.—Su importancia llega a la Isla de Cuba. Porcallo de Figueo.—Preparativos.—Salida del ejército.—Hernán Ponce.

LA tierra de la Florida, la más rica del Nuevo Mundo y la más indomable por sus valerosos habitantes, fué descubierta por Juan Ponce de León, Jefe de la Colonia establecida en Puerto Rico. Habían oído que en cierto paraje, al Norte, había una isla con una fuente, cuyas aguas tenían la virtud de restituir la salud a los enfermos y rejuvenecerlos; para descubrirla, salió la expedición de Ponce de León en la dirección marcada, dirigiéndose al Norte, y cuando al llegar al grado 26 de latitud septen-

trional se volvían hacia el Oeste, empujados por fuerte tormenta, descubrieron una isla, a la que dieron el nombre de Florida, por lo florido de sus campos, o por haberla descubierto el domingo de Pascua Florida del año 1513 (27 de marzo).

Dícese que en lo antiguo se llamó esta región *Cantio*, y se asegura que de ella salieron los pobladores de la Española, Cuba, Jamaica y otras. Cuéntase que era muy visitada por los indios circunvecinos, por suponer que en ella había un río que remoceaba. Bartolomé Alcázar asegura que se llamó antiguamente Jagüaza.

La conquista de este hermoso país se concedió primero a su descubridor, que la emprendió con tres navios el año 1515, y después de algunas desgracias en el mar, tomó tierra en la Florida. Los indios salieron a recibirlo, y pelearon tan valerosamente, que lo desbarataron, escapando sólo siete con Juan Ponce, y de resultas de las heridas murieron después todos en la Isla de Cuba.

Le sucedieron en esta empresa, el oidor Lucas Vázquez Ayllón y otros seis compañeros, vecinos ricos de la isla de Santo Domingo; fletaron dos navios con el propósito de recoger algunos indios, para emplearlos en los trabajos de las minas. Un fuerte temporal los arrojó sobre el Cabo de Santa Elena y descubrieron un río, al que dieron el nombre de Jordán, porque así se llamaba el piloto que lo descubrió. Los recibieron los indios de paz, cambiaron con ellos algunos objetos y convidándolos para que vieses los navios, cuando se hallaban embarcados más de ciento, levaron anclas y los condujeron a Santo Domingo; pero nada consiguieron con este acto de piratería, pues uno de los navios

se perdió en el mar con toda la tripulación, y los indios que en el otro llegaron a la isla, se negaron a trabajar y murieron todos de tristeza y de hambre, porque ponían gran resistencia a tomar alimento.

Vino a España Vázquez Ayllón, que obtuvo el Gobierno y conquista de aquella tierra, y con tres navíos que armó en Santo Domingo, en el año 1524, penetró en la provincia de Chicoria, donde esperaban encontrar riquezas. Los indios los recibieron con grandes demostraciones de alegría, y confiado Ayllón, mandó desembarcar doscientos hombres que llegaron a un pueblo, a tres leguas de la costa, donde fueron muy obsequiados; pero a los cuatro días los degollaron a todos en una noche, y al amanecer dieron con los que habían quedado con el oidor para guardar los navíos, los derrotaron y los obligaron a embarcarse para Santo Domingo. Entre los pocos que escaparon con Ayllón, iba uno llamado Hernando de Mogollón, natural de Badajoz, que después sirvió en el Perú. Así vengaron los indios el acto anterior de piratería.

La tercera expedición a la Florida, se concedió a Pánfilo de Narváez, que no fué más afortunado, porque, derrotado por los indios, pereció con toda su gente, de la que sólo se salvaron cuatro. Concedida después esta conquista a Hernando de Soto, como diremos más adelante, y mientras se hacían los aprestos para la expedición, llegó a la Corte Cabeza de Vaca, uno de los aventureros que habían ido con Narváez, el cual refirió el desastre de éste y que sólo habían logrado salvarse cuatro, que pudieron arribar a Nueva España; afirmó que estaban juramentados todos para no decir nada del fin desastroso de aquella expedición con el objeto de

que nadie se les adelantase a pedir la conquista y gobierno de aquella tierra (1).

Causa admiración y maravilla que aquellos atrevidos aventureros no se arredrasen con los desastres de tres expediciones que habían perecido en la demanda; y ni el hambre, ni la peste, ni los peligros del mar, ni la terrible lucha con innumerables y aguerridos ejércitos, los contenían en sus atrevidas empresas; se disputaban la gloria de suceder a los que habían perecido y parece que esta misma desgracia los alentaba. Hizo Soto proposiciones ventajosas a Cabeza de Vaca, pero no lograron convenirse.

Con las noticias que se tenían de aquella hermosa tierra y de las riquezas que atesoraba, tuvo gran celebridad la expedición concedida a Soto, si bien ponía espanto en los ánimos menos esforzados la relación de las penalidades y desgracias que habían sufrido los españoles en las tres expediciones anteriores y el valor y ferocidad con que aquellos indios resistían la dominación y defendían sus hogares.

Esta arriesgada empresa era la concedida a Soto por una capitulación, su fecha en Valladolid a 20 de Abril de 1537 (2). Se le concedía la conquista y población de toda la tierra que se había concedido a Pánfilo de Narváez, título de Gobernador y Capitán General de 200 leguas de lo que descubriese, Adelantado, Alcalde mayor y Teniente de tres fortalezas, oferta de doce leguas en cuadro con Señorío de vasallos. Considerándolo necesario se le dió también la Gobernación de Cuba, con facultades de llevar a ella cincuenta esclavos francos y otros cin-

(1) Herrera. Dec. VI, lib. VII.

(2) Apéndice 1.^o

cuenta a su conquista, con otros privilegios y mercedes a los conquistadores y pobladores. Pero se le obligaba a hacer todo a su costa y a llevar 500 hombres con los Oficiales Reales, religiosos y demás empleados que señalase S. M. Debía hacerse a la vela en el término de un año; iba de contador Juan de Añusco, de factor Luis Hernández de Viedma, de tesorero Diego del Corral, y de regidores Alvaro de San Jurjo, Luis Daza, Francisco García Osorio y Diego de Amusco.

El Hidalgo de Elvas dice que también se concedió a Soto el título de Marqués de cierta cantidad de tierras que conquistase, pero ni los demás escritores hacen mención de esta gracia, ni se halla consignada en la capitulación.

Publicada la jornada, fueron muchos los jóvenes y caballeros que se alistaron a las órdenes de Soto, y, entre otros, que sería prolijo enumerar, lo fueron don Antonio de Osorio, hermano del Marqués de Astorga, que vendió para ello sus grandes rentas; su hermano D. Francisco García Osorio, que vendió un lugar de vasallos que tenía en tierra de Campos. De Sevilla fueron Juan de Moscoso y otros dos hermanos, Nuño de Tovar y Juan Rodríguez Lovillo; de Barcarrota, Diego García, hijo del alcaide de aquella fortaleza; Alonso Romo, Luis de Soto, Arias Tinoco, Diego de Soto y Diego Arias, parientes del Adelantado, con otros varios soldados. De Badajoz, Pedro Calderón. De Elvas, vino una lucida y numerosa compañía de fidalgos, Andrés de Vasconcelos, Antonio Martínez, Hernán Pegado, Men Ruiz Pereira, Juan Cordero, Esteban Pegado, Benito Hernández y Alvaro Fernández. Otros muchos hidalgos extremeños y caballeros de Salaman-

ca, Jaén, Valencia y Alburquerque, tomaron parte en la expedición, y fué tanto su número que, según refiere el Fidalgo de Elvas, en Sanlúcar quedaron muchos con sus haciendas vendidas sin tener lugar en la Armada. Tal era el prestigio y las simpatías que inspiraba Soto, y la confianza que tenían en su valor y en su experiencia demostrada en aquellos lejanos países.

Dice un historiador con elegante frase: «Era el Adelantado Hernando de Soto más que mediano de cuerpo, de buen aire, parecía bien a pie y a caballo, era alegre de rostro, de color moreno, diestro de ambas sillas y más de la jineta que de la brida.» (1). Tenía a la sazón treinta y ocho años y se hallaba en la plenitud de las energías y los entusiasmos que debía comunicar a todos sus compañeros.

Ninguna de las expediciones particulares que se habían realizado anteriormente tenían la importancia y los medios que alcanzó la de Soto; pues la de Pedrarias fué auxiliada en todo por el Emperador, y en otras fueron varios los asociados, mientras que la de Soto fué exclusivamente suya, costeada toda a sus expensas. Ninguna reunió tampoco un número tan crecido de gentes de valer y de importancia, así de españoles como de portugueses, y esto prueba el prestigio y la influencia que ejercía el caudillo, sus simpatías y la gran riqueza que atesoraba, y que toda, a no dudar, la empleaba en la expedición, lo cual atraía y daba aliento a todos sus compañeros, porque presumían que, cuando un hombre tan conocedor de las cosas de aquella tierra empleaba una fortuna tan respetable en la conquista, debía tener grandes probabilidades de

(1) Garcilaso, Lib. V, Cap. VIII, pág. 252.

su buen éxito y esperaba recoger gran fama y riquezas. Cuando los naturales defendían con tanto tesón sus hogares, no sería la tierra tan ingrata. Todo contribuía a hacer simpática la empresa, y no es extraño que vendieran sus haciendas y expusieran sus vidas con los ejemplos repetidos que veían en nuestros aventureros.

Pero los tiempos habían cambiado mucho en el Nuevo Mundo; no era ya aquella virgen América, sencilla, confiada y supersticiosa; había aprendido mucho en la escuela del infortunio; la sorpresa causada por aquellos hombres de distinta raza, con extrañas y terribles armas, a quienes consideraban invencibles, había desaparecido cuando comprendieron y se cercioraron que eran simples mortales; muchos habían muerto a mano de los indios y otros sucumbieron a las enfermedades. En la *noche triste* de Méjico, en los desfiladeros de la sierra de Vilcaconga y en otros varios encuentros, habían probado los indios sus fuerzas y su valor, para no considerar ya a sus contrarios como inmortales; los caballos que tanto los habían asustado al principio, por considerarlos una sola pieza con el jinete, también habían probado que podían morir, o utilizarlos el que los recogiera. Ya no eran posibles sorpresas como las de Caxamalca y México y ya sabían ellos lo que podían esperar de las palabras de amistad y de las promesas de los españoles. La situación en que se encontraban los pueblos conquistados, despojados de sus hogares y de todas sus riquezas, reducidos a la miserable condición de esclavos, a pesar de las sabias leyes de Indias y de las continuas Provisiones del Emperador para el buen trato de aquellos naturales, todo les

había hecho comprender cual era su triste situación, y que el único remedio de sus grandes infortunios no era otro que el de resistir con denuesto o perecer en la demanda.

Los indios de la Florida habían ya resistido también y aniquilado tres invasiones anteriores, debiendo estar orgullosos y envalentonados con estas proezas. Ciertamente que la nueva expedición de Soto contaba con mayores elementos, por la importancia y capacidad de su caudillo, el mayor número y calidad de sus Capitanes y soldados, su buen armamento, sus buques de guerra y los socorros que podían esperar de Cuba; pero en cambio tenía mayores dificultades que vencer; había necesidad de disputar palmo a palmo el terreno; establecer fuertes y guarnecerlos; procurar confiar a los habitantes tratándolos bien y, en una palabra, cambiar por completo los medios y los recursos empleados anteriormente, y esto había de contrariar mucho a aquellos aventureros, que sólo se movían por el cebo de la ganancia y de las riquezas. Ya veremos en el curso de esta Historia cómo supo Soto, con su valor y su prudencia, ir venciendo tan inmensas dificultades.

Antes de narrar la historia de esta conquista, conviene decir algo del carácter y costumbre de los habitantes de aquella extensa región del Nuevo Continente.

Eran los indios de la Florida, por sus condiciones naturales y por el territorio que ocupaban, fuertes, robustos, sobrios y sufridos. Su principal ejercicio, la caza de animales bravos; su principal alimento era el maíz, que se cría allí en abundancia, y por vianda los freijones y calabazas. Se escasea-

ba la carne, porque no tenían ninguna clase de ganado manso, pero había muchos ciervos, corzos y gamos, de mayor tamaño que los conocidos en España; mucha diversidad de aves de variados y vistosos plumajes, con los que se adornaban las cabezas, distinguiéndose los nobles de los plebeyos, por la mayor altura y brillantez de las plumas que elegían, algunas de las que alcanzaban una altura de media brazada de alto. Su bebida, agua pura sin mezcla alguna; la carne y el pescado lo comían muy asado o cocido y la fruta muy madura. Andaban desnudos; solamente traían unos pañetes de gamuza de varios colores, porque eran muy diestros en adobar y dar color a las pieles. Llevaban al cuello capas de pieles de marta finísima, o de gatos, gamos, corzos, venados, osos y leones; las capas o mantas no les llegaban más que a media pierna. Dejaban crecer el cabello y hecho un gran nudo sobre la cabeza. Las mujeres andaban vestidas de gamuza y traían todo el cuerpo cubierto honestamente.

Sus principales armas eran el arco y la flecha, pero usaban también picas, lanzas, dardos, partesanas, hondas, porras, montantes y bastones (1). Los arcos eran del mismo alto del hombre que lo manejaba, las cuerdas o correas, de piel de venado bien retorcida, y como los indios eran altos, tenían aquellos más de dos varas de largo y gruesos en proporción; los construían con madera de roble y otras más resistentes y hacían tiros tan bravos como espantables.

Estos indios eran idólatras, adoraban el Sol y la Luna, pero sin ceremonias de culto; no tenían ído-

(1) Garcilaso, Cap. IV, pág. 88.

los, ni les hacían sacrificios, ni oraciones. Sus templos servían de enterramientos y en ellos depositaban lo mejor y más rico, con los trofeos de sus victorias.

Generalmente se casaban con una sola mujer, castigaban el adulterio con la muerte o con otras penas crueles y afrentosas, pero los nobles o señores podían tener muchas concubinas; conservaban la distinción a la mujer legítima y las demás servían como criadas. Los hijos de aquella eran los herederos y no se confundían nunca con los bastardos. El Gobierno era el mismo de los demás territorios de América, pero vivían independientes unas tribus de otras, mandadas y gobernadas por un señor a quien daban el nombre de *Curaca*, Jefe del ejército y de la religión; pero cada tribu tenía distinta lengua o dialecto y no obedecían como en México y el Perú a ningún Rey o Emperador, ni entre ellos había ningún género de federación o Gobierno Central y jamás se confundían unas tribus con otras más que en momentos de guerras.

Volvamos a reanudar el hilo de nuestra Historia. Hechos todos los preparativos y antes de expirar el año, salió la Armada del Puerto de Sanlúcar de Barrameda el día 6 de Abril de 1538 y se componía de siete navíos y tres bergantines, que en diversos puertos de España se habían comprado, y de 950 hombres de guerra. El Adelantado, con toda su casa, mujer y familia, se embarcó en una nao llamada San Cristóbal, que era de ochocientas toneladas, la cual iba por capitana de la armada, bien apercibida de gente de guerra, artillería y municiones, como convenía a nao capitana de tan principal capitán.

En otra no menor, llamada la Magdalena, se embarcó Nuño de Tovar, natural de Jerez de Badajoz. Iba por Teniente general y llevaba en su compañía a D. Carlos Enriquez, natural de la misma Ciudad. Luis Moscoso de Alvarado, hijo del Comendador Dios-dado de Alvarado, caballero natural de Badajoz, iba por maese de campo del ejército, y mandaba el galeón llamado la Concepción, que era de más de quinientas toneladas.

En otro galeón igual, llamado Buena-Fortuna, iba el capitán Andrés de Vasconcelos, caballero fidalgo portugués, natural de Elvas, el cual llevaba una muy hermosa y lucida compañía de fidalgos portugueses, que algunos de ellos habían sido soldados en las fronteras de Africa. Diego Garcia, hijo del Alcaide de la fortaleza de Villanueva de Barcarrota, iba por capitán en otra nao gruesa llamada San Juan. Arias Tinoco, capitán de Infantería, iba por capitán de otra nao grande llamada Santa Bárbara.

Alonso Romo de Cardeñosa, hermano de Arias Tinoco, que también era capitán de Infantería, iba mandando un galeoncillo llamado San Antón; con este capitán iba otro hermano suyo, llamado Diego Arias Tinoco, alférez general del ejército. Por capitán de una carabela muy hermosa iba Pedro Calderón, natural de Badajoz, y en su compañía iba el capitán Micer Espínola, genovés, el cual era capitán de sesenta alabarderos de la guardia del gobernador. Llevaba también la expedición dos bergantines para servicio de la armada, que por ser más ligeros y más fáciles de gobernar que las naos gruesas, sirviesen como espías para descubrir donde no pudiesen penetrar las naves. Llevaba la armada ocho clérigos y cuatro frailes; los nombres de los

clérigos de que hay memoria eran: Rodrigo de Gallegos, natural de Sevilla, deudo de Baltasar de Gallegos; Diego de Bañuelo y Francisco del Pozo, naturales de Córdoba, y Dionisio de París. Los frailes se llamaban: Fray Luis de Soto, natural de Villanueva de Barcarrota, deudo del Gobernador; Fray Juan de Gallegos, natural de Sevilla, hermano del capitán Baltasar, ambos dominicos; Fray Juan de Torres, natural de Sevilla, franciscano; Fray Francisco de la Rocha, natural de Badajoz, trinitario. Todos ellos hombres de mucho ejemplo y doctrina.

Con esta armada de la Florida iba la de Méjico, que era de veinte naos gruesas, de la cual iba también por general Hernando de Soto, hasta el paraje de la isla de Santiago de Cuba, de donde se había de apartar para Vera Cruz.

Con tan lucida y numerosa armada; con capitanes españoles y portugueses que habían alcanzado renombre en el Nuevo Mundo y en Africa, con los bastimentos y material de guerra que se consideraban suficientes, todo le hacía concebir grandes esperanzas en su feliz éxito (1).

Con próspero suceso y bonanza navegó la escuadra cuatro días sin que ocurriera nada digno de

(1) No obstante, la conquista que proyectaba Soto con mil hombres y trescientos cincuenta caballos en 1538, tres siglos después ha costado al Gobierno de los Estados Unidos sostener una guerra, durante siete años, con los indios descendientes de los que pelearon con los españoles; guerra en que para vencer le fué necesario gastar treinta millones de duros y que sacrificasen sus vidas algunos miles de soldados angloamericanos.

Un ejército compuesto de 9.000 soldados, con su correspondiente artillería y material de ingenieros, que de continuo recibía refuerzos y que estaba mandado por los generales de mayor crédito de los Estados Unidos, tuvo que sostener una guerra de siete años para dominar en un territorio mucho más

contarse; calmó luego el viento y pasaron ocho días de poco andar las naves, pero como iban todas bien abastecidas, no se pasó ningún quebranto, aparte de la impaciencia por la lentitud con que caminaban. Llegó la arriada a las Islas Canarias el 21 de Abril, día de Pascua Florida y desembarcando en la Gomera fueron muy bien recibidos por el Gobernador, pasaron allí los tres días de Pascua y tomados los refrescos continuaron su marcha. Antes de partir pidió Soto al Gobernador que le dejase una hija bastarda que tenía, llamada doña Leonor de Bobadilla, para que acompañase a su esposa, encargándose de su porvenir, y accedió a ello su padre. Era doña Leonor de extraordinaria hermosura y discreción, y enamorado de ella el capitán Nuño de Tovar, la tomó por esposa, como diremos más adelante.

Salió la armada el 24 de Abril y con próspero viaje dió vista a Santiago de Cuba en fin de Mayo. Ocho días antes se había separado la armada de Méjico, haciendo rumbo a Vera Cruz. Llegados a Santiago de Cuba, fué recibido el nuevo Gobernador de la Isla con grandes fiestas y regocijos que se aumentaron por llegar también en la armada Fray Hernando de Mesa, obispo de aquella Iglesia y el primer prelado de ella, varón insigne por su ilustración y sus virtudes. Mandaron para el Gobernador un caballo bien enjaezado y para doña Isabel una mula; todas las gentes de la ciudad salieron a recibirlos a pie y a caballo. Duraron muchos días

pequeño que el que Hernando de Soto quería conquistar con las escasísimas fuerzas militares que enumeramos.

De locos califica a Hernando de Soto y sus compañeros de armas un historiador francés. Locos es cierto, si el heroísmo es locura. — V. Luis Vidart.

las fiestas y el regocijo; hubo danzas, saraos, máscaras, cañas y toros que corrían y alanceaban; otros días se corrían sortijas a la brida y a los que en ella se distinguían, en la destreza de las armas, o en la discreción de la letra, o en la novedad de la invención, se les daban premios de honor, joyas de oro o plata, sedas y brocados. Distinguiáanse mucho los caballos que había en la isla que eran muchos y buenos, porque tienen hierba fresca todo el año; también había muchas vacas bravas y puercos que abastecía su mercado (1). No eran menos notables los caballos que llevaban los expedicionarios. Ya se había reconocido la importancia de estos para la guerra y se vendían muy bien; había criadores que tenían en caballerizas veinte o treinta, y algunos poseían cincuenta o sesenta, por ser esta la mejor granjería y la más productiva. Duraron estas fiestas cerca de tres meses. El Gobernador compró muchos caballos y lo mismo hicieron sus capitanes, a los que, para este objeto, adelantó Soto los fondos necesarios, por comprender la importancia que para aquellas guerras le ofrecía la caballería.

Tuvo noticias el Gobernador de que unos corsarios franceses habían saqueado y quemado la ciudad de la Habana y mandó al Capitán Mateo Aceituno que fuese con gente por mar a recobrarla y restaurarla; recorrió después Soto los pueblos de la isla, nombrando jueces y gobernadores y proveiendo todo lo necesario para la buena administración que debía dejar establecida. En la villa de La Trinidad se le ofreció para acompañarle en la conquista un caballero muy principal y rico, llamado

(1) Fidalgo de Elvas, pág. 12.

Vasco Porcallo de Figueroa, que había servido en las Indias, en España y en Italia, y aunque por su edad de cincuenta años, y por las riquezas adquiridas en la guerra, se hallaba retirado, le entusiasmó aquella empresa y se ofreció al Adelantado con toda su hacienda. Mucho agradeció Soto este generoso ofrecimiento, y estimando las buenas cualidades de Porcallo y su experiencia en aquellas guerras, quitó su oficio a Nuño de Tovar, porque se había enamorado de la hija del Conde de la Gomera, que luego fué su mujer, y nombró Teniente General de toda su armada y ejército a Porcallo. Con esto se aumentó mucho la importancia de la empresa, porque Porcallo, como hombre rico y generoso, además de los muchos criados de su casa, así españoles como indios y negros, llevó treinta y seis caballos para su persona y más de cincuenta que ofreció a otros capitanes y soldados. Proveyó abundantemente a la armada con carne, pan de Cazabé, maíz, puercos y otros bastimentos. Su decisión y entusiasmo fué causa de que otros muchos caballeros de la isla se uniesen y tomasen parte en aquella empresa. Tenía Porcallo muchos esclavos para sus minas, pero los trataba mal y se le desertaban o morían; por eso pensó tomarlos en la Florida (1) y quiso ir en la armada.

Concluidos los preparativos necesarios en fines de Agosto de 1538, salió el Gobernador en dirección de la Habana, distribuyendo sus trescientos caballos en pelotones de a cincuenta para que no escaseasen los bastimentos. Mandó que la Infante-

(1) Un mayordomo de este rico señor, viendo que los esclavos se ahorcaban por no pasar trabajos, les dijo que él iba a ahorcarse también para tratarlos peor en la otra vida, con lo que evitó que se mataran. —Fidalgo de Elvas, pág. 13.

ría, con su esposa doña Isabel y toda su casa y familia fuesen por mar a reunírsele en la Habana. Sin suceso digno de mención llegaron unos y otros a la capital, y sin pérdida de tiempo se dedicó el Gobernador a reparar los desastres causados por los piratas franceses y a reedificar el templo. Mandó luego al contador Juan de Añusco, que era gran mariner, cosmógrafo y astrólogo (1) para que con los dos bergantines fuese a reconocer la costa de la Florida, en cuyo servicio empleó primero dos meses y en otra segunda expedición tres, pero trajo noticias de aquellas costas, sus puertos y calas, no sin sufrir trabajos en una isla desierta y en el mar, donde estuvieron a punto de naufragar y perecer; trajo también dos indios que eran muy necesarios para guías o intérpretes y que aseguraban haber en aquella tierra mucho oro y plata. Con estas noticias tan favorables y con la llegada de todas las tropas que habían quedado en Santiago, creyó el Gobernador que era llegada la época de acometer su empresa. Nombró para el gobierno y administración de la Habana a su esposa doña Isabel de Bobadilla, mujer de toda bondad y discreción (2) y por su lugarteniente a Juan de Rojas, caballero principal que desempeñaba este cargo a la llegada de Soto, y nombró también Gobernador de Santiago de Cuba a Francisco de Guzmán. Quedaron en la Habana con doña Isabel, las mujeres de don Carlos Enriquez, Baltasar de Gallegos y Nuño de Tovar.

Por este tiempo llegó de arribada forzosa a aquel

(1) Garcilaso, libro I, pág. 116.

(2) Garcilaso, pág. 218. La primera mujer que ejercía aquel importante cargo. (N. del A.)

puerto una nao donde iba Hernán Ponce, el antiguo compañero de Soto, de quien hemos hablado en el libro primero de este Estudio Biográfico. Ya dijimos el convenio que habían hecho Ponce y Soto para repartirse todo lo que adquiriesen en aquellas conquistas, y como Ponce traía gran tesoro adquirido en el Perú, quiso burlar a su compañero y no arribar ni desembarcar en la Habana; no se lo consintió el temporal, y para lograr su intento, mandó sacar el tesoro de noche para esconderlo; pero los espías que había puesto Soto, se lo quitaron y lo llevaron al Gobernador, el cual al día siguiente se lo devolvió, quejándose de su injusto e ingrato proceder, y ofreciéndole la parte que quisiera tomar en la conquista de la Florida, la cual había pedido, para continuarla bajo la compañía que tenían establecida. Quedó Ponce confundido de la generosidad de su compañero y de su propia desconfianza; se renovaron las antiguas escrituras de convenio, y pidió permiso Ponce para regalar a doña Isabel de Bobadilla, mujer del Gobernador, diez mil pesos de oro. No quiso tomar parte en la empresa de la conquista de la Florida y pidió se le permitiese volver a España, aunque renovando y confirmando su antigua amistad y sus compromisos.

Salió Soto con su armada y ejército el 12 de Mayo de 1539 (1) y dejando el puerto de la Habana se dirigió al territorio de la Florida.

No habían transcurrido ocho días después de estos sucesos, cuando Hernán Ponce presentó escrito pidiendo a la Gobernadora los diez mil pesos que le había dado, manifestando que los había en-

(1) Según el Fidalgo de Elvas, fué la salida el 18 de Mayo. *Relaçao*, pág. 17.

tregado por el temor de que quisiesen quitarle todo el tesoro que traía del Perú, y amenazando con elevar su queja al Emperador; pero doña Isabel contestó que, entre Ponce y su marido había muchas cuentas nuevas y viejas sin liquidar, y que de ellas resultaba deberle Ponce más de cincuenta mil ducados, pidiendo a la justicia que lo prendiera hasta que se averiguaran y liquidaran las cuentas, las cuales se ofrecía a dar luego a nombre de su marido; pero temeroso Ponce, alzó las velas y se vino a España, arrepentido de su injusto proceder, o temiendo ser alcanzado en sus cuentas y perseguido. La codicia y el interés ciega a los hombres, y ya hemos visto que, muchos de aquellos conquistadores, hacían poco caso de la fe de su palabra y de sus compromisos.





CAPITULO II

Llegada a la Florida.—Noticias de la desgraciada expedición de Pánfilo de Nerváez.—Un cristiano cautivo.—Juan Orortiz.—El cacique Mucozo.—Previsiones para el descubrimiento.—Se reconocen ocho provincias.—Un cacique temerario.—Apalache.—Ciénaga de Apalache.

COMO hemos dicho, la lucida armada que mandaba Hernando de Soto salió del puerto de la Habana con dirección a la Florida; llevaban trescientos cincuenta caballos, repartidos en ocho navíos, una carabela y dos bergantines; la gente de guerra, con los de la isla que quisieron ir a la conquista, pasaban de mil hombres, con más los marineros, toda gente lucida, apercebida de arneses y armas de todas clases; muy abastecida de todo lo necesario, que más bien parecía una ciudad esplendida, que una reunión de guerreros y gente de mar,

tanto, que hasta entonces ni después, se vió mejor y más lucida armada en las conquistas de indias.

Después de diez y nueve días de navegación, llegó la armada a una bahía, a la que pusieron el nombre del Espíritu-Santo, que es el que hoy conserva, porque en dicho día la descubrieron; desembarcaron 300 infantes y tomaron posesión de la tierra a nombre del Emperador, según se acostumbraba en aquellas empresas, y se levantó acta por el Escribano Real; hallaron la tierra muy fértil y poblada de viñedo silvestre, que es planta que se da allí espontánea y de rico fruto; como no les molestasen los indios, se quedaron en tierra, pero a la madrugada les acometieron con tal ímpetu, que los obligaron a retirarse hacia los navíos; Vasco Porcallo de Figueroa, vino con presteza en su auxilio y rechazó a los indios, perdiendo su caballo. Desembarcaron entonces toda la gente, y dejando órdenes a los que quedaban en los navíos, se internaron en la tierra, a unas dos leguas de la costa; allí tuvieron noticia de la desgraciada expedición de Pánfilo de Narváez, y encontraron un prisionero llamado Juan Orortiz, natural de Sevilla, a quien habían perdonado la vida los indios para amargársela después con grandes sufrimientos; le hacían trabajar mucho con escaso alimento, correr todo el día sin parar un punto, y hasta se propusieron asarlo vivo; pero la mujer y las hijas de aquel curaca inhumano le salvaron la vida y aliviaron sus desgracias; para librarse de aquel Jefe tirano, se refugió el prisionero al territorio de otro curaca más humano, que se llamaba Mucozo, el cual sostenía amores con la hija de aquel otro terrible enemigo. Esta recomendación le valió el favor de su nuevo amo y que cesasen sus

infortunios. Ya tenía el Gobernador noticia de este desgraciado y extensa relación de sus sufrimientos, y mandó a Baltasar de Gallegos con sesenta caballos para que fuese a rescatarlo al pueblo del cacique Mucozo, teniendo en cuenta remediar sus desgracias, y por el servicio que podía prestarles como intérprete y conocedor de la lengua y costumbres de los indios; accedió el cacique a los deseos del Gobernador, que en llegando el desgraciado Orortiz lo acarició, y también a los indios que le acompañaban, dándoles regalos para su cacique y las gracias por el buen trato y protección prestados al cautivo. Al tercer día vino Mucozo bien acompañado de los suyos, prestó obediencia al Gobernador y le ofreció su amistad y servicios. Los españoles le hicieron el mejor recibimiento y agasajos y los dejaron a todos en libertad para que volviesen a sus hogares.

Mandó el Gobernador que siete navíos se volvieran a la Habana, quedando cuatro para las necesidades del ejército (1); procuró después traer de paz a los curacas para ir explorando la tierra, y cuando cogían algún prisionero le concedía la libertad y lo gratificaba para ganarse la voluntad de todos. Mandó que Baltasar de Gallegos con sesenta caballos y otros sesenta infantes fuese a descubrir, lo que ejecutó en más de veinticinco leguas tierra adentro, sin ningún quebranto, porque unos pueblos lo recibían de paz y otros huían a la vista de los españoles. Hallaron el país muy fértil y abundante en parrales, nogales, encinas, morales, ciruelos, pinos

(1) Acto de valor semejante al de Cortés, cuando quemó las naves; pero que perjudicó a la empresa, porque le faltaron los socorros que podía recibir de Cuba. (N. del A.)

y robles, y los campos apacibles y deliciosos así en monte como en campiña. Baltasar de Gallegos mandó relación de lo que había visto y descubierto, y el Gobernador, muy complacido con tan buenas nuevas, dispuso la salida del ejército, dejando guarnición en el pueblo de un curaca, próximo a la bahía del Espíritu-Santo. Dejó de Gobernador de esta guarnición y de su territorio al Capitán Pedro Calderón, con cuarenta lanzas y ochenta infantes. Pronto alcanzó el ejército a la partida que mandaba Baltasar de Gallegos, que los esperaba en el pueblo de Urribarracuxi.

En todo el territorio de la Florida había grandes lagunas o ciénagas, extensas, profundas y pantanosas. Un día entero tardó el ejército en pasar una gran laguna, encontrándose después en un terreno tan pantanoso y tan poblado de arroyos y pequeños lagos, que les impedían el paso, principalmente de la caballería, que se atollaba en el cieno, por lo que tuvieron que volver a repasar la gran laguna, y caminando tres días por su margen, pudieron hallar otro paso menos difícil, aunque molestados continuamente por los indios que, escondidos en los grandes juncas con sus canoas o piraguas, causaban mucho daño con sus flechas. Reconocido el nuevo y más fácil paso de la laguna por el mismo Soto en persona, con mucho riesgo, y sosteniendo constante lucha, mandó dos soldados para dar aviso al ejército y para proveerse de maíz, pan y queso, único alimento que les quedaba del que traían en la armada. Tres días tardó el ejército en pasar la laguna, tan extensa y trabajosa era, y tuvieron la suerte de no ser acometidos por los indios, lo que hubiera sido peligroso por el desfallecimiento en

que se encontraban, así los hombres como los caballos.

Pasada la laguna, se encontraron en la rica y fértil provincia de Acuera, donde se reunió ya todo el ejército y pudo reponerse y descansar de sus fatigas. Mandó Soto una embajada a aquel cacique por algunos indios que hicieron prisioneros, ofreciéndole su amistad; pero el Curaca respondió descomedidamente, diciendo que ya por otros castellanos que años antes habían ido a aquella tierra, tenía larga noticia de quien ellos eran, y sabía muy bien su vida y costumbres, que era tener por oficio andar vagamundos de tierra en tierra, viviendo de robar y saquear, y matar a los que no les habían hecho ofensa alguna; que con gente tal, en ninguna manera quería amistad ni paz, sino guerra mortal y perpetua; que aunque tan valientes como se jactaban, no les había temor alguno, porque sus vasallos y él no se tenían por menos valientes, para prueba de lo cual les prometía mantenerles guerra todo el tiempo que en su provincia quisiesen parar, no descubierta ni en batalla campal, aunque podía dársela, sino con asechanzas y emboscadas; por tanto, les apercibía se guardasen y recatasen de él y de los suyos, a los cuales tenía mandado le llevasen cada semana dos cabezas de cristianos, porque degollando cada ocho días dos, pensaban acabar con todos en pocos años, y que no podían perpetuarse ni poblar, porque no traían mujeres. Que no quería someterse al rey de España, porque él era el rey en su tierra, y no tenía necesidad de hacerse vasallo de otro. Que por viles y apocados tenía a los que se metían debajo de yugo ajeno, pudiendo vivir libres.

El Gobernador, oída la respuesta del indio, se admiró de que con tanta soberbia hablase, y por lo mismo procuró con más instancia atraerle a su amistad, enviándole muchos recados de palabras amorosas y comedidas. Mas el Curaca o Cacique (1), a todos los indios que a él iban, decía que no pensaba dar otra respuesta, ni la dió jamás.

En esta provincia estuvo el ejército veinte días reponiéndose del trabajo y hambre pasados en el camino, apercibiéndose de las cosas necesarias para pasar adelante. El Gobernador procuraba en estos días adquirir noticias y relación de la provincia, para lo cual mandó exploradores para que con cuidado y diligencia se enterasen de todo lo que convenía a sus planes de conquista.

Los indios en aquellos veinte días no se durmieron ni descuidaron, antes por cumplir las amenazas que su Curaca había hecho y por realizarlas, andaban tan solícitos y astutos en sus asechanzas, que ningún español se separaba cien pasos del real, que no lo degollasen luego; y por mucha prisa que se tuviese en socorrerlos, ya los hallaban sin cabezas, porque se las llevaban para presentarlas al Cacique, como éste les tenía mandado.

Los cristianos enterraban los cuerpos muertos donde los hallaban. Los indios volvían a la noche siguiente y los desenterraban y hacían tasajos, y los colgaban por los árboles para atemorizar a los españoles. Así fueron muchos los heridos y algunos los muertos, dando aquellos salvajes un terrible ejemplo de ferocidad y que no se arredraban ante aquél, para ellos, poderoso ejército.

(1) En la tierra de la Florida se daba el nombre de Curaca a los que en el Perú denominaban Caciques. — Garcilaso.

Salían a hacer estos asaltos desde sus guaridas, que eran los montes, y por entre las matas arrastrándose como alimañas se volvían a ellos, dejando hecho el daño que podían. Así vinieron a confirmar aquellas palabras tan desvergonzadas y bravas que les habían oído en el camino de la ciénaga mayor, pues les decían a grandes voces: pasad adelante, ladrones, traidores, que en Acuera y más allá, en Apalache, os tratarán como vosotros merecéis, que a todos os pondrán hechos cuartos y tasajos por los caminos. Los españoles, por mucho que lo procuraron en toda la temporada, no mataron cincuenta indios, porque andaban muy recatados y vigilantes en sus asechanzas. Ni el valor, ni la estrategia militar aprovechaban en estas guerras; era preciso perseguir al enemigo por el rastro y precaverse de sus traidoras asechanzas.

En toda la costa de la Florida es la tierra tan baja, que entra por ella el mar, extendiéndose a cincuenta leguas o más, y formando grandes esteros y lagunas pantanosas, que dificultaban el paso del ejército y principalmente de la caballería; y como los españoles no conocían estos difíciles pasos, tenían que valerse de los indios y éstos los engañaban frecuentemente, sin temor a los castigos, llevándolos confiados a las mismas emboscadas que los enemigos les formaban metidos entre los juncas y maleza de las lagunas, a cuyo centro llegaban ellos con facilidad en sus canoas o piraguas. La exploración de toda esta parte de la costa fué muy penosa para los españoles, porque sólo tenían noticias vagas e inciertas de su topografía, y porque en aquel Nuevo Mundo era todo grande y extraordinario; diferente en todo del antiguo continente: altas mon-

tañas, ríos caudalosos, lagunas pantanosas y muy extensas, árboles gigantes, vegetación poderosa y de tal precocidad, que devastada para abrir un paso, quedaba cerrada a los pocos días; hasta los animales eran de formas colosales y de los más vivos y extraños colores.

Separándose más de la costa, llegó el ejército a la provincia de Ocalí, distante veinte leguas de Acuerá; atravesaron un territorio de doce leguas, muy rico de arboleda, pero escaso de población; era un monte muy claro y apacible, por donde se podía caminar sin tantos riesgos y dificultades. Ni en las cuatro provincias que llevaban recorridas encontraron otra clase de carnes, ni las había en toda aquella tierra más que las de animales bravos, como corzos, gamos, perros y conejos, por lo cual los expedicionarios, acostumbrados a otras carnes, pasaron grandes necesidades. Caminaron otras doce leguas algo más pobladas y llegaron a Ocalí. Esta tierra era más fértil y más cultivada, con más gente, como todas las que encontraron ya en las provincias del interior.

Los indios la habían abandonado retirándose al monte y el ejército se alojó en las casas, donde encontraron mucho maíz, legumbres y frutas secas, como ciruelas, nueces, pasas y bellotas de las que había grande abundancia, porque ya hemos dicho que no tenían ganado manso para aprovecharla. El Gobernador mandó llamar al Cacique, ofreciéndole su amistad, y aunque con mucho recelo y desconfianza del indio, logró que viniera al real. Cerca del pueblo había un río caudaloso con grandes barrancas en sus orillas y el Gobernador dispuso hacer un puente de madera, ayudado por los indios; reuni-

das las maderas necesarias, que se cortaron en los montes próximos; fueron conducidas por los indios, sin que se notase oposición de parte del enemigo; pero cuando se ocupaban en esta obra, salieron de improviso quinientos indios que estaban ocultos en unas matas a la otra parte del río, y sin temor al Gobernador y a su poderoso ejército, sin respeto al Curaca que los acompañaba, los acometieron, sin que éste pudiera impedirlo, porque muchos de sus vasallos le habían faltado y negado la obediencia, por verle inclinado a la amistad y servicio de los españoles.

En vista del poco respeto que los indios tenían a Ocalí, dispuso el Gobernador concederle la libertad. Concluido el puente bajo la dirección de maese Francisco, ingeniero genovés, quedó la obra tan segura, que pasaron por ella hombres y caballos sin dificultad alguna. Pasado el río, prendieron hasta treinta indios, para que le serviesen de guías, y se dirigieron a la gran provincia de Vitachuco, a diez y seis leguas de la anterior. Tenía ésta, por donde los españoles la pasaron, más de cincuenta leguas de camino, y se hallaba gobernada por tres Curacas, el mayor y más poderoso de ellos era el llamado Vitachuco. Llegados al primer pueblo, llamado Ochile, sorprendieron a los indios, entrando al son de trompetas, pífanos y tambores, y aunque el Curaca quiso resistirse, ya los españoles le habían tomado las salidas. Mandó el Gobernador que tratasen con mucha amistad a los indios, y dándoles a todos libertad, sólo retuvo en su posada al Curaca. Exigió de éste que enviase mensajeros a sus dos hermanos, con recados de paz y amistad, conociendo que por ser mensajes suyos lo recibirían mejor y darían más

crédito a sus palabras. Vino en efecto uno de ellos a los tres días y ofreció sus respetos y amistad al Gobernador, pero el mayor y más poderoso, llamado Vitachuco, respondió a la embajada de sus hermanos, tratándolos de miserables y cobardes. Que esos cristianos, decía, no serían mejores que los pasados, que tantas crueldades hicieron en aquella tierra, y que andaban hechos salteadores, adúlteros, homicidas y sin vergüenza de los hombres; que andaban de tierra en tierra, matando, robando y saqueando; tomando mujeres ajenas, sin traer las suyas, y sin poblar, ni hacer asiento en ninguna tierra, porque tienen por deleite andar vagamundos, manteniéndose del trabajo y sudor ajeno. Amenazaba a los españoles con hacer en ellos grandes crueldades si se atrevían a penetrar en su tierra, probando con esto la ferocidad de su carácter. Ocho días se pasaron en estas extrañas embajadas; los españoles, acompañados y servidos por los otros dos Curacas, atravesaron los territorios de éstos sin grandes dificultades, hasta que llegaron al territorio de Vitachuco, cuyo pueblo encontraron ardiendo, porque los mismos indios le habían dado fuego, para que nada encontrasen los españoles; entonces los dos hermanos se ofrecieron al Gobernador para ir en embajada cerca de aquel terrible Curaca y atraerlo a la amistad con que le brindaban los españoles; accedió el Gobernador, y fueron tanto los ruegos y razones de los dos hermanos que, unido al temor que ya le inspiraba la entrada del ejército en su territorio, sin temor a sus amenazas, creyó más prudente, por entonces, brindarles con su amistad, para preparar después con más facilidad y menos peligro, la traición que meditaba.

Cuando llegó el ejército a la capital, salió Vitachuco del Pueblo con sus dos hermanos y quinientos indios de los más principales, lujosamente aderezados, con plumajes de diversos colores y sus arcos y flechas de las más pulidas y galanas; besó las manos al Gobernador y le pidió perdón de las palabras desordenadas que le había dirigido; el Gobernador le recibió y abrazó con mucha alegría, y lo mismo hicieron el maese de campo, los Capitanes y soldados del ejército. Sería el indio de edad de treinta y cinco años, de muy buena estatura y gentileza, mostrando bien en su aspecto su valor y su fiera bizarría. Al día siguiente entraron los castellanos en forma de guerra en el pueblo principal, que era de 200 casas, grandes y fuertes, sin otras muchas que había en los arrabales. Dos días duraron las fiestas y el regocijo entre aquellos fingidos amigos, y al tercero, con permiso del Gobernador, se volvieron a sus estados los dos hermanos de Vitachuco. Este continuó dispensando sus favores a los españoles, aunque meditando una terrible traición.

Una de las mayores dificultades con que tropezaban los Españoles, era la diversidad de dialectos de todas aquellas provincias, por lo cual, tenían que valerse de muchos intérpretes a la vez para que transmitieran de unos a otros lo que el primero decía, porque ninguno entendía más lengua que la de su vecino, por cuya causa se dilataba y se oscurecía mucho la inteligencia, no pudiendo sorprenderse alguna traición que se intentara. Madurando Vitachuco la que tenía concebida para acabar con los españoles, se ganó la voluntad de los cuatro intérpretes que llevaba siempre el Gobernador, y fingiendo a éste la mayor lealtad, le invitó para que

fuese a revistar las tropas que el Curaca tenía cerca del pueblo en número de diez mil indios bien armados, pero con el propósito concertado de convertir la revista en una sangrienta batalla para acabar con todos los españoles, y apoderarse de sus armas. Para lograrlo, ofreció a los intérpretes grandes presentes y otros favores, y éstos ofrecieron servirle en todo; pero reflexionando después el gran peligro a que se exponían, dieron cuenta de la traición al Gobernador, el cual guardó la mayor reserva y disimulo para mejor castigarla. Llegado el día elegido por el Curaca y hechos sus preparativos para la traición que meditaba, se dirigió al Gobernador y, con las mayores muestras de sumisión y respeto, le propuso que saliese al campo, para que viese su pequeño ejército y pudiese utilizar sus servicios cuando lo tuviera por conveniente. Con prudencia y disimulo aceptó el Gobernador la invitación, y para agradecerla, ofreció salir con sus tropas para dar el mayor esplendor a la revista, y con el fin de confiar más al Curaca, salió a pie en su compañía.

Había cerca del pueblo un gran llano que se limitaba por un lado en un monte muy espeso y tenía por el otro dos lagunas; la más pequeña tenía una legua en contorno y era muy profunda; la otra, que estaba más apartada del pueblo, era muy grande y pantanosa: tenía esta laguna más de media legua de ancho, y de largo parecía un gran río que no sabían dónde iba a parar. Entre el monte y estas dos lagunas pusieron su escuadrón los indios, quedándoles a mano derecha las lagunas, y a la izquierda el monte. Serían casi diez mil hombres de guerra, gente escogida, valiente y bien dispuesta; sobre las cabezas tenían unos grandes plumajes, que son el

mayor ornamento de ellos, aderezados y compuestos de manera que suben media braza en alto; con ellos parecen los indios más altos de lo que son. Cubrían con la hierba sus arcos y flechas, para dar a entender que como amigos estaban sin armas. El escuadrón lo tenían formado con toda perfección militar. Esperaban los indios a Vitachuco, su señor, y a Hernando de Soto; estos dos Capitanes salieron a pie, acompañados ambos de doce de los suyos, con un mismo intento de sorprender cada uno a su contrario. A la derecha del Gobernador iban los escuadrones de infantería arrimados al monte, y la caballería por medio del llano.

Llegados el Gobernador y el Curaca al puesto donde Vitachuco debía dar la señal para que los indios prendiesen al General, éste la dió primero para que su contrario no se le adelantase; hizo disparar un arcabuz, que era la señal que tenía dada a los suyos para acometer. Los doce españoles que iban cerca de Vitachuco le prendieron, y aunque los indios quisieron defenderle y se pusieron a ello, no pudieron librarlo de la prisión.

Hernando de Soto, armado secretamente, llevaba cerca de sí dos caballos, subiendo en uno de ellos que era rucio rodado y le llamaban Aceituno, arremetió al escuadrón de los indios, y por él entró primero que otro alguno, así porque iba más cerca del escuadrón, como porque este valiente Capitán en todas las batallas y reencuentros que se le ofrecieron, fué siempre de los primeros y una de las mejores lanzas que combatieron en el Nuevo Mundo.

Los indios que a este punto tenían ya sus armas en las manos, recibieron al Gobernador con el mis-

mo ánimo y gallardía que él llevaba y no le dejaron romper muchas filas del escuadrón, porque a las primeras que llegó, de muchas flechas que le tiraron, le acertaron con ocho y todas dieron en el caballo, que como veremos en el discurso de esta historia, siempre estos indios procuraban matar primero los caballos, por las ventajas que con ellos les hacían sus contrarios. Las cuatro le clavaron por los pechos, y las otras cuatro por los codillos, con tanta destreza y ferocidad, que lo derribaron muerto.

Cuando los españoles oyeron el tiro de arcabuz, arremetieron también al escuadrón de los indios, y al ver en el suelo y desmontado a su General, acudieron con tal celeridad, que pudieron socorrerle antes que los enemigos le hiciesen mayor daño. Un paje suyo, apeándose del caballo que montaba, se lo dió y le ayudó a subir en él. El Gobernador arremetió de nuevo a los indios, los cuales, no pudiendo resistir el ímpetu de trescientos caballos juntos, volvieron las espaldas sin hacer mayores resistencias.

Roto el escuadrón, huyeron los indios a las guaridas que más cerca hallaron. Una gran banda de ellos entró en el monte, donde salvaron sus vidas; otros muchos se arrojaron en la laguna grande, donde escaparon de la muerte; otros que venían de retaguardia y tenían lejos las guaridas, fueron huyendo por el llano adelante, donde lanceados murieron muchos y fueron presos algunos.

Los de la vanguardia fueron más desdichados, porque recibieron el primer encuentro y el mayor ímpetu de los caballos, y no pudiendo acogerse al

monte ni a la laguna grande, se arrojaron en la pequeña más de novecientos de ellos. Los españoles los persiguieron, pero viendo que no podían hacer prisionero a ningún indio, porque se ocultaban, o se dejaban matar antes que rendirse, y como los caballos no podían entrar en la laguna grande porque se atascaban en el cieno, se dirigieron a la pequeña, donde, como dijimos, se habían arrojado más de novecientos; para que se rindiesen combatiéron todo el día, más con las amenazas que con las armas: tirábanles con las ballestas y arcabuces para amedrentarlos y hacerlos prisioneros; pero no podían conseguir el sacarlos de la laguna. Desde allí no cesaron todo el día de tirar flechas a los castellanos, hasta que se les acabaron, y para poderlas tirar desde el agua, porque no podían hacer pie, se subía un indio sobre tres o cuatro de ellos, hasta que gastaba las flechas de toda su cuadrilla: de esta manera se entretuvieron todo el día, sin rendirse ninguno. Venida la noche, todos los españoles cercaron la laguna, poniéndose a trechos de dos en dos los de a caballo y de seis en seis los infantes, los unos cerca de los otros, porque con la obscuridad de la noche no se les escaparan los indios. Así los tuvieron sin dejarlos salir a la orilla, para que, cansados de nadar, se rindiesen; pero no pudieron conseguirlo, sino después de muchas horas que permanecieron en el agua. Algunos no quisieron rendirse, y continuaron metidos en la laguna, donde llevaban más de treinta horas; al fin salieron y fueron hechos prisioneros; todavía quedaron siete de ellos, que fué preciso entrar a nado para sacarlos más muertos que vivos. Tal era el valor y la fiereza de estos indomables indios. Hazaña increíble, si no

estuviera confirmada en la Historia y en las relaciones de Coles y Carmona (1).

Para premiar el valor de estos siete indios, que eran señores principales de aquella provincia, después de cuidarlos y asistirlos con la solicitud que merecían por su heroísmo, el Gobernador los obsequió con dádivas, los sentó a su mesa y celebrando mucho su lealtad y bravura, los dejó en libertad, dándoles compañía de muchos indios, y regalos de lienzos, paños, sedas y espejos, para que los llevaran a sus familias. A Vitachuco y los demás indios los retuvo como prisioneros para castigar su traición, pero los trató con benignidad, sentó algunos a su mesa y estaba dispuesto a darles luego la libertad; pero ellos, ingratos a los favores y al perdón que se les otorgara, se confabularon para sorprender y matar a los españoles, encargándose Vitachuco de la persona del Gobernador. Siete días después de la batalla de las lagunas y estando el indio comiendo a la derecha del Gobernador, se levantó de pronto sobre la silla y con bravura de fiera, cerró con él y, asiéndole con la mano izquierda por los cabellos, descargó con la derecha tan fuerte golpe sobre los ojos, narices y boca, que lo derribó sin sentido, dando a la vez un fuerte bramido para que lo sintieran los conjurados, y arrojándose sobre el cuerpo de su víctima, lo hubiera muerto, si algunos caballeros que estaban presentes no hubieran acudido en su defensa y desnudando sus espadas dieran muerte al feroz indio. Fué el golpe tan fuerte, que el Gobernador cayó sin sentido, arrojando

(1) Dice Garcilaso: Yo escribo de relación ajena; de quien lo vió y manejó personalmente; de manera que yo no puse más que la pluma. — Cap. XXVII, pág. 231.

do sangre por ojos, boca y labios, como si le hubieran dado con una gran maza, y en más de veinte días no pudo convalecer. La ferocidad de un bárbaro pudo acabar en una hora con la gloria de este famoso guerrero. Los indios conjurados, cuando oyeron el bramido de su Jefe, se alzaron todos contra los españoles, sin otra defensa que la fuerza de sus brazos y su feroz bravura; fueron muchos los castellanos heridos y contusos, porque los maltrataban a puñadas, con los tizones de la lumbre, las sillas, bancos y otros muebles; algunos se apoderaron de las espadas y lanzas, manejándolas con destreza y con tal fuerza, que contenían a los soldados; murieron cuatro de estos y fueron muchos los heridos y contusos; al fin fueron sometidos, pero los indios en su desesperación se dejaban matar y otros fueron sentenciados a muerte y ejecutados, perecieron mil y trescientos, según la relación de Coles. Parece increíble tanta fiereza y temeridad; más que un acto de valor, era prueba de demencia o de ciega ferocidad.

A los pocos días continuó avanzando el ejército en demanda de la provincia de Osachile; llegaron a un gran río que pasaron en balsas y tendiendo un puente que llevaban preparado con grandes tablas, el cual le había servido ya en Ochile. Conociendo algo mejor la topografía de aquella tierra, sus grandes ríos y lagunas, se proveyó el Gobernador de lo necesario para pasarlas sin tantos peligros, y al efecto llevaba la tablazón y armadura convenientes, pero como no había caminos ni carros, ni acémilas, tenía que conducirlos con mucho trabajo en hombros de los mismos indios. El Gobernador, aunque con el rostro *emplastado* por

las puñadas que le había dado el Curaca, asistía en persona a todas las operaciones de tirar y asegurar los puentes; para despejar la orilla opuesta del río donde le esperaban los contrarios, mandó que pasasen a nado cincuenta caballos que dispersaron a los enemigos. Estos no perdonaban medio ni ocasión de molestar a los españoles, siempre que estos atravesaban por maizales o montes, donde pudieran ellos esconderse y disparar sus flechas. Fueron muchos los caballeros y soldados heridos; pero en mayor número los indios a quienes cargaban y alanceaban los de a caballo cuando se atrevían a salir al llano. De Vitachuco hasta Osachile hay diez leguas de tierra llana y apacible, donde fueron molestados los españoles, pero venciendo todas las dificultades que se les presentaban, continuaron su marcha al interior en demanda de la rica provincia de Apalache, donde les esperaban mayores peligros y trabajos.





CAPITULO III

La gran provincia de Apalache.—Llegada de los españoles.—Bravas peleas con los indios.—Trabajos para descubrir el mar.—Pedro Calderón.—Fiereza de los indios.—Prisión del cacique.—Su extraña huida.—Fertilidad de la tierra.

LAS noticias que se tenían de la rica provincia de Apalache y del valor y fiereza de sus habitantes, decidieron a Soto a penetrar en ella con su ejército; cuatro días tardaron en atravesar un despoblado de doce leguas, a cuyo extremo se encontraron con una gran laguna de media legua de ancho, y larga como un río, bordeada de monte espeso y de muy difícil paso, no sólo por la profundidad de sus aguas, sino por el mucho cieno, que impedía el paso de hombres y caballos. Con mucha propiedad se daba el nombre de *ciénagas* a estas grandes lagunas. Por todos lados de la ribera la rodeaba un monte espeso, y alto como un muro,

y sólo era posible llegar a ella por una senda hecha por los indios, pero tan angosta, que sólo permitía el paso de dos hombres, por lo cual sólo podían pelear los dos que iban delante, y por ello se dispuso que dos españoles escogidos y bien armados de espadas y rodela, fueran delante, seguidos de otros dos ballesteros y arcabuceros; resistieron con tesón los contrarios, y unos y otros se vieron precisados a salir de la senda y, más esparcidos por la ribera, se trabó la más brava pelea, metidos en agua y cieno a medio muslo, entre zarzas, matas y árboles caídos. Pelearon valerosamente los dos ejércitos; acudió Soto en persona con los mejores infantes, hubo muertos y heridos de ambas partes, hasta que al fin los españoles pudieron arrojar a los enemigos fuera de la laguna y reconocer el paso; eran sus aguas vadeables a los muslos y a la cintura, menos en el centro que, por su mucha profundidad, se pasaba por un puente de maderos atados unos con otros que tenían construido los indios. Al otro lado de la laguna, otro monte espeso cerraba el paso y sólo era practicable por otra senda tan estrecha como la de entrada. Era difícil para los españoles atravesar este desfiladero, que se prolongaba legua y media entre los dos matorrales y la laguna. Dispuso Soto que cien hombres armados de rodela y seguidos de otros cien ballesteros y arcabuceros, fuesen delante, llevando también hachas, hocinos y otras herramientas, para abrir camino y desmontar el terreno, para que pudiese acampar el ejército una vez vencida la primer resistencia, por no ser posible atravesar todo el monte de una vez. Cada soldado debía llevar su ración, que consistía en un poco de maíz tostado o cocido,

sin ninguna otra vianda, alimento bien frugal para un guerrero que tenía que pelear entre malezas y con el agua a la cintura; eran de hierro aquellos hombres.

Con estas prevenciones salieron del real doscientos españoles de los más escogidos; dos horas antes que amaneciese entraron en el callejón del monte, y con el mayor silencio caminaron por él hasta llegar al agua; reconociendo la senda limpia de malezas que debajo iba, la siguieron hasta el puente hecho de los árboles caídos que atravesaba lo más hondo del canal de la ciénaga. Lo pasaron sin dificultad, porque los indios no podían presumir que tuvieran valor para atravesar de noche aquellos difíciles pasos, y este arroyo les salvó, como tantas veces en las guerras de emboscadas y sorpresas, para lograr su atrevido intento. Cuando se apercebieron los indios, vieron que los españoles ya habían pasado el puente: acudieron con grandísima furia, gritos y alaridos, según su costumbre, a la defensa de lo que del agua y ciénaga quedaba por pasar, que era un cuarto de legua, y con enojo de sí mismos, por su tardanza y descuido, cargaron sobre los castellanos con gran ferocidad; pero éstos iban apercebidos y deseando que aquella pelea durase poco tiempo, por el riesgo que corrían en aquel difícil paso, apretaron reciamente con los indios. Andaban los unos y los otros con el agua a la cintura, metidos en el cieno y sin poder valerse de sus armas los españoles que, al fin, haciendo un gran esfuerzo, lograron arrojar a los indios en el callejón del segundo monte, el cual era tan cerrado y espeso, que no podían pelear más que los que iban delante por la angosta senda. Como por la estrechura del

paso se necesitaban pocos españoles para defenderlo, acordaron que ciento cincuenta de ellos se ocuparan en desmontar el sitio para alojamiento del real, y los otros cincuenta guardasen y defendieran el paso, si los indios querían venir a estorbar la obra.

De esta manera estuvieron todo aquel día los indios dando gritos y alaridos para inquietar a sus enemigos, ya que no podían con las armas, y los castellanos trabajando unos en defender el paso, otros cortando el monte y otros quemando lo cortado. Venida la noche, cada uno de los nuestros se quedó en su puesto, sin poder dormir, y sin otro alimento que el maíz cocido que llevaban de ración. Cuando vino el día continuaron el camino por aquella estrecha senda, llena de abrojos que detenían su marcha, y temerosos de alguna emboscada. Un día tardaron en llegar todos al real y alojarse en el terreno desmontado. Tampoco pudieron dormir aquella noche, por la vocería y sobresaltos que los enemigos les daban. La comida para los que defendían la senda la distribuyeron, pasándola de mano en mano, de unos a otros, hasta llegar a los delanteros.

Luego que amaneció, caminaron los españoles por el callejón, llevando delante y arrollando a los indios que siempre les iban molestando con sus flechas, de modo que tenían que ganar el terreno palmo a palmo y a golpe de espada.

Así caminaron la media legua que había de aquel monte cerrado y espeso. Cuando salieron a otro más claro y abierto, pudieron extenderse los dos ejércitos y sin presentar el frente los indios, continuar su sistema de emboscadas y guerrillas, con lo

cual, siendo tantos en número, daban mucha pesadumbre a los castellanos, acometiéndoles por una parte y otra del camino, tirándoles muchas flechas, pero con orden y concierto, ya de una banda ya de la otra, para no erirse los unos a los otros, y como eran tantas las que disparaban, parecía una lluvia que caía del cielo.

Aunque este monte era más claro, no podían entrar en él los caballos, ni menos cargar a los enemigos, por lo que faltaba a los españoles la principal arma para ofender a sus enemigos, por no ser sitio por donde los caballos pudiesen correr; y aunque los ballesteros y arcabuceros salían a resistirles, los tenían en poco; porque mientras un español disparaba un tiro, tiraba un indio seis o siete flechas: tan diestros eran y tan a punto las traían, que apenas habían soltado una, cuando tenían puesta otra en el arco.

En el terreno más abierto a que después llegaron, tenían interceptado el paso de los caballos con muchas empalizadas de unos a otros árboles, con grandes hoyos y estacas clavadas. En el monte más espeso rozaban las matas para hacer sendas y descansos, como se acostumbra en las monterías. Con estas industrias, con el conocimiento de la topografía del terreno, levantada en armas toda la provincia y con una grande población, poco podía favorecer a los españoles la superioridad de sus armas, en un país desconocido y con una guerra de salteadores. Los castellanos atendían a defenderse de los enemigos más que a ofenderlos, porque no podían aprovecharse de los caballos, y los indios viendo a sus enemigos embarazados, los apretaban más por todas partes con deseos de romperlos y

desbaratarlos. Cobraban más aliento al recordar que diez años antes, en esta misma ciénaga, habían derrotado la expedición de Pánfilo de Narváez.

Con las dificultades del camino y con las pesadumbres que los enemigos les daban, caminaron los españoles dos leguas que había de monte hasta salir a tierra limpia y rasa; llegados que fueron a ella y dando gracias a Dios que los hubiese sacado de aquella cárcel, soltaron las riendas a los caballos y mostraron bien el enojo que contra los indios llevaban, porque en más de dos leguas que había de tierra limpia, no encontraron indio que no prendiesen o matasen, principalmente a los que mostraban alguna resistencia; fué grande la mortandad de aquel día, y así vengaron estos castellanos la ofensa y daño que los de Apalache hicieron en la derrota a Pánfilo de Narváez.

Pareciendo al Gobernador que por aquel día se había hecho bastante con haber salido de aquellos difíciles pasos y con haber castigado a los indios, no quiso pasar adelante, sino alojar su ejército en aquel llano, por ser tierra limpia de monte. El real se asentó cerca de un pueblo pequeño, donde empezaba ya la población y las sementeras de maiz, freijones y calabazas, de aquella tan nombrada y famosa provincia de Apalache. No quisieron los indios descansar, ni dejar descansar a los españoles, y en toda la noche siguiente los tuvieron en alarma, tirando muchas flechas al real, pero sin acometerlo.

Venido el día, caminaron los españoles por entre grandes sembrados de maiz, freijones, calabazas y otras legumbres, en una extensión de muchas leguas pobladas de caseríos; la tierra bien cultivada

y feracísima, lo que fué de gran contento para los expedicionarios, que deseaban hallar descanso y bienestar después de tantas fatigas; pero no lo consintió la independencia y fiereza de los naturales, que desde sus casas, y entre los maizales, no cesaban de molestar al ejército. Cansadas las tropas con tan tenaz resistencia, y apurado el sufrimiento, entraban por los sembrados destruyendo las cosechas y alanceando a cuantos encontraban, por ver si con el rigor de las armas podían dominarlos y escarmentarlos; pero todo en vano, porque tanto más parecía crecer con esto en los indios el enojo y rabia que contra los cristianos tenían.

Continuando su marcha los españoles sin dejar de ser molestados por los indios, llegaron a un arroyo caudaloso, bordeado de espeso monte, donde los esperaban los enemigos preparados para impedirles el paso, que se hacía muy difícil por lo caudaloso del río, las altas barrancas de sus orillas, las empalizadas que se habían levantado para impedir el paso de la caballería, y la espesura del monte, cuyas sendas practicables no permitían más paso que el de dos infantes. Todo dificultaba los planes del Gobernador, porque siendo forzoso el paso, había que pelear con tanta dificultad y riesgo. Se dispuso que los soldados mejor armados con espada y rodela se pusiesen en la vanguardia y otros con hachas fueran despejando el terreno y destruyendo las empalizadas para que pudiesen pasar los caballos; cargaron los indios con grandísimo ímpetu y furor poniendo su última esperanza en este paso tan dificultoso; fué brava la pelea, y hubo muchos españoles heridos y algunos muertos, porque los enemigos pelearon temerariamente; pe-

ro no pudieron satisfacer su deseo, porque los castellanos, haciendo un gran esfuerzo, los arrollaron y pasando al otro lado del río los persiguieron por la senda del monte y los dispersaron.

Eran los de Apalache, como hemos visto, los guerreros más tenaces y temerarios de toda la tierra de la Florida, conocían bien sus medios de defensa y sabían aprovecharlos; en terreno abierto donde podía maniobrar la caballería rehuían el peligro, y preparaban sus sorpresas y rebatos en la obscuridad de la noche, porque conociendo mejor el terreno y las guaridas para retirarse, no dejaban descansar a los españoles, y éstos no podían separarse mucho de su campamento, por temor de perderse en aquel país desconocido, y por el peligro de caer en una emboscada. Estos rebatos nocturnos eran los más terribles; cualquier descuido podía ser funesto, y el Gobernador que lo conocía, era siempre el primero que salía al arma y nunca fué el segundo. Aunque todo el ejército tenía necesidad de descanso por haber pasado muchas noches en vela, mal alimentados y cansados, tampoco pudieron lograrlo, pues continuamente se veían acometidos y molestados.

Al día siguiente, cuando empezó a caminar el ejército, se adelantó el Gobernador con doscientos caballos y cien infantes, porque supo que dos leguas más adelante se hallaba el pueblo de Apalache, donde estaba su cacique con gran número de indios esperando a los castellanos para exterminarlos. Palabras que los prisioneros dijeron al Gobernador, que aunque presos y en poder de sus enemigos, no perdían la bravura y presunción de ser naturales de Apalache, que tenían fama de ser los

mejores guerreros de toda aquella tierra. El Adelantado y las tropas que le acompañaban corrieron las dos leguas alanceando a cuantos indios a una mano y a otra del camino topaban; llegados al pueblo, hallaron que el Curaca y sus indios le habían desamparado; los españoles, sabiendo que no iban lejos, los siguieron y corrieron otras dos leguas de la otra parte del pueblo, más aunque mataron y prendieron muchos indios, no pudieron alcanzar a Capafi, que así se llamaba el caciqui. El Adelantado se volvió al pueblo, que era de doscientas cincuenta casas, grandes y buenas, en las cuales halló alojado ya todo su ejército, y él se aposentó en las del cacique que, como casas de señor, aventajaban a todas las demás. Luego que descansaron, dispuso el Gobernador que los Capitanes Andrés de Vasconcelos y Juan de Añasco saliesen a correr la tierra; de este reconocimiento se tuvo la certeza de que en el interior era el país llano, apacible y rico; no así la costa, que además de ser montañosa y más estéril, se hallaba poblada de lagunas y esteros, que dificultaban su tránsito, así como los espesos e impenetrables bosques. Juan de Añasco llegó con mucho trabajo a la orilla del mar, y allí encontró los restos de la desgraciada expedición de Narváez, y con todas estas noticias regresó y se incorporó al ejército. Una de las mayores dificultades con que tenían que luchar los españoles, era la absoluta ignorancia de la topografía del país; tenían que valerse de guías indígenas y por tanto enemigos, que los conducían por las sendas más difíciles engañándolos muchas veces para que cayeran en las emboscadas, o llevándolos por los territorios más des poblados y miserables, para que sufrieran hambre y

privaciones. Las exploraciones, por ser difíciles, se confiaban a los mejores capitanes y más valerosos y sufridos soldados.

Como el invierno se acercaba, resolvió el Gobernador suspender los descubrimientos y la conquista, conservándose en la provincia de Apalache, que por ser rica y abundante en maíz y en pescados frescos y secos, podía esperar en ella con todo su ejército, reponerlo de las fatigas y trabajos padecidos y prepararse para continuar la conquista. Considerando que el Capitán Pedro Calderón y los demás españoles que dejó en la provincia de Hirrihigua no eran allí necesarios, mandó a Juan de Añasco con cuarenta lanzas, para que llevase la orden de volver; había que atravesar para ello ciento cincuenta leguas con ríos caudalosos, grandes lagunas, montes impenetrables y pueblos guerreros, que en los pasos difíciles habían sujetado antes a todo el ejército. No se arredraron por estas dificultades los expedicionarios, entre los que iban muchos extremeños; salieron del real y en jornadas de doce y veinte leguas cada día, huyendo de los encuentros con sus terribles enemigos, pasando a nado ríos caudalosos, defendiéndose de numerosos indios en Ocali y en la Ciénaga grande, llegaron al final de su jornada a los once días y encontraron a sus camaradas, con gran regocijo de todos.

Entre tanto, el Gobernador se ocupaba en reunir la mayor cantidad de maíz y otros alimentos para pasar el invierno en el pueblo de Apalache; construyó muchas casas para su alojamiento y procuró atraerse de paz al Curaca que se había retirado a los montes; pero viendo que las diligencias para conseguirlo eran inútiles, consideró necesario apo-

derarse de su persona y tomando los caballos y los infantes que le parecieron suficientes, se dirigieron al sitio donde aquél se ocultaba. En el centro de un espeso y alto monte habían rozado un pedazo de terreno donde tenían su alojamiento y defensa; para llegar a él habían abierto un camino estrecho de más de media legua de largo y de trecho en trecho habían construido fuertes empalizadas que obstruían el paso, defendidas todas por destacamentos de indios. Para penetrar en aquel recinto, había que disputar la entrada, tomando uno a uno todos los fuertes; defendidos éstos con tesón, llegó al fin con los suyos hasta el centro, y como los indios no tenían salida por el lado opuesto, después de una sangrienta defensa, los pocos que quedaron con vida se rindieron con su cacique Capafi, y el Gobernador los perdonó y agasajó para ganarse su afecto y que viniesen de paz; dispuso luego que el mismo Curaca, acompañado de infantes y caballos españoles fuese a sosegar a sus súbditos y traerlos de paz, para que no molestasen al ejército; confiando en las promesas del indio, salió una expedición con el Curaca, pero no bien penetraron en el monte, se les escapó, que a gatas, por no poder andar a causa de su grosura, se internó en el monte y desapareció de la vista de los españoles, sin poder después hallarlo.

Cuando llegó Juan de Añasco y sus 30 compañeros al pueblo de Hirrihigua, donde se hallaba Pedro Calderón, siguiendo las órdenes que Soto le había dado, se embarcó en dos bergantines en dirección a la bahía de Ante; el buen caballero Gómez Ariás se dirigió a la Habana para dar cuenta a doña Isabel de Bobadilla de los prósperos sucesos y de los

trabajos de la conquista, para la cual se embarcó en la carabela; y el prudente y bizarro Pedro Calderón, con 70 lanzas y 50 infantes, se puso en marcha para reunirse por tierra al ejército. Antes repartió éste los muchos bastimentos y otros objetos que le quedaban, entre el leal Curaca Mucozo y sus súbditos, con gran contento y regocijo de éstos, que se consideraron ricos con los despojos. Siguiendo el mismo camino que había traído Añasco y a grandes jornadas, llegó Calderón hasta la ciénaga de Apalache, sin encontrar resistencia, ni ser molestado; pero los indios de esta provincia, que eran los más rebeldes y belicosos, le salieron al encuentro en el callejón del bosque y le mataron un caballo, hiriéndole otros cinco y muchos soldados, porque ni en el agua de la laguna, ni en el monte, les podían servir los caballos, ofreciéndose esta vez los mismos y aun mayores peligros que salvó el Gobernador cuando atravesó este territorio con todo su ejército. Fueron muchos los españoles heridos, y ya habían muerto algunos cuando llegaron al pueblo de Apalache.

Pocos días antes, había llegado Juan de Añasco con sus dos bergantines a la bahía de Ante, después de haber recorrido toda la costa desde Espíritu Santo, protegido por las tropas que Soto mandó a su encuentro; dejando guarnecidos los bergantines se vino con su compañía al pueblo y dió cuenta de todo al Gobernador, reuniéndose así los que habían ido por mar y los que venían por tierra. Mientras pasaba allí el ejército la temporada de invierno, mandó Soto al capitán Diego Maldonado para que con los dos bergantines continuase por mar el reconocimiento de la costa, dándole para ello el plazo

de dos meses; cumplió bien Maldonado su encargo y volvió con noticias minuciosas de toda aquella costa en más de cien leguas, donde descubrió el puerto de Achusi, bien abrigado de los vientos, de gran extensión y fondos, donde podían entrar grandes naos y arribar a tierra, porque tenía mucha profundidad; era éste un buen descubrimiento, y base segura para poder continuar la conquista y población, pudiendo comunicarse con la Habana y recibir refuerzos de hombres y caballos. Con este propósito, mandó al mismo Maldonado para que con los dos bergantines saliese para la Habana, y con la carabela que había llevado Gómez Arias y otros navíos que pudieran comprarse, se trajera al puerto de Achusi ballestas, arcabuces, plomo y pólvora, zapatos y alpargatas, con otras cosas necesarias para el ejército. Salió esta expedición en fines de febrero de 1540, llegó sin dificultad al punto de su destino, fué recibida con alegría por la Gobernadora y por todos los españoles de aquella rica isla de Cuba y todos se esmeraron en cumplir las órdenes del Gobernador, enviando socorros para el buen éxito de su empresa, y aunque hasta entonces habían hallado más trabajos y penalidades que riqueza y abundancia, esperaban hallar en el interior mayores ventajas y tesoros, que eran el aliciente principal de aquellas empresas. Ya veremos cómo se malogró este proyecto.

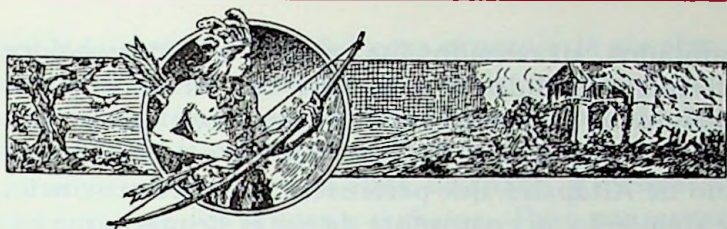
En este sentido de encontrar grandes tesoros, poco o nada habían adelantado los expedicionarios; pero durante la invernada que pasaron en Apalache, se atrajeron la buena voluntad de dos indios jóvenes que habían servido de criados a unos mercaderes, y éstos les informaron que, en una provin-

cía llamada Cofachiqui, había mucho oro y plata y gran cantidad de perlas, con lo cual se animaron mucho, deseando encontrarse ya en aquellas tan ricas tierras, y para no perder tan risueñas esperanzas, agasajaron mucho a los jóvenes indios que tan buenas nuevas les daban. Entretanto, los de Apalache no cesaban de molestar a los españoles, y era tal su arrojo y bravura, que un indio guarecido detrás de un árbol mató el caballo a Diego de Soto, sobrino del Gobernador, que era uno de los mejores soldados del ejército y gran jinete (1) y lo mismo hizo con el caballo de Diego Velázquez, retirándose después al monte y burlándose de los dos caballeros que dejó desmontados. A pesar del gran número de los españoles y de la superioridad de sus armas y caballos, aquellos indomables indios, ni se sometían, ni se acobardaban, esperando siempre ocasión de vengarse y aprovechando cualquier descuido; así sucedió a Simón Rodríguez y Roque de Elvas, dos portugueses que, dejando sus caballos, subieron a coger fruta de los árboles y fueron flechados y muertos; porque son estos indios de gran estatura y disparan con tal fuerza sus flechas, que atraviesan con ellas una coraza bien templada; son tan valientes y feroces, que además de cortar la cabeza a los que logran vencer, les quitan el casco para colgarlo del arco con que pelean. Por estos descuidos mataron más de veinte soldados, y en los cinco meses que estuvieron los españoles invernando en Apalache, ni un solo día pudieron descansar, porque continuamente se veían molestados de día o de noche. Pero era tal la abundancia y fertilidad de aquella tierra, que en todo el tiempo que

(1) Garcilaso, lib. II, cap. XXIV, pág. 334.

permaneció allí el ejército, compuesto de 1.500 personas y más de 300 caballos, no necesitaron alejarse del pueblo a más de una legua para buscar comidas y forrajes, porque tienen buenos montes de encina y de roble, con buenos pastos, ríos y lagunas, muchas frutas de todas clases y pescados frescos y secos; sólo escasea la carne, por no tener ninguna clase de ganado manso; hoy se han utilizado por los nuevos pobladores aquellas ricas tierras que inundan con sus ricos y variados productos los mercados europeos, causando grandes perjuicios a la madre patria en todos los ramos de la agricultura.

Aquí debieron dedicarse a poblar, suspendiendo sus descubrimientos y conquistas, por hallarse cerca del mar y de aquel buen puerto de Achusi, con lo cual hubiera tenido feliz éxito aquella memorable expedición. Los campos de Apalache mejor cultivados, con el ganado manso para aprovechar sus ricos frutos y abundantes pastos, hubieran sido el principio de una rica colonia y tal vez se hubiera conseguido por la paz, lo que no se había logrado por la guerra entre aquellos valerosos habitantes. Pero el demonio de la codicia por los metales preciosos, las noticias que tenían de las riquezas del Perú y de Méjico, las que continuamente recibían por los indios intérpretes y guías, se opusieron entonces y más tarde a la resolución más beneficiosa de poblar, que dejaron para después de haber reconocido y conquistado todo el territorio. Error funesto, pero disculpable en aquellos tiempos en que se consideraba como único signo y base de la riqueza de las naciones, la posesión de aquellos ricos metales.



CAPITULO IV

Salida de Apalache.—Hambre en un despoblado.—Cofachiqui y sus templos.—Abundancia en perlas.—Riqueza del país.—Lealtad de algunos Curacas.—Traición de Tascaluza.—Batalla de Mauvilla.

HECHAS las provisiones necesarias para continuar los descubrimientos y conquistas, salió el ejército de Apalache en fin de Marzo de 1540, y caminando en dirección del Norte sin encontrar resistencia, descansaron tres días en un pequeño pueblo asentado en un hermoso valle, pero al segundo día, y confiados en la tranquilidad aparente del país, se atrevieron siete soldados a salir, sin orden de sus jefes, a reconocer los pueblos circunvecinos; pero apenas se separaron doscientos pasos del real, fueron acometidos por los indios, y aunque salieron en su ayuda muchos caballeros y soldados, encontraron muertos a los siete

soldados, atravesados los cuerpos con diez y doce flechas, y molidos a palos que les daban con los mismos arcos, cuando se les acababan las flechas. Dos jornadas más adelante, llegó el ejército al pueblo de Altapaha, que pertenecía ya a otra provincia, y siguiendo su costumbre de ser el primero que explorase la tierra, salió el Gobernador y se adelantó con cuarenta caballos y sesenta infantes, entre rodeleros, arcabuceros y ballesteros, porque siempre llevaba soldados de todas armas, para valerse de ellos según las ocasiones; a los dos días llegaron a un pueblo que encontraron abandonado, y sólo seis de los más principales indios los esperaban; llevados ante el Gobernador, con la mayor entereza, antes de ser interrogados, le preguntaron qué querían en sus casas y tierras, y si venían de paz o de guerra; el Gobernador les aseguró que venía de paso para otras provincias y sólo deseaba lo necesario para alimentar su ejército; esto le ofrecieron, y llevándolo a otro pueblo de mayor abundancia a donde se dirigió todo el ejército, fueron hospedados y bien tratados; vino a ellos el Curaca de aquella provincia con todos sus vasallos, mujeres e hijos, y en todo el tiempo que permanecieron en ella, se conservó la mejor amistad, cosa que procuraba siempre el Gobernador, porque favorecía mucho su empresa, no dejando enemigos a su espalda, como le había sucedido con los feroces y temerarios indios de Apalache. Sin detenerse mucho tiempo, para no molestar a estos nuevos amigos, continuó su marcha hacia el Norte y llegó a otra provincia pobre y miserable, donde todos los habitantes eran viejos, cortos de vista o ciegos. Con la mayor diligencia la atravesaron, por ser tan estéril y des-

poblada y con el afán de llegar pronto a la suspirada provincia de Cofachiqui, donde esperaban encontrar las riquezas que le habían anunciado los jóvenes espías y donde soñaban hallar grandes tesoros para volverse con ellos a España y disfrutar el premio de sus fatigas y trabajos. Para conservar la buena amistad que habían encontrado en la provincia de Achalaque, le dió Soto al Curaca una pareja de cerdos para que criasen y lo mismo había hecho en otras provincias con los indios amigos: pues había llevado a su conquista más de trescientos cerdos que, repartidos en aquellos hermosos montes y dehesas, han producido después la mayor riqueza de aquel país, que supera y aventaja a la producción Europea, y le hace muy perjudicial competencia.

Una de las mayores dificultades que ofrecía esta conquista era la falta de unidad en su Gobierno, porque cada provincia tenía el suyo independiente, y unas recibían de paz a los españoles y otras los resistían valerosamente; por eso el Gobernador, antes de pasar de una a otra, mandaba mensajeros para saber si le recibirían de paz o de guerra y las más veces hacía él en persona el reconocimiento, porque como no se comunicaban entre sí las diversas tribus y hasta tenían diferente dialecto y distinto gobierno, era preciso valerse de diferentes intérpretes, como hemos dicho antes, para que de unos en otros se trasmitiesen las noticias, pues era tal su aislamiento que, las mismas provincias limítrofes, apenas sabían nada de sus vecinos y mucho menos de los que se hallaban distantes. Siguiendo, pues, esta necesaria costumbre, mandó Soto emisarios al Curaca de Cofa, ofreciéndole su amistad,

como lo había hecho en las provincias que había recorrido, siendo en todas bien recibido y tratado; holgaron mucho del mensaje el Curaca y sus súbditos, y pidieron al Gobernador que acelerara su marcha, por el deseo que tenían de conocerle y servirle. En el primer pueblo de su provincia les esperó el Curaca con todos sus principales vasallos y un crecido número de indios de servicio.

El Gobernador le abrazó cariñosamente y entraron en el pueblo puestos en dos escuadrones los de a pie y los de a caballo; en esta provincia y en la inmediata de Cofaqui, fueron recibidos con mucho agasajo y buen servicio; descansaron algunos días y continuaron su marcha por tierras las más apacibles, hermosas y ricas. La deseada provincia de Cofachiqui, donde los españoles pensaban recoger grandes tesoros, lindaba con esta última y a ella se dirigieron inmediatamente, acompañados de muchos indios de Cofaqui, que deseaban vengar antiguos agravios, ayudados de sus nuevos amigos, cuya superioridad en armas y valor reconocían. Caminaron así muchas jornadas, por tierra siempre fértil y amena, de pequeñas montañas, y aunque atravesaron un despoblado que había entre las dos provincias, no encontraron dificultades en su marcha; pasaron varios arroyos y dos grandes ríos, que para facilitar el paso de la infantería, porque iban muy crecidos, hicieron un cordón con los caballos para moderar el ímpetu de la corriente; todo caminaba bien, no faltaban bastimentos a pesar del excesivo número de gente, pues sólo de los indios iban más de ocho mil hombres, y más de dos mil eran los españoles, contando los indios de carga o de servicio, ¿pero cuál no sería la sorpresa de

tan numeroso ejército cuando se encontraron en un despoblado, sin camino y sin saber por cual de las muchas veredas que se les presentaban podían seguir? Tal era el desconocimiento que los indios tenían de su propio país, y el aislamiento en que vivían, que ni los mismos vecinos tenían noticias ni conocimiento de sus respectivos territorios. Perdidos en aquel despoblado, caminaron a la ventura por la senda que les pareció más practicable, y llegaron a un río caudaloso que no era vadeable y no tenían balsas para atravesarlo ni medios para construirlas; allí hicieron alto y acamparon; la situación era muy critica, los bastimentos se hallaban agotados, tenían en frente un caudaloso río que les cerraba el paso; a su espalda un extenso despoblado que en muchos días no podían desandar; ¿cómo mantener en ese tiempo un ejército de diez mil hombres y más de trescientos caballos? Dispuso Soto en tal conflicto que cuatro cuadrillas, dos de infantes y dos de a caballo, siguiesen por la orilla del río los unos, y los otros a una legua, tierra adentro, para encontrar la salida, dándoles cinco días para esta diligencia; así pasó el ejército tres días, sin otro alimento que pámpanos de parras silvestres, hierbas y raíces, algunas aves que mataban los indios y peces que cogían en el río; llegó a tanto la necesidad, que el Gobernador mandó matar algunos de los cerdos que llevaba para criar y se dieron ocho onzas de carne a cada español, pobre socorro que sólo servía para acrecentar el hambre; pero quiso su buena estrella que Juan de Añasco encontrase río arriba un pequeño pueblo asentado en la misma orilla; a él se dirigió el ejército y para darle la noticia a los que quedaban atrás, es-

cribió Soto una carta que enterró al pie de un pino y, en la cáscara puso: *cabad al pie de este pino y hallaréis una carta* (1); llegados al pueblo lo hallaron bien abastecido, pues solo en un depósito encontraron quinientas fanegas de harina de maiz. Se hallaban ya en la deseada provincia de Cofachiqui, y los indios que acompañaban a Soto, sin que éste tuviera la menor noticia, saquearon el pueblo, matando cuantos indios encontraron y llevándose los cascotes para presentarlos a su Curaca, como venganza de los agravios recibidos. Cuando Soto se enteró de tales excesos, que se cometían a la sombra de su ejército y que podían comprometer su causa, despidió a los indios auxiliares que le estorbaban, dándoles las gracias por los servicios que le habían prestado y regalándoles varios objetos de España, que ellos estimaban mucho.

Continuando su marcha el ejército, llegaron al pueblo principal de aquella provincia, donde fueron bien recibidos por una india que la gobernaba; vino primero una hermana suya, como embajadora, a saludar al Gobernador y a darle la bienvenida, anunciándole que al día siguiente vendría su hermana la Curaca; así sucedió al otro día, que se presentó con gran aparato, llevada en andas y acompañada de otras indias principales; prestó obediencia, facilitó piraguas para el paso del ejército por el río y ofreció cuanto les hiciera falta, aunque se lamentaba de la escasez que habían tenido aquel año; quitándose luego un collar de gruesas perlas que llevaba al cuello, se lo ofreció a Soto, por modestia, por mano del intérprete, pero aquél le ma-

(1) Fidalgo de Elvas, cap. XIII, pág. 42. Sabía escribir este conquistador. (N. del A.)

nifestó que lo recibiría con más gusto de su propia mano; así lo hizo, regalándoselo como prenda de paz y amistad; Soto le correspondió, y quitándose un anillo de oro con un hermoso rubí, se lo entregó a la india, la cual lo puso en su dedo con muestra de mucho agrado. Todos quedaron sorprendidos de su discreción y hermosura, que la tenía en extremo perfecta. Trajo también muchas mantas, hiladas y tejidas de cáscaras de árboles, blancas, verdes, rojas y amarillas (1). Alojados convenientemente y muy obsequiados con carne de venado y muchas gallinas y maiz, permanecieron en el pueblo algunos días, procurando averiguar si había en aquella provincia el oro, plata y perlas que le habían dicho los dos guías; enseñaron a la Curaca algunas piezas de los dos metales y ésta mandó a sus indios que recogieran todos los que hubiera en su tierra de aquellos colores, amarillo y blanco; con ansia esperaron los españoles a los emisarios, pero, ¿cuál no sería su sorpresa y desengaño al ver que traían piezas de cobre de color dorado, y unas planchas blancas y relucientes como la plata, que se desmoronaban al contacto? Pero en cambio supieron que había gran abundancia de perlas gruesas, que los indios depositaban en sus templos, donde hacían sus enterramientos, y que era tal su abundancia, que podían todos ir cargados de ellas.

Era aquella tierra la más rica y agradable que hasta entonces habían encontrado; sus hermosos campos bien cultivados, producían mucho maiz, freijones y calabazas; tenían mucha arboleda de moreras, nogales, higueras, encinas y robles; abundantes pastos y toda la tierra bien poblada de al-

(1) Fidalgo de Elvas, cap. XIII, pág. 44.

deas y caseríos. Sus habitantes, aunque morenos, graciosos, bien proporcionados y los más limpios y pulidos que hasta entonces se habían visto. Agradables en su trato, sinceros y leales, más civilizados que otros y más modestos, porque andaban todos vestidos con pieles finas o con mantas de colores y bien calzados. Después de los trabajos padecidos en otras más ingratas tierras, debió parecerles esta un paraíso, y algunos pretendieron establecerse y poblar en ella, porque estaba cerca del mar, a dos jornadas; pero la codicia y el afán de siempre por los metales preciosos, con los recuerdos de los tesoros hallados en el Perú, les hizo abandonar tan acertado proyecto, que hubiera salvado las grandes dificultades de aquella atrevida y gloriosa empresa. No obstante, les favoreció mucho la protección que les dispensó aquella Curaca y sus vasallos, hasta donde alcanzó su influencia, pues fué el periodo de más tranquilidad que lograron. Decía Soto que ya tendrían tiempo de volver allí a poblar, si no encontraban otra tierra más rica, entendiendo sólo por riqueza los metales preciosos.

Allí se encontraron un puñal y varias cotas de malla de otros españoles, que los indios habían recogido en la costa, cuando la desgraciada expedición del Licenciado Ayllón, y añadían que después de la muerte de este desgraciado aventurero, hubo discordias entre los suyos, sobre quien había de sucederle en el mando; se agriaron las disputas, vinieron a las manos, hubo guerra y muertes, y desde el puerto, sin saber nada de la tierra, regresaron a España.

Con el desmedido afán de encontrar oro, plata y tesoros, poco caso hacían los españoles de las per-

las, cuyo verdadero valor desconocían y cuya abundancia les aseguraban; pero como no hallaban las riquezas que pretendían y que repetidamente les prometían los intérpretes, excitando con ello su codicia, se contentaron por entonces con las perlas y no tardaron en dirigirse a los dos templos que en el pueblo había; para evitar desórdenes, que siempre origina la codicia, se pusieron guardias, hasta que el Gobernador, con los oficiales Reales y otros treinta caballeros y hombres principales del ejército, fueron a reconocer aquellos tesoros, con licencia y beneplácito de la Curaca, que le hizo donación de ellos. Los oficiales Reales, yendo prevenidos de una romana, pesaron en poco tiempo veinte arrobas de perlas, pero temeroso Soto de que con tan rico botín fuese muy recargado su ejército y le embarazase, dispuso que se dejase todo donde estaba y sólo se sacasen dos arrobas, para mandarlas a la Habana; pero insistiendo en llevarse las veinte arrobas ya pesadas, consintió en lo que le pedían, y dando a los Capitanes y soldados que le acompañaban lo que podía coger de perlas con ambas manos, dió a cada uno la misma porción, encargándoles que hicieran rosarios, para lo cual podían servir, por ser gruesas como garbanzos. Calcularon que había más de mil arrobas (1).

Pasaron después al templo donde se enterraban los Curacas, que estaba de allí más de una legua; todo el camino parecía un jardín, con grandes árboles frutales y de sombra, por donde se podía pasar a caballo, por estar puestos en orden a la misma distancia. Llegaron al pueblo de Tolomeco, donde

(1) Parece exagerada esta cuenta; pero no cabe duda de que era grande este tesoro. (N. del A.)

estaba el templo; era aquél de más de quinientas casas y asentado a la orilla de un río; todas las casas eran grandes y bien construídas, distinguiéndose la del señor de aquella provincia; enfrente de ésta se hallaba el templo de los Curacas, que era el que iban a reconocer y admirar los españoles. Es tan extensa y al parecer tan exagerada la descripción que de él hace el historiador Garcilaso, siguiendo la relación de Alonso de Carmona, que no consiente tanta extensión este breve estudio (1). Tenía el templo más de cien pasos de largo y cuarenta de ancho; las paredes altas, la techumbre muy levantada, hecha de carrizo y cañas delgadas, cubierta de varias esteras finas sobrepuestas que la reservaban del sol y de la lluvia.

Adornaban el templo varias estatuas de madera, unas con lanzas, otras con mazas, montantes, bastones, arcos y otras varias armas. En el techo, había colocadas en vistoso orden y formando dibujos de conchas marinas, sartas de perlas y aljófár, con muchos plumajes de vivos colores. En el suelo y alrededor de las paredes estaban las arcas o urnas funerarias sobrepuestas unas a otras y de maderas muy bien labradas, que servían de enterramiento a los Curacas, sus mujeres y sus hijos. En el suelo del templo y a la larga, había también tres hiladas de arcas, que dejaban paso para andar por todo el templo. Las más grandes contenían mayor cantidad de perlas y más gruesas, y el aljófár estaba en las arquillas más pequeñas. Había ad-

(1) Garcilaso, lib. III, cap. XV, pag. 58. No hace relación de tantas maravillas el Fidalgo de Elvas, ni parecen verosímiles, sino más bien fantásticas, por lo que se han omitido muchas de ellas; pero todos los historiadores están conformes en la abundancia de las perlas, (N. del A.)

más muchas pieles de gamuza blanca y de otros varios colores, con otras mantas hechas de pieles de animales de diferentes pelos, muy bien aderezadas, de martas finísimas, en cuya confección eran muy diestros aquellos indios. Todo estaba limpio y colocado en buen orden, para lo cual había muchos servidores encargados de su custodia y limpieza. En estos edificios o templos no había ídolos, ni se hacían fiestas ni oraciones, pues aquellos indios sólo rendían culto y adoración al Sol y a la Luna.

Vista la riqueza de este templo, los oficiales Reales quisieron sacar el quinto para el Emperador; pero se opuso Soto, diciéndoles que ahora no repartían la tierra, sino que iban descubriéndola; que cuando se repartiese y poblase, entonces pagaría el quinto el que la tuviese en suerte; además, que el peso de aquel gran tesoro no podrían soportarlo sus soldados, que hartos harían con llevar el de las armas y que todo se dejase como estaba. Tal vez temía que, lograda el ansia de sus desvelos y viéndose poderosos, desmayasen en la empresa y quisiesen volver a España sin acabar la conquista, porque aquellos atrevidos aventureros no tenían otro lazo de unión y de obediencia que el interés común y el lucro, como premio de sus grandes fatigas y trabajos. Causa admiración y maravilla cómo aquel famoso Caudillo supo ganarse el afecto de sus soldados, hasta el punto de que no desmayasen en aquella peligrosa empresa, ni les arredrasen las penalidades y el hambre, ni la escasez de riquezas que eran su constante afán, ni que las dejaran una vez halladas, sin murmurar ni menos rebelarse. Fué la de Soto la única expedición de indias en la

que ninguno faltó a sus deberes, ni hubo rivalidades entre los capitanes, ni se derramó por ella la sangre de los españoles. Tampoco hubo necesidad de fuertes castigos; oía el parecer de todos sus capitanes, pero una vez tomada su resolución, no retrocedía ni variaba; no se cometieron con los indios aquellas iniquidades y violencias que tan frecuentes fueron en otras más gloriosas y afortunadas expediciones, por más que algunos historiadores antiguos y modernos le censuran por lo que es peculiar y necesario en todas las conquistas y más en las de América, donde la falta de caminos, carruajes y animales de carga, tenían que suplirla los pobres indios, llevando a veces un peso desproporcionado a sus fuerzas, sin más recompensa a sus grandes servicios que la de un mísero alimento, el cual le ofrecía la pródiga tierra sin aquellas penalidades. ¿Qué extraño, pues, que desertasen del servicio, ni que los Conquistadores los llevasen presos y custodiados, si no podían prescindir de sus servicios, ni remunerarlos mejor? Tampoco puede extrañarse que los sujetasen con castigos, algunas veces dolorosos, ni que los cautivasen donde podían hallarlos. Hoy los pueblos más civilizados emplean en sus conquistas de la India y de Africa medios más repugnantes y más contrarios a la justicia universal y a la libertad humana.

Sin suceso digno de mención, llegó el ejército a la provincia de Chalaque y de allí a Xuala; todo el país era rico y los indios pacíficos esperaban de paz a los españoles o les abandonaban los pueblos; toda la tierra era llana y apacible, con pequeños rios y colinas, y con abundantes pastos para toda clase de ganados; habían andado y descubierto cin-

cuenta leguas de aquellas provincias y desde Apalache llevaban andadas cincuenta y siete jornadas (más de 300 leguas) hasta el hermoso valle de Xuala, donde se hallaban, y desde la bahía de Espíritu-Santo donde habían arribado más de 400. Sin suceso notable y recomendados por la Curaca de Cofachiqui que tanto les había favorecido y a la que no correspondieron como merecía, llegaron a Guaxule y después a Ichiaba; aquí supieron que treinta leguas de allí había minas de oro, y con el deseo de hallarlas, fueron dos soldados de a pie y varios indios que les facilitó el Curaca; éste regaló al Gobernador dos sartas de perlas como de dos brazas, y tan gruesas como avellanas, que si no estuvieran agujereadas con fuego, fueran de gran valor y, estima; el Gobernador le recompensó con paños, terciopelos y otras cosas de España. Por estos y otros sucesos no podía ya dudarse de la gran abundancia que había de perlas, y a los pocos días hicieron los indios una pesca y recogieron gran cantidad; de modo que los soldados, a pesar de las precauciones de Soto, todos iban cargados de esta bellísima joya. Los que fueron en busca de las minas de oro trajeron muestras de más fino aljófar que el hallado anteriormente; pero no dudaban que se encontrarían también minas de oro y plata, si se buscasen.

La paz que habían disfrutado los españoles desde su salida de Apalache, la riqueza y hermosura de aquellos campos, el agrado y lealtad con que les habían servido aquellos indios, dándoles cuanto tenían en sus hogares y hasta la belleza de sus mujeres, las más renombradas de América, todo les brindaba a quedarse y poblar; algunos soldados lo deseaban, enamorados de aquellas tan agradables

y bellas mujeres; parece que la naturaleza con todos sus encantos quería detenerlos en el camino de perdición que llevaban; pero ofuscados todos, desde el General hasta el soldado, aunque por diversos motivos, continuaron en sus temerarios proyectos de ambición y de gloria. ¡Cuándo está satisfecho el corazón humano!

Continuando su marcha por otras ricas provincias y con la misma buena disposición y agrado de los pueblos, durante 24 días, y deseando volver a la costa para llegar al puerto de Achusi, donde debía arribar Diego Maldonado a su regreso de la Habana, dejaron la provincia de Coza y se internaron en la de Talise, donde también fueron bien recibidos y obsequiados, pero no con la misma buena voluntad y lealtad, pues su Curaca Tascaluza, que era de formas y estatura gigantescas, bien pronto dejó conocer su mala fe y que era fingida la amistad que ofrecía.

Antes de llegar Soto con su ejército al sitio donde este Curaca le esperaba, mandó al Maese de Campo Luis de Moscoso con quince caballos para anunciarle su llegada; estaba Tascaluza fuera de su casa, en un alto donde sus vasallos le habían puesto una buena estera y sobre ella dos cojines para que se sentara; le rodeaban sus indios más principales, otros a mayor distancia y uno que con un quitasol de piel de venado y de vivísimos colores lo cubría; sería del tamaño de una rodela con su asta y era el pendón o divisa que llevaba en la guerra; era el Curaca alto, membrudo, enjuto y bien dispuesto, de aspecto grave y muy temido de sus vasallos y de los pueblos circunvecinos; era señor de muchas tierras cuyos habitantes le obedecían ciegamente.

Luis de Moscoso le saludó cortesmente y para lucir los caballos hicieron a su presencia varias evoluciones; pero él, con mucha gravedad, los miraba con desdén. Cuando llegó el Gobernador, no hizo movimiento alguno para levantarse, hasta que Soto lo tomó por la mano y se fueron a sentar juntos; allí le hizo acatamiento el indio y le aseguró su amistad; el Gobernador se lo estimó, y para honrarle y tenerlo seguro, se lo llevó en su compañía. A los pocos días salieron todos en dirección al pueblo de Mauvila (1); iba el Curaca acompañando al ejército en un caballo que le aderezaron, como solían hacer para honrar a aquellos jefes; mas como el Gobernador sospechaba la traición, mandó a dos soldados de su confianza, llamados Diego Vázquez (de Barcarrota) y Gonzalo Cuadrado (de Zafra), para que se adelantasen al pueblo de Mauvila, donde el Curaca había reunido numerosas tropas, según decía, para recibirle con todo el esplendor que el Gobernador merecía, y mandó a los dos soldados que le esperasen en aquel pueblo para darle noticias a su llegada. Poco después salió Soto acompañado del Curaca y de cien infantes y cien caballos que debían ir en la vanguardia, encargando que le siguiese después todo el ejército.

Vamos a narrar con alguna detención una de las batallas más sangrientas que se libraron por los españoles en las varias conquistas llevadas a cabo con tanta gloria en el Nuevo Mundo.

Era el 18 de Octubre cuando llegó Soto a Mauvila. Con el mayor sigilo había reunido el Curaca Tascaluza los más valerosos soldados de todos los pueblos de las comarcas vecinas, para acabar de

(1) Fidalgo de Elvas, Cap. XVII, pág. 58.

una vez y por sorpresa, con aquel pequeño ejército, y para lograr su atrevido intento, había procurado atraerlo con fingida amistad, hasta el punto de venir él solo y sin armas en compañía del mismo Gobernador y de su escolta hasta el pueblo de Mauvila, donde, según decía, le preparaba un espléndido recibimiento. Confiados los españoles del buen trato que habían tenido en las anteriores provincias, habían descuidado sus armas, y aunque Soto desconfiaba de las intenciones del Curaca, se conformó con salir en la vanguardia, llevando cien infantes y cien caballos, pero sin manifestar ese recelo a sus tropas, que por lo mismo, le siguieron lentamente, entreteniéndose en cazar y coger frutas de los árboles, no sospechando el sangriento trance que les esperaba. Estaba asentado el pueblo de Mauvila en una extensa llanura, rodeada de bosques que los indios habían tenido cuidado de rozar para que no dificultase sus operaciones; componíase de unas ochenta casas, pero tan grandes, que podía contener cada una de quinientas a mil personas, separadas unas de otras y fuertemente construidas, porque la población era considerada como plaza fuerte, y los edificios propiedad todos del Curaca y de sus principales capitanes; tenía una cerca exterior, o muralla, construida con maderos gruesos incados en tierra y juntos unos con otros; otras vigas menos fuertes y más largas iban atravesadas por fuera y atadas con cañas y cordeles fuertes, rellenando los huecos con barro amasado con paja, lo cual le daba la seguridad de una fuerte muralla. A cada cincuenta pasos de ésta, se levantaba una torre o fuerte, capaz para que peleasen ocho hombres; estos fuertes y también la muralla tenían

aspilleras para poder tirar las flechas sin ser ofendidos. No tenía el pueblo más que dos puertas para entrar y en el centro había una gran plaza, rodeada de las más fuertes casas. A las ocho de la mañana llegó el Gobernador con su comitiva al centro de esta plaza, sin observar movimiento de parte de los indios; el Curaca dispuso que el Gobernador y su comitiva se alojasen en una de aquellas casas y el resto de su escolta con lo demás de su ejército se quedasen en barracas construidas al efecto fuera de la población. Estas prevenciones y las noticias que dieron a Soto los dos soldados que mandó delante, aumentaron sus sospechas; éstos le dijeron que no había en el pueblo ancianos, ni mujeres con hijos, ni indios de servicio, y que todas aquellas casas estaban llenas de armas y de gente de guerra, que entre todos habría diez mil hombres. Disimuló el Gobernador sus sospechas, pero mandó al soldado que las comunicase secretamente a sus tropas, para que estuviesen apercebidos, y también al Maese de Campo cuando llegase con el resto del ejército, el cual con ignorancia de lo que se temía caminaba lentamente. Alonso de Carmona dice que cuando llegó el Gobernador, salieron a recibirle varios indios con bailes y danzas, y después otro baile de mujeres muy hermosas, que las hay en aquella tierra, para disimular con estos regocijos la traición que meditaban, y confiar más a Soto.

El Curaca se entró en una de las casas, donde tuvo consejo con sus principales capitanes, para decidir si habían de acometer luego a los que ya habían llegado o esperar que viniese el grueso del ejército; se decidió esto último, confiados los indios en los preparativos que habían hecho, el crecido y su-

perior número de sus guerreros, que eran los más distinguidos de todas aquellas provincias, y llevados de su feroz deseo de acabar con todos los españoles y quitarles sus poderosas armas y caballos, que de unas y otros sabían ya el uso que podían hacer. Esta última resolución no pudo realizarse, porque en los azares de la guerra cualquier suceso imprevisto cambia las resoluciones.

Preparado el almuerzo en la casa del Gobernador, mandó éste un recado al Curaca para que viniese a acompañarle, y como tardase, le mandó otro, a cuyo tiempo un indio de los principales salió de la casa insultando a los españoles, y tomando un arco y flecha, se encaró y apuntó a un grupo de españoles que estaban en la plaza, dando a todos los suyos la voz de alarma con grandes gritos. Baltasar de Gallegos que presenciaba la escena, desnudó su espada y dió tan fuerte cuchillada al indio, que lo dejó muerto; salieron al punto de las casas seis mil indios, y con tal ímpetu arremetieron a los españoles, que los arrojaron por la puerta al campo; uno de aquellos, mozo de diez y ocho años, y tal vez hijo del muerto, disparó seis o siete flechas sobre Baltasar de Gallegos, y no habiéndole acertado, le dió tan fuertes palos con el arco, que le hizo saltar la sangre por debajo de la celada, y entonces Gallegos le dió dos estocadas, dejándole muerto. Entretanto, los soldados que habían dejado los caballos fuera del pueblo, salieron a tomarlos; algunos lo consiguieron, pero con tal furia los acometían los indios, que otros tuvieron que cortar las amarras para que huyeran al campo y no fueran muertos por los enemigos; como éstos eran muchos, unos se entretenían en pelear y otros en matar los caballos que no ha-

bían podido soltarse y en recoger todos el bagaje y hacienda de los españoles, que ya había llegado a las tapias del pueblo y esperaba alojamiento.

Aun fuera del pueblo llevaban la mejor parte los indios, que por su excesivo número pesaban demasiado sobre aquellos pocos españoles, hasta que vinieron en su ayuda los que habían adelantado al ejército, con lo cual se repusieron, y puestos en dos escuadrones al mando de Soto, arrollaron a los indios hasta encerrarlos en el pueblo; pero no pudieron penetrar en él por el diluvio de flechas que les disparaban desde las murallas y los fuertes. Segunda vez salieron los furiosos indios fuera de la plaza, haciendo retirar a los nuestros más de doscientos pasos, pero segunda vez también los arrollaron encerrándolos en el pueblo: con tal arrojo, tenacidad y bizarría peleaban unos y otros. Conocieron los españoles que les convenía más pelear en el llano, y fingiendo retirarse, llamaban a sus contrarios para derrotarlos, sin acercarse a las murallas, donde sufrían gran daño. Más de tres horas llevaban de pelea, con muchos muertos y heridos de ambas partes, porque se embestían con furor y no perdonaban vidas. Acaeció en este tiempo, que un fraile, hermano de Baltasar de Gallegos, le traía su caballo para que lo tomase, y como a éste no le dejaba la inquietud de la pelea, andaba el pobre fraile de un lado para otro, y encarándose en él un indio, le acertó con una flecha que no le causó gran herida por la mucha ropa que llevaba, pero le obligó a separarse de aquel peligro.

Esta tenaz y sangrienta pelea causó grandes pérdidas a los indios y no pocas a los españoles, siendo la más dolorosa la del buen capitán don Carlos

Enriquez, natural de Jerez de los Caballeros, casado con una sobrina del Gobernador. Al fin se encerraron los indios en la ciudad para defenderla desde las murallas, por no convenirles pelear en el llano. Para obligarles, dispuso el Gobernador el asalto, y formando un escuadrón de la gente mejor armada, mandó que llevasen hachas para derribar las puertas y que se amparasen de las rodela. A pesar del diluvio de flechas que les disparaban, fué tan brava la acometida que, a golpe de hacha, rompieron las puertas y penetraron por ellas, aunque recibiendo mucho daño; impacientes otros, rompieron por diferentes sitios la empalizada, o la escalaron y penetraron en el pueblo. No desmayaron por esto los indios, aunque vieron al enemigo dentro, y se defendían desesperadamente haciendo mucho daño desde las azoteas y ventanas de las casas, lo cual visto por los españoles, pegaron fuego al pueblo, y como los edificios eran de madera y paja, bien pronto se vieron todos envueltos en las llamas. En la casa alojamiento del Gobernador se defendían tres ballesteros y cinco alabarderos; intentaron los indios ganarles la puerta y, no pudiendo conseguirlo, abrieron varios boquetes por el techo y quisieron penetrar en la casa; pero sus defensores lo impidieron, causando muchas bajas a sus enemigos.

Cuatro horas duraba ya esta recia y desesperada pelea; el Gobernador desde el principio había combatido a pie al frente de los suyos, y encontrando ya más expedito el camino tomó su caballo, y acompañado del buen Nuño de Tovar, animando a los suyos al grito de Nuestra Señora y Santiago, se metieron estos dos valientes caballeros en medio del escuadrón de los indios, y con sus poderosas

lanzas hicieron en ellos grandes extragos, pero al apoyarse Soto en los estribos para dar una fuerte lanzada, recibió un flechazo entre el arzón y las coracinas, atravesándole la cota de malla; sintió el General la herida, pero con la prisa de pelear, y para que no desmayasen los suyos, no se detuvo a sacar la flecha y siguió peleando cinco horas más, hasta que terminó aquella sangrienta lucha, apoyado sólo en los estribos y sin poder asentarse en la silla. A Nuño de Tovar le dieron otro flechazo, que le atravesó el asta de la lanza, tan fina era su punta. Bien pronto se propagó el fuego por todas las casas, y como los indios eran muchos y no podían pelear todos en las calles, perecían quemados o asfixiados en los edificios. Era tal la mortandad, principalmente de indios, que obstruían en las calles el paso de los peones y de los caballos. Siete horas duraba ya esta feroz pelea, y hasta las pocas mujeres que había en el pueblo, apoderándose de las armas que había caídas por las calles, se defendieron valerosamente con las espadas, partesanas y lanzas de los mismos españoles. En tanto, las trompetas, pífanos y tambores, no cesaban de tocar alarma, ni los indios de alzar su acostumbrada gritería. Horrible aspecto debía presentar el pueblo de Mauvila; el ruido de los instrumentos bélicos, los lamentos de los heridos, los gritos de los combatientes, el humo y el fuego que ardía en los edificios y que se propagaba rápidamente hundiendo los techos y las paredes, todo contribuía a hacer horrible el espectáculo. Llegó al fin el grueso del ejército y cobraron ánimo aquellos doscientos soldados, que habían peleado solos y sin alimento alguno, contra más de diez mil enemigos.

Eran ya las cuatro de la tarde cuando el Maese de Campo entró en combate con todas sus tropas; venía entre ellas el capitán Diego de Soto, sobrino del Gobernador y cuñado de don Carlos Enriquez, cuya desgraciada muerte hemos referido; con el ardor propio de su edad y para vengar aquella muerte, se precipitó en lo más recio de la pelea, pero con tal desgracia, que recibió un flechazo en un ojo, que le salió por el colodrillo, de cuya herida falleció al día siguiente, sin que hubiesen podido quitarle la flecha. Entretanto, se libraba otra igual batalla en el campo, porque no cabiendo los indios dentro de la población y apretados allí por los españoles, acordaron salir a combatir en campo abierto, descolgándose por las tapias y peleando con esfuerzo desesperado. Aventajaban los indios en ligereza a los peones españoles, disparaban con fuerza y con prontitud sus flechas, pero no podían resistir el peso y la rapidez de los caballos. Los españoles de la retaguardia arremetieron a los indios, y aunque duró gran espacio de tiempo la batalla, los desvarataron y mataron, no sin perder algunos muertos y heridos; fueron muy pocos los indios que pudieron escapar.

Era ya cerca de la noche y todavía se oían los gritos de los que combatían en el pueblo, donde sólo peleaban a caballo el Gobernador y Nuño de Tovar. Concluida la batalla en el campo, vinieron en su ayuda doce caballeros, y entrando por lo más recio de la pelea, rompieron con tanta furia a los enemigos que, a vueltas de los indios, derribaron también a muchos españoles de a pie; ninguno de los indios quiso rendirse, y todos ellos, incluso las mujeres, prefirieron morir peleando valerosamente;

uno solo que había logrado salvar la vida, se ahorcó de un árbol antes de salir del pueblo.

Mal parados quedaron también los españoles en esta sangrienta batalla, y para mayor desdicha se encontró que sólo venía en el ejército un mal cirujano, sin botiquín ni preparativo alguno para curar los heridos, por lo cual fueron muchos los que murieron a consecuencia de las heridas, además de los que quedaban muertos en el campo; dícese que hubo más de mil setecientas heridas graves, porque las leves se las curaban unos a otros, siendo tantas éstas, que apenas quedó un hombre que no saliese herido; perecieron en esta batalla once mil indios, cuarenta y cinco caballos y ochenta y dos españoles (1), entre los cuales fueron los más sentidos los valientes capitanes don Carlos Enriquez y don Diego de Soto, Juan de Gámez, el portugués Men Rodríguez y Juan Vázquez, de Barcarrota.

Terminada con tanta gloria la batalla de Mauvilá, se encontraron los españoles en muy grandes apuros; no habían tomado alimento en todo aquel día, y se hallaban rendidos de fatiga así los hombres como los caballos; se habían quemado los bastimentos y las ropas y no había para alimentar a los heridos, ni para curarlos; en tan crítica situación, sacando fuerzas de su misma flaqueza y de su ánimo esforzado, se dedicaron a cortar ramas de los árboles y construir chozas para el abrigo de los heridos: con las mismas ramas y paja de maíz les formaban la cama; de los cuerpos de los indios muertos, sacaban el sebo para curar las heridas y

(1) El Fidalgo de Elvas reduce el número a 12 caballos muertos y 70 heridos; españoles muertos 18 y heridos 150. Capítulo XIX, pág. 62. ¿Quién pudo contarlos?—(N. del A.)

de las mismas ropas que tenían puestas sacaban las hilas, los vendajes y el abrigo; todos eran a la vez enfermeros y cirujanos de sus mismos compañeros, a los que asistían con extraordinaria solicitud; algunas frutas de los árboles que se derramaban por el campo, fueron su único alimento en aquella terrible noche; las carnes de los caballos muertos se reservaban para los heridos en lugar de pollos y gallinas. Tampoco podía descuidarse la guarda del campo, por si venían los enemigos que no los hallasen desprevenidos.

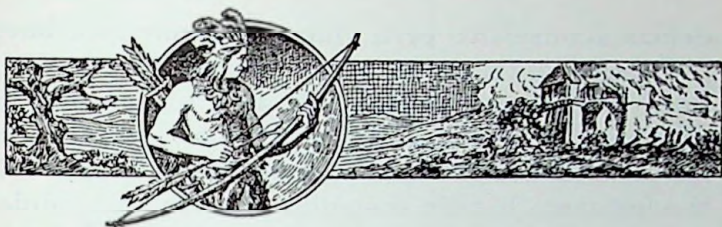
Si las guerras son siempre desastrosas y expuestas a grandes penalidades y trabajos, aterra el considerar cual sería la triste situación de aquellos valientes y sufridos soldados, después de tres años de constante batallar, sin descanso, sin otro alimento que el maíz, sin vino, ni más carne que la de perro bravío o caballo muerto, cuando la fortuna les deparaba poder gustar tan delicado manjar, y sin más ropas ni abrigo que la de su pesada y recia armadura. Rodeados siempre de enemigos declarados o encubiertos, tan valerosos como traidores y feroces. En un país abrupto, montañoso, de grandes ríos y pantanosas lagunas, sin más recursos ni otro auxilio que el de su propio valor, y sin esperanza de gloria ni de fortuna. Al verse privado de sus escasos recursos, de sus ropas y de muchas de sus armas, apelaron a su natural industria y genio, que nunca le ha faltado a los soldados españoles, y sin desmayar ni apocarse, antes con su innata alegría, montaron fraguas para sus armas, construyeron balsas y piraguas para el paso de los ríos, esterres para que les sirvieran de abrigo y pieles que suplieran a sus perdidas o destrozadas ropas. Todo

sin perder la natural alegría del carácter español con sus chistes y sus bromas.

Cuatro días tardaron en curar las heridas más peligrosas, enterrar los muertos y reponerse de las fatigas. Habían perdido en el fuego no sólo los comestibles, perlas y ropas, sino hasta los ornamentos, cálices, pan y vino para decir misa; suscitose entre los religiosos la cuestión teológica de si podían consagrar con otras materias y ornamentos, resolviéndose, por último, suprimir la celebración de este Santo Sacrificio, hasta que hubiese medios para ello. Entre tanto, y para cumplir con el precepto, los domingos y fiestas de guardar, cuando había lugar para ello, se revestía el sacerdote con ornamentos que hicieron de gamuza y puesto en el altar decía la confesión, el intróito, la epístola y el Evangelio y sin consagrar, hacía su plática o sermón, por lo cual le llamaban los castellanos la *misa seca*.

Quince días más pasaron los españoles alojados en las chozas que tenían los indios en el monte, curando a sus heridos y procurándose el alimento, que encontraron abundante en los pueblos circunvecinos. Desde su entrada en la Florida hasta Mauvila, habían muerto 112 españoles.





CAPITULO V

Chicaza.—Paso del río.—Feroz sorpresa e incendio.—Pérdidas que tuvieron los españoles.—Valor y destreza de Soto.—Toma el fuerte de Alivamo.—Capaha.—Batalla en la isla del río Grande.—Batalla de Tula.—Caciques enemigos.—Amilco.—Guachoya.—Proyectos del Gobernador.—Enfermedad y muerte de Soto.—Su entierro.—Término de la expedición y de este estudio.

EN Mauvila tuvo noticia el Gobernador de que los navíos que traían los capitanes Gómez Arias y Diego Maldonado descubriendo la costa, habían llegado al puerto de Achusi, y como su intento era fundar allí un pueblo y otro veinte leguas más adentro, se informó de que se hallaban a treinta leguas de dicho puerto y determinó tratar ya de establecerse y poblar, empezando por el punto más conveniente para recibir socorros de la Habana, ya que no lo había hecho anteriormente como la pru-

dencia aconsejaba; pero vino a destruir este buen propósito, el estado de ánimo de sus tropas. Veía Soto que, desengañados sus aventureros por no encontrar las riquezas que esperaban, cansados de las penalidades sufridas y, sobre todo, después de la sangrienta batalla sostenida con tantas pérdidas en Mauvila, murmuraban de la empresa y había síntomas marcados de indisciplina; consideró que si los acercaba al puerto, podían desmayar en la empresa que, hasta entonces, sólo les había ofrecido trabajos y privaciones. En este convencimiento, y bien a pesar suyo, abandonó su proyecto y se decidió a continuar la conquista, siendo ésta quizá la causa principal, como hemos dicho anteriormente, de no haber logrado el feliz término que se proponía. Disgustado el Capitán y descontento su ejército, no era difícil preveer el funesto resultado que al fin tuvo. No eran soldados a sueldo ni disciplinados los que seguían a Soto, ni tampoco un ejército permanente y nacional, sino simples aventureros, sin otro lazo de subordinación que la esperanza de mejorar de fortuna, y cuando ésta no se les presentaba favorable, no era posible imponerse, ni con la autoridad ni con el ejemplo; había que alimentar las esperanzas, aunar las voluntades, ser muy suave en los castigos y, en una palabra, contar con la voluntad general, prescindiendo o rebajando la autoridad y el mando. Tal vez pudo Soto evitar el mal, pidiendo consejo a sus más decididos Capitanes; y castigar entonces a los descontentos, que ya se manifestaban con obras y palabras; pero temió encontrarse sólo, y encerrándose en una completa reserva, se decidió a continuar la conquista. Error funesto y censurable en aquel valeroso y pru-

dente Capitán, que había puesto en la empresa toda su fortuna y su futura gloria, que la había meditado y llevado a cabo hasta entonces con gran acierto y fortuna. Abandonando el puerto de Achusi, se privaba de los grandes recursos que le enviaba la Gobernadora de Cuba, como sabremos más adelante, y dejaba a los Capitanes Maldonado y Arias perdidos en aquellos mares, sin que pudieran saber noticias de los conquistadores, ni llevarles el remedio que les traían para sus grandes infortunios. ¿Qué le aprovechó la gobernación de Cuba y los recursos que de allí esperaba y que le mandaron con tanta esplendidez como entusiasmo? Ofuscado con el temor de que le abandonaran sus tropas, fué el mismo Soto quien más perjudicó su empresa, y ya veremos que le faltó la vida cuando quiso realizar en Guachoya lo que debió ejecutar mucho antes; pero prefirió este sitio, porque estaba más distante del mar, cuando por el contrario le convenía aproximarse a Cuba para recibir socorros.

A los veinticuatro días de residencia en Mauvila, curándose las heridas, salió el ejército el domingo 28 de Noviembre de 1540, en dirección a la provincia de Chicaza; en el primer pueblo, llamado Cabusto, los recibieron de guerra los indios; pero no atreviéndose a darles batalla en campo raso, se decidieron a impedirles vadear un río que estaba próximo; defendían el paso más de ocho mil indios, y como el Gobernador reconociese la dificultad, mandó hacer en el monte próximo dos barcas grandes o piraguas, que en doce días fueron construidas, y conducidas al embarcadero en carros tirados por acémilas y caballos. Con el mayor sigilo se pusieron a pasar el río antes de amanecer. Mandó

el Gobernador que entrasen en cada barca diez caballeros y cuarenta tiradores, y que se diesen prisa a pasar antes que se aperciesen los indios; pero éstos, que estaban vigilantes, vinieron a disputar el paso; en la primera barca fué el primero que saltó a tierra Diego García, hijo del Alcaide de Villanueva de Barcarrota, soldado valiente y determinado, por lo cual sus compañeros le apellidaban Diego García de Paredes. El segundo fué Gonzalo Silvestre, y los dos solos hicieron retroceder a todos los indios más de doscientos pasos. A la quinta vez que acometieron, iban ya seis de a caballo y pudieron contener el ímpetu de los indios. En la segunda barcada pasó el Gobernador con ochenta soldados y pudo replegar al enemigo sobre el monte, facilitando entre tanto el paso de todo su ejército; conseguido su objeto, deshicieron las piraguas y guardaron la clavazón para emplearla cuando fuera necesario. Caminando cuatro jornadas más llegaron al pueblo principal de aquella provincia, llamado Chicaza, en 1.º de Diciembre de 1540; encontrándolo desamparado, les pareció conveniente invernar allí; hicieron algunas casas, se proveyeron de bastimentos y con quietud y descanso permanecieron en él casi dos meses. En este tiempo mediaron entre el Gobernador y el Curaca embajadas y presentes, según costumbre y en señal de paz.

Disimulando el indio la traición que meditaba, engañó al Gobernador hasta el punto de interesarle para que le ayudara en cierta guerra que sostenía con otro Curaca, como diremos más adelante. Soto le cobró grande afecto, porque era de trato agradable, y le llamaba muchas veces a su alojamiento y le mandaba su mismo caballo para ir y venir; el

indio le traía muchos presentes de conejos, ropas de la tierra, mantas y cueros bien curtidos, y el Gobernador lo regalaba con algunos puercos. Cediendo a sus instancias, le acompañó con treinta caballos y ochenta infantes para que castigará a su enemigo el otro Curaca, que se negaba a pagarle el tributo, y cuando la expedición llegaba a algún pueblo, para vengar los agravios que decían haber recibido, lo saqueaban y quemaban; todo era fingido para confiar a los españoles y realizar su traidor intento. Tranquilos éstos, descuidaron la vigilancia del campo, mientras los indios, con el mayor silencio, llegaron una noche de los últimos días de Enero de 1541, y sin ser sentidos de los centinelas, formando tres escuadrones de sus más valientes soldados, acometieron el pueblo cuando todos los españoles dormían, y dando la voz de alarma con grandes gritos y ruidos de caracoles, pífanos y otros instrumentos rústicos y con grandes alaridos, dieron todos de improviso sobre los españoles. Traían hachas encendidas, hechas con espartos y otros combustibles para ver el campo y para dar fuego al pueblo; pusieron algunas de estas hachas sobre las flechas y con ellas incendiaron algunas casas que, como eran de madera y paja, ardieron al punto. El Gobernador que, para hallarse prevenido en tales asaltos, dormía siempre en calzas y jugón, salió el primero a la defensa, sin más armas que su lanza y adarga, para pelear solo contra tanta multitud de enemigos. Poco después le siguieron otros diez o doce caballeros, y los demás salían como podían de sus cuarteles, unos a gatas por debajo de las llamas, corriendo otros por entre las casas, y acudiendo algunos a salvar a los heri-

dos en el hospital; de estos heridos y enfermos se recogieron y se salvaron los que pudieron huir y los demás perecieron quemados, sin que les alcanzase el socorro. Así, con esta prisa y turbación, fueron pocos los capitanes que pudieron socorrer al Gobernador, el cual hacía ya mucho tiempo que peleaba solo contra aquel numeroso y enforzado ejército. Los indios hicieron mucho daño a los españoles, mataron muchos caballos y muchos soldados que no tuvieron tiempo de defenderse. Fué tan grande y tan inesperada la sorpresa, que asustados algunos soldados por el fuego y el ímpetu de los enemigos, salieron huyendo cuarenta o cincuenta de ellos, pero los contuvo Nuño de Tovar, espada en mano, haciéndolos volver a sus puestos y juntos con la compañía que mandaba Juan de Guzmán y con los que sacó también el portugués Andrés de Vasconcelos, arremetieron al escuadrón del centro de los enemigos, donde estaba más recia la pelea y donde el Gobernador la sostenía valerosamente con los pocos soldados que le seguían. Sucedió entonces que Soto, al querer dar una fuerte lanzada a un indio, perdió los estribos y se cayó del caballo; mal lo hubiera pasado, si con presteza no acuden en su socorro varios caballeros e infantes, los que, peleando valerosamente, impidieron que los indios lo rematasen, por más que él, aunque desmontado, continuaba peleando a pie y defendiéndose con su lanza. Notóse entonces que con la prisa del repentino y furioso asalto, no habían los criados cinchado el caballo y que el Gobernador había peleado una hora sin haber notado la falta. Ensillado el caballo, volvió a continuar el Gobernador peleando con los mismos bríos. Repuestos los españoles de

la sorpresa, y apretando a los indios, los hicieron desalojar el pueblo y volver las espaldas huyendo. Siguieron a su alcance el Gobernador y los de a caballo, mientras les alumbraba el incendio, y libres ya de enemigos, se mandó tocar retirada para reconocer el daño que les habían causado. Nada más que dos horas había durado aquella furiosa sorpresa, y habían quedado muertos cuarenta españoles y cincuenta caballos; muchos de éstos murieron quemados o flechados en las mismas pesebreras donde estaban atados, que no les dió tiempo a desatarlos. Además de estas desgracias, perecieron en el fuego todos los cerdos que llevaban para propagar la cría, y solo se salvaron algunos lechoncillos que pudieron escapar por entre los maderos de la empalizada. Fueron tan bravos los tiros de flecha que hicieron aquella noche estos indios, que se mandó dar testimonio, por escribano, de uno que había atravesado un caballo por ambas tetillas de las espaldas, y pasado cuatro dedos de la otra parte. Perdieron los españoles en esta batalla muchas de sus armas, casi todas sus ropas, quedando como gitanos, unos sin sayos, otros sin zaragüelles, según la relación de Alonso de Carmona. Tuvieron que hacer a mucha prisa lanzas, rodela y sillas, habilitar chozas para abrigarse del mucho frío que hacía, fundando así un pueblo al que pusieron por nombre *Chicacilla*.

Parece que hubo negligencia en la ronda y centinela del campo aquella noche y que esto dió lugar a que llegasen los enemigos sin sentirlos, por lo cual el Gobernador destituyó a Luis de Moscoso, y dió el cargo de Maese de Campo a Baltasar de Gállegos. De los indios solo murieron quinientos, nú-

mero escaso si se compara con el de los españoles. No quedaron por esto escarmentados ni acobardados, ni cesaron de tener en continua inquietud y sobresalto a los españoles; pero no les dieron después ninguna batalla formal, digna de referirse.

Después de cuatro meses de residencia en Chicacilla y entrada ya la primavera, levantaron el campo y salieron en los primeros días del mes de Abril de 1541 para continuar sus descubrimientos; anduvieron cuatro leguas por un país fértil y poblado, pero no quisieron detenerse en ningún pueblo y acampaban siempre en despoblado, por temor de que los sorprendiesen dentro de los pueblos donde la defensa era más difícil para ellos, porque no podían hacer uso desembarazado de la caballería. Establecieron el Real con las debidas precauciones y dispuso Soto que saliesen algunos caballos a recorrer el campo y trajesen noticia de lo que hubiese alrededor del campamento; por estos exploradores se supo que cerca de allí había un fuerte de madera, construído como las otras fortalezas que ya habían visto y tomado los españoles; que dentro de aquel fuerte se notaba mucha gente de guerra que inspiraba sospechas, y para cerciorarse del caso, salió el mismo Soto en persona con cincuenta caballos para hacer un reconocimiento más detenido; de éste resultó la certeza de lo que se temía, y volviendo al campamento, consultó con sus capitanes la necesidad de combatir el fuerte y tomarlo antes que viniera la noche, para desalojarlo y descansar seguros; pues de no hacerlo así, se verían molestados cuando no pudiesen hacer uso de sus armas o estuviesen desprevenidos. Así se comprendió por todos y, sin descansar, dejaron guarnecido el Real

con la tercera parte del ejército, marchando los demás a tomar el fuerte que se llamaba de Alivamo.

Tenía esta fortaleza cuatrocientos pasos de largo en cada costado, pues era cuadrada, construída, según el uso de aquellos indios, con maderos clavados en tierra y otros atravesados y fuertemente unidos; además de esta muralla exterior tenía otras interiores de la misma construcción, que atravesaban el fuerte de una parte a otra y constituían una segunda defensa. Las puertas eran pocas y tan bajas que con mucho trabajo podía entrar por ellas un hombre a pie; detrás del lienzo primero y en la misma forma de defensa, había otras tres para poder resistir el ataque de unos en otros. Las puertas de esta última defensa caían hacia un río que corría a espaldas del fuerte; este río no era muy caudaloso, pero sí muy hondo y de altas barrancas que con dificultad se podían bajar y subir a pie, y que eran intransitables para los caballos. Temían mucho los indios las cargas de caballería, que eran las que desconcertaban sus escuadrones y los vencían después en ligereza; por el contrario, los peones o infantes, que yendo cargados de aquellas pesadas armaduras, no podían vencerlos en ligereza ni en la prontitud del ataque o la retirada; por eso habían construído aquella fortaleza con gran conocimiento de la estrategia militar, como ahora se llama, y para obligar a los españoles a pelear a pie y sin las ventajas que le daban sus más poderosas armas de caballería. Reconocido el fuerte, sus medios de defensa y la manera que se podía adoptar para asaltarlo y tomarlo con la menor ofensa y perjuicio para los españoles, y con la presteza que el caso requería, dispuso Soto que se apeasen de sus caballos cien

soldados de los más distinguidos y mejor armados, formasen tres escuadrones y defendidos con sus rodela, atacasen a la vez y tomasen las tres puertas del frente; una le tocó a Juan de Guzmán, con su escuadrón; otra a Gonzalo Silvestre, con el suyo, y la tercera a Alonso Romo, con su compañía. Se hizo la intimación debida para que se rindieran, pero viendo el corto número de sus enemigos, salieron cien indios por cada puerta para acometer a los españoles; venían todos con altos plumajes en las cabezas para aparecer más altos e infundir miedo; salían muy pintados con tinta de diversos colores en la cara, los brazos y las piernas, lo que les daba un aspecto feroz y horrible. Con gran ímpetu y coraje acometieron a los españoles y al primer encuentro hirieron a Diego de Castro (de Badajoz) y a Pedro Torres (de Burgos), al primero con un arpón de pedernal que le atravesó la pierna derecha y al segundo le atravesaron con otro arpón de pedernal una pierna por entre las dos canillas; como eran diestros y certeros en sus tiros, escogían para blanco las piernas y los brazos, porque sabían cuán difícil les era penetrar con las flechas las armaduras de hierro. Retirados los dos heridos, quedó sólo en su puesto el jefe Gonzalo Silvestre, pero se le incorporaron en la primera línea Francisco de Reinoso y otro soldado. En el segundo escuadrón derribaron a Luis Bravo (de Jerez) y en el tercero quedó también herido en un muslo Francisco Figueroa (de Zafra), por lo que en este primer encuentro quedaron fuera de combate varios caballeros, heridos todos con arpón de piedra, que además de penetrar, cortaba la carne, y era más difícil curar la herida. Estos caballeros murieron al día siguiente,

poco después de la batalla, y fueron muy sentidos, porque eran nobles, valientes y mozos, que ninguno llegaba a los veinticinco años. Vista la fuerte acometida de los indios y los daños causados, para que no empleasen sus flechas cerraron con ellos los españoles, encerrándolos en el fuerte y acuchillándolos al entrar por las pequeñas puertas.

El Gobernador, que estaba con veinte caballos a un lado de la fortaleza y Juan de Añasco y Andrés de Vasconcelos con otros treinta cada uno, arremetieron también a los indios; Soto recibió un flechazo en la celada y fué tan recio el golpe, que le desvaneció. Los caballos llegaron hasta las mismas puertas, y los infantes, revueltos ya con los indios en confuso tropel, acuchillándolos y alanceándolos, penetraron también por aquellas angostas puertas donde todos se apretaban fuertemente. Los primeros españoles que penetraron revueltos con los indios, facilitaron el paso a sus compañeros y todos con furia acometieron al enemigo, causando gran destrozo con sus espadas en aquellos cuerpos desnudos, mientras que los indios, por su excesivo número, se embarazaban y no podían ofender más que con los golpes de sus arcos, porque no podían tirar sus flechas. Muchos escaparon por la puerta que daba al río y otros se subían por la empalizada para librarse de la muerte, pero cayeron en poder de los españoles. Los más afortunados llegaron hasta el río y lo pasaron por el puente, pero con la prisa, el pánico y el excesivo número, cayeron muchos al agua y se ahogaron; algunos que no lograron llegar al puente, se titaron por aquellas altas barrancas, y se salvaron a nado los que tuvieron mejor suerte: algunos también se ahogaron. Cuando

ya tuvieron el río de por medio, se formaron en escuadrón y esperaron a los españoles, sin acobardarse por el gran desastre que habían sufrido y sin querer someterse. Desde la opuesta orilla desafiaban e insultaban a sus contrarios, y deseando Soto escarmentarlos, pasó el río por un vado que estaba próximo, y seguido de toda la caballería cargó sobre ellos y los llevó acuchillándolos y alanceándolos por espacio de más de una legua, hasta que cerró la noche y se replegaron todos al Real. Fueron muchos los indios que perecieron en esta batalla; pero también murieron algunos españoles y fueron muchos los heridos (1); para curarlos tuvieron necesidad de permanecer cuatro días en aquel campamento. Admira la bravura de aquellos naturales, su constancia en los peligros, su altanería después de tantos descalabros y de tanta sangre derramada: parece que esto mismo contribuía a exasperar su indómito carácter y animaba su feroz deseo de venganza; sin reconocer su impotencia y la superioridad de los españoles, no sólo los resistían, sino que los provocaban e insultaban. Superaron en estas terribles cualidades a todos los demás habitantes del Nuevo Mundo y se igualaron, si ya no les sobrepujaron, a sus mismos hermanos los araucanos, cantados por el gran poeta don Alonso de Ercilla. Merecían los floridos otro cantor tan sublime, que cantase sus increíbles hazañas.

Otro terrible contratiempo vino a pesar sobre aquellos desgraciados conquistadores, haciendo más desdichada y penosa su situación. Hacía ya algún tiempo que les había faltado la sal, y toman-

(1) El Fidalgo de Elvas dice que murieron quince españoles. Capítulo XXI, pag. 70,

do aquellos pobres alimentos sin poder saturarlos, les producían enfermedades terribles que les ocasionaban la muerte. Les daba una calentura lenta y a los pocos días apestaban sus cuerpos como si estuvieran podridos, y acababan su vida con los más terribles dolores. No tenían médicos ni medicinas para curarse, ni sabían a qué remedio acudir, ni donde hallar aquel tan necesario condimento para conservar la salud y la vida. Los de compleción más delicada, morían a los pocos días y fueron muchas las bajas que tuvo el ejército con aquella terrible epidemia. Había que enterrar pronto los cadáveres para que no inficionasen la atmósfera y porque no se podía resistir su pestilencia. En aquellas tierras de tantas lagunas pantanosas, se desprendían también miasmas palúdicos, que producían o aumentaban las fiebres, y como aquellos fuertes guerreros sólo se habían cuidado de sus fuertes armaduras y de sus poderosas armas, habían olvidado las pobres defensas que el hombre puede emplear contra las enfermedades, que son los más terribles enemigos de su débil naturaleza. La necesidad les obligó a tomar consejo de sus mismos enemigos para librarse del terrible azote, o aminorar sus estragos. Conocían los indios una hierba que la quemaban, la mezclaban con agua y con aquel caldo aderezaban sus manjares y sustitúan el uso de la sal, pero tenía tan mal aspecto, que muchos reusaban tomarla y cuando la pedían por verse acometidos del mal, ya no tenían remedio, porque aquel era un medio preservativo más bien que curativo. De esta epidemia murieron más de sesenta españoles; ya veremos más adelante cómo se proveyeron de sal de piedra de unas minas, y de

sal marítima que recogieron en las orillas de un río, cerca de su desembocadura en el mar.

Desde el pueblo de Alivamo, que era el último de la provincia de Chicaza, salió el ejército en dirección a otra provincia llamada Chisca; caminaron tres días por un despoblado, siempre en dirección Norte; llegaron al pueblo de aquel nombre, cogiendo descuidados a los habitantes que no tenían noticia alguna de la venida de los españoles; como ya hemos dicho con repetición, estas provincias o tribus vivían tan aisladas, que solo se comunicaban en tiempos de guerras, que eran frecuentes entre ellas, pero luego que satisfacían su venganza o despojo, volvían, cargadas de botín, a ocupar su mismo territorio, sin procurar extenderlo o agrandararlo. Los de Chisca eran enemigos de los de Chicaza y como mediaba un gran despoblado entre las dos provincias, no habían tenido noticia de la llegada de los españoles, ni de las continuas guerras que éstos habían tenido con sus vecinos los de Chicaza. Entró el ejército en Chisca, y sorprendidos los indios, se acogieron a la casa del Curaca, que estaba a un lado del pueblo, sobre un montecillo al cual había que subir por dos escaleras; la casa estaba construída para servir de fuerte o castillo de defensa; el Curaca que habitaba en ella, era viejo y estaba enfermo, pero como había sido en su juventud gran guerrero, conservaba el genio, aunque le faltaban las fuerzas, y quiso combatir al ejército tomando sus armas; pero se opusieron a ello sus mujeres, sus hijos y sus mismos vasallos; estos le dijeron que los enemigos eran hombres nunca vistos, de color blanco, con extrañas y terribles armas, semejantes al rayo, que traían unos animales muy

grandes y ligeros que causaban mucho daño; que para vengarse de ellos esperase mejor coyuntura y juntase todos sus guerreros, y entre tanto fingiese buena amistad para confiarlos y que no les hicieran tanto daño. Se resistía el viejecillo a entregarse sin pelear, recordando sus valentías de mozo y la grandeza de la provincia que mandaba, que es muy extensa y buena; quiso tomar sus armas, pero convencido al fin de su impotencia y cediendo a los ruegos de todos, adoptó su prudente consejo; pero no quiso oír la embajada que le mandó el Gobernador. Como los españoles no encontraron resistencia y venían hartos de pelear, cansados, enfermos y traían muchos heridos, les convenía descansar algunos días y reponerse, por lo cual Soto insistió en pedir la paz al Curaca y, para lograrlo, mandó que se les devolviera todo lo que desde el primer momento se les había tomado; soltó los prisioneros y encargó que se tratase a todos con la mayor amistad y cariño. Convenía así a sus propósitos, porque el ejército no ganaba nada con aquellas continuas guerras; pues con ellas disminuían sus fuerzas en hombres y caballos sin conseguir ninguna ventaja sobre sus enemigos, porque a pesar de las batallas que les daban y que debían servirles de escarmiento, ni se acobardaban ni se les sometían, y como la hidra de cien cabezas, apenas aplastaban una, retoñaba con más fuerza y nada conseguían con el rigor de las armas. Notaron también que en pocas horas se habían reunido al Curaca más de cuatro mil hombres de guerra; todos apercibidos de sus armas; porque es de saber que en aquel país todos los hombres útiles y muchas mujeres, iban a la guerra y todos peleaban valero-

samente, por lo cual no es de extrañar que se reuniesen tan crecido número de combatientes en tan corto tiempo, como hemos visto en las batallas anteriores. Además, la situación del pueblo de Chisca, donde se hallaban, era favorable para los indios y muy desfavorable para los españoles, porque había muchos ríos y montes espesos donde no podía maniobrar la caballería, que era siempre el arma que decidía la victoria y la que infundía más miedo a los enemigos.

Entretanto los indios consultaban entre sí lo que les convenía hacer; había muchos que deseaban la guerra, así por los agravios padecidos como por su natural inclinación y por mostrar sus fuerzas y valentía, añadiendo que no era digno entregarse a aquellos pocos guerreros sin probar antes sus fuerzas, siendo ellos en mayor número y con más probabilidades de obtener la victoria; que era dar mal ejemplo y señal de cobardía para que otros se atreviesen a atropellar sus hogares, si estos no sufrían el correctivo que merecían. Otros más pacíficos se inclinaban a la paz y amistad que le ofrecían los españoles, para no ver talados sus campos, quemados sus pueblos y prisioneros sus mujeres y sus hijos; que hombres que tantas tierras de enemigos habían pasado para llegar a aquella, debían ser fuertes y valientes; prevaleció al fin esta opinión, y el Curaca, dejando su coraje para mejor ocasión, preguntó a los mensajeros del Gobernador que deseaba saber lo que querían en su tierra, a lo que contestaron que sólo pretendían que les desembarazase el pueblo para su alojamiento y les diese la comida que necesitásen, que sería poca, porque iban de paso y no podían parar allí mucho tiempo. Ac-

cedió a esta petición el Curaca, pero a condición de que se devolviese todo lo robado, sin que faltase ni una sola *olla de barro*, y que no subiesen a su casa con ningún pretexto, ni le viesan, porque sólo con estas condiciones aceptaría la paz. Con este concierto, los indios desocuparon el pueblo, dejaron la comida que en sus casas tenían para que aprovecharan los españoles, y éstos, por curar los muchos heridos y enfermos que llevaban y por descansar de sus fatigas, permanecieron seis días en aquel pueblo y al cabo de ellos, con permiso del Curaca, que ya estaba menos enojado, le visitó el Gobernador, y agradeciéndole la amistad y el hospedaje, se despidió de él, y al día siguiente salió con su ejército para continuar sus descubrimientos.

A poca distancia de este pueblo llegaron a un río caudaloso, que por no saber su nombre le llamaron el río Grande, que era el mayor de cuantos habían visto los españoles en la Florida; los indios le llamaban en su lengua Chucagua y también Mistisepe, de donde tomó el nombre de Misisipí. Tuvo lugar este gran descubrimiento en el mes de Mayo de 1541 (1).

Los españoles habían caminado siempre en dirección Norte, a treinta o cuarenta leguas de la costa, y desde la bahía del Espíritu Santo donde habían

(1) En el capitolio de Washington, se halla un cuadro que representa a Soto viendo por vez primera aquel grandísimo río. La cuenca del Misisipí mide 3.496.000 kilómetros. Sólo se conoce en el planeta que habitamos otro río mayor, que es el de las Amazonas, cuya cuenca tiene 7.000.000 de kilómetros.

El descubrimiento del Misisipí por Soto, revela que lo que hoy se llama Florida en los Estados Unidos, es un territorio más reducido que el que con el mismo nombre se conoció en el siglo XVI. (Nota de don Luis Vidart.)

desembarcado, llevaban recorridas más de quinientas leguas; deseando volver hacia el Nordeste, tenían que pasar el Misisipí, pero las barrancas de este río eran tan altas, que no dejaban paso abierto para llegar a él y además estaban cubiertas de monte alto y espeso; por lo mismo tuvieron que caminar cuatro días río arriba, aunque en pequeñas jornadas, para no molestar mucho a los heridos y enfermos que llevaban. A las doce leguas encontraron ya un paso practicable, pero como el río era tan caudaloso, con una profundidad de diecinueve metros de fondo y más de un cuarto de legua de ancho, era preciso construir barcas o piraguas, como las que se construyeron en Chicaza. Esto detuvo al ejército más de veinte días. Mientras se construían las barcas vinieron cuatro indios de los más principales con embajada del Curaca de aquella provincia, y puestos ante el Gobernador, antes de hablar palabra, hicieron, según su costumbre, una gran reverencia al Oriente, otra no tan grande al Poniente y otra menor al Gobernador; luego dieron su embajada diciendo: que el Curaca su señor, los indios más principales y el pueblo todo, los enviaban para que en su nombre le diesen la bienvenida, le ofreciesen su amistad y el servicio que de ellos necesitase. El Adelantado les contestó con muy buenas palabras y los envió muy contentos de su afabilidad. En los veinte días que permaneció allí el ejército, le sirvieron estos indios con mucha paz y amistad, facilitando todo lo necesario; pero el Curaca nunca vino, excusándose con sus achaques y falta de salud, de donde pudo entenderse que había hecho el servicio porque no le quemasen los pueblos ni le talasen los campos, que estaban

muy fértiles, abundantes y muy próximos a la recolección de sus frutos.

Entretanto, de la otra parte del río se presentaban muchos indios en actitud de guerra, y en los veinte días que duró la construcción de las canoas, no cesaron de molestar a los españoles desde sus piraguas, y unas veces río arriba y otras río abajo, al pasar disparaban muchas flechas sobre el campamento; los españoles se defendían y los apretaban con los arcabuces y ballestas; hacían hoyos en las orillas del río, donde se escondían para que los indios llegasen cerca y sin perder tiro les causaban mucho daño; pero no por eso desistían los indios de su propósito y continuaban molestando al ejército y aprovechando cualquier descuido. Con la mayor diligencia y trabajo, sin diferencia alguna entre capitanes y soldados, porque todos trabajaban con el mismo empeño, lograron echar al agua cuatro grandes barcas, en las que cabían ciento cincuenta infantes y treinta caballos: para probarlas las llevaron a vela y remo el río arriba y el río abajo, lo cual visto por los indios y reconocido que estas barcas eran superiores a las suyas y que los españoles podían causarles mucho daño si se obstinaban en defender el paso del río, levantaron el campamento y se retiraron a los pueblos. Sin contradicción, aunque con la lentitud que exigía el paso de todo el ejército por aquel río tan caudaloso con solo las cuatro barcas, llegaron a la opuesta orilla, y deshaciéndolas para guardar la clavazón que les era muy necesaria, continuaron su viaje. Cuatro jornadas caminaron por tierras despobladas y al quinto día descubrieron un pueblo de cuatrocientas casas, asentado cerca de un

río tan caudaloso como el Guadalquivir por Córdoba: en toda su ribera se encontraban muchos árboles frutales y grandes sementeras de maíz próximas a madurar sus frutos. Salieron los indios a saludar al Gobernador y a ofrecerle sus personas y haciendas, haciéndole señor de todo; poco después llegaron de parte del Curaca haciendo al Gobernador los mismos ofrecimientos; éste los recibió con mucha afabilidad, con lo que se volvieron todos muy contentos. Seis días permaneció el ejército en este pueblo, porque había mucha comida para la gente, los caballos y el regalo de los enfermos. Continuando su camino se dirigieron al pueblo donde residía el Curaca llamado Casquin, que daba también nombre a aquella provincia, y caminando siete leguas río arriba por tierra muy fértil y poblada, aunque de pequeños caseríos, llegaron a la residencia del Curaca; éste, acompañado de mucha gente noble, salió a cierta distancia del pueblo a recibir al Gobernador, a ofrecerle su amistad, sus servicios y su propia residencia, que consistía en doce o trece casas grandes, donde tenía toda su familia, sus muchas mujeres y criados; pero Soto, aceptando su amistad, no quiso molestarle y se estableció en una huerta que le ofreció el Curaca, donde había una buena casa y donde los indios, con mucha presteza y buena diligencia, construyeron grandes y frescas enramadas, que ya se necesitaban, por hallarse en fin de Mayo y molestar mucho el calor. Parte del ejército se alojó en el pueblo y otra parte en las huertas, donde estuvieron todos muy a su placer.

Al cuarto día vino el Curaca acompañado de los más distinguidos capitanes de toda aquella tierra,

que habían sido convocados por él, se presentó al Gobernador y le dijo: Señor, como nos haces ventaja en el esfuerzo y en las armas, así creemos que nos la haces también en tener mejor Dios que nosotros, y te suplicamos tengas a bien pedirle que nos llueva, porque de ello tienen gran necesidad nuestros campos; nuestro Dios no se compadece de nosotros y queremos apelar al tuyo, que será más poderoso, para que remedie nuestras desgracias. Agradeció Soto la confianza, y manifestando que todos los de su ejército eran también pecadores, les ofreció que todos suplicarían a Dios Nuestro Señor que tuviese misericordia de ellos. Al mismo tiempo, mandó a Francisco Genovés que del pino más alto y grueso que hubiese en toda la comarca, hiciese una cruz. Señalado éste por los mismos indios, se encontró que era tan hermoso que cien hombres no podían levantarlo del suelo, tan altos y corpulentos eran los árboles en aquel país. Hecha la cruz y colocada en un cerro, que estaba sobre la barranca del río, se dispuso para el día siguiente una solemne procesión. Iban delante los sacerdotes, clérigos y frailes cantando la letanía, a la que contestaba todo el ejército: les seguían en parejas el Gobernador y el Curaca, los capitanes españoles y los guerreros indios, y continuaban mezclados y confundidos los soldados de las dos naciones; así llegaron más de mil hombres hasta el sitio donde se levantaba la cruz: delante de ella se pusieron todos de rodillas y habiéndose dicho dos o tres oraciones, se levantaron, y de dos en dos, fueron a adorar y a besar la cruz; el Curaca hizo lo que vio hacer al Gobernador, y lo mismo ejecutaron los capitanes y los soldados. Cuatro horas du-

ró esta solemnidad, y, concluida la ceremonia, volvieron al campo en el mismo orden de procesión y cantando los Sacerdotes el *Te Deum laudamus*. De la otra parte del río habían concurrido multitud de indios a presenciar esta augusta ceremonia, pidiendo a Dios que oyese la petición de los cristianos, y manifestando en sus rostros y en sus actitudes la confianza que ponían en la Divina misericordia. Quiso Dios concedérsela, porque al día siguiente, de media noche en adelante, empezó a llover muy bien y duró el agua otros dos días más, con lo que quedaron los indios muy satisfechos. En el mismo orden de procesión fueron todos muy contentos a dar las gracias al Gobernador; pero éste les contestó que se las dieran a Dios, que era padre de misericordias y tenía poder en el cielo y en la tierra para hacer estas mercedes y otras mayores (1).

Quedaron tan agradecidos los indios, que no solo prestaron obediencia y sumisión al Gobernador, sino que el Curaca Casquín, que sería de edad como de cincuenta años, le pidió permiso para ir en su compañía llevando gente de guerra y de servicio, los unos para que ayudasen a los españoles y los otros para que llevasen el bastimento, porque tenían que atravesar grandes despoblados. El Gobernador le agradeció la oferta y le manifestó que podía hacer lo que fuera de su agrado. No era tan desinteresada como parecía la generosa oferta del indio; hacía tiempo que sostenía guerra con los de la inmediata provincia de Capaha, que eran muy poderosos y valientes, y traían a Casquín arrinconado y casi rendido, tanto, que no osaba tomar las

(1) Garcilaso, lib. IV, pág. 181. Relación de Juan Coles.

armas ni salir de su territorio; pero como ahora viese la ocasión de vengarse de sus enemigos, apoyándose en los españoles, quiso aprovecharla y pidió al Gobernador ir en la vanguardia con cinco mil indios de guerra, bien apercebidos de armas, y adornados de grandes plumajes; le seguían tres mil indios de servicio que también llevaban sus arcos y flechas.

Con el fingido propósito de desembarazar el camino y preparar alojamiento para el ejército, pidió licencia a Soto para adelantarse, y a distancia de más de un cuarto de legua unos de otros, caminaban los dos ejércitos; así anduvieron tres jornadas, observando los indios el mismo orden y disciplina que llevaban los españoles, poniendo de noche sus centinelas, por las que pasaba la ronda de a caballo. Con este orden llegaron a una ciénaga o laguna que era el límite de las dos provincias enemigas. Aunque no era grande, era mala de pasar por los pantanos que tenía a las dos orillas, y tan honda en el centro, que había necesidad de cruzarla a nado. Pasaron los peones por un mal puente de madera, y los caballos a nado, aunque con mucho trabajo. Tardaron todo un día en esta operación y se alojaron los dos ejércitos a más de media legua, en unas hermosísimas dehesas: dos jornadas más adelante dieron vista al pueblo de Capaha: tenía éste quinientas casas y se hallaba situado sobre un pequeño cerro, rodeado de un foso de diez o doce brazas de fondo y de cuarenta o cincuenta pasos de ancho, que recibía el agua por un canal derivado del río Misisipí, que corría tres leguas más arriba del pueblo: por este canal podían subir y bajar dos canoas grandes sin tocarse con los remos y era

tan abundante en pesca, que pudieron abastecer de ella los dos ejércitos cuando tomaron el pueblo, sin notarse la falta o disminución por la que consumieron (1). No estaba terminada la obra y como el foso no circundaba toda la población, suplía a la defensa una empalizada o muralla construída como las que ya hemos descrito anteriormente. El Curaca de Capaha, hallándose desapercibido, como vió a sus enemigos en son de guerra y acompañados de otros extraños y nunca vistos guerreros, se metió con sus capitanes en una de las canoas que tenía en el foso, y se fué por el canal hasta una isla que en el río Grande tenía fortificada; le siguieron otros muchos indios en otras canoas, y los demás huyeron a los montes cercanos. Los casquines, cuando vieron el pueblo abandonado, entraron en él con gran furia, mataron a los pocos enemigos que no habían podido huir, robaron y saquearon las casas y cautivaron los muchachos, niños, ancianos y mujeres, entre ellas dos mozas hermosas de las muchas que el Curaca tenía. En su deseo de

(1) Parece exagerada y algo fantástica la descripción que se hace de este hermoso canal, que revelaría grandes adelantos en el pueblo indio, pero la copiamos como la trae Garcilaso, por no tener datos auténticos para desecharla. El Fidalgo de Elvas confirma esta relación; clasifica el pescado y asegura que había peces de 150 libras. En la provincia de Amihoya, y en las mismas riberas de aquel gran río, encontraron después dos pueblos, con un foso de agua, *sacada del mismo río, que los cercaba y los hacía isla*. Garcilaso, lib. V., cap. VII., página 284. No es extraño que aquel grandísimo río formase estos canales, pues cuando salía de madre, que era casi todos los años, ocupaba un espacio de ocho leguas en cada una de sus riberas. En todas las lagunas de la Florida había pescado, pero no era tan grande y gustoso como el del río Grande y sus canales, por lo cual, parece probable que subiese del mar por aquel gran cauce, aunque su desembocadura estuviese a más de 400 leguas. Fidalgo de Elvas, Cap. XXIII, pág. 79. Todo era grande y espléndido en aquel hermoso país. (N. del A.)

venganza, no se contentaron con esto, sino que fueron al templo y no solamente entraron en él, sino que lo saquearon y robaron: sacaron de las arcas los restos que en ellas se guardaban; profanaron los sepulcros, pisaron y esparcieron los huesos, quitaron las cabezas que de los casquines tenían allí puestas como de triunfo y victoria, y pusieron sobre las lanzas las que ellos acababan de cortar a los naturales de aquel pueblo. Todo esto hicieron antes de la llegada del Gobernador, el cual les reprendió por su conducta salvaje, y se opuso a que quemaran la población.

Cuando Soto supo lo ocurrido, envió recados de paz y amistad al Curaca de Capaha, pero éste no quiso aceptarla, haciendo llamamiento a su gente para vengarse de sus enemigos: en vista de esta actitud, dispuso ir a combatir la isla donde aquel se había refugiado; el de Casquín mandó venir de su tierra una armada de sesenta canoas y en ellas se embarcaron los soldados que cupieron, mientras otros subían por la orilla del canal; los casquines fueron talando y destruyendo los campos y las sementeras de sus enemigos, rescataron los prisioneros que les habían hecho en anteriores guerras, y en venganza, recogieron como esclavos los que pudieron prender de sus enemigos.

Llegaron los dos ejércitos al río Grande y encontraron al Curaca bien fortalecido en la isla, que además tenía mucha maleza de zarzas y monte que dificultaban la entrada, por lo cual era muy difícil el asalto. A pesar de estas dificultades, dispuso Soto que en veinte canoas se embarcasen doscientos castellanos de a pie, que en las demás fuesen tres mil indios, y que todos juntos acometiesen la isla

Al desembarcar hubo la desgracia de que se ahogase Francisco Sebastián, natural de Barcarrota, el cual, por la prisa de saltar a tierra, cayó al agua, y con el peso de su armadura se fué a fondo y no pudieron salvarle. Desembarcados los soldados, dieron el ataque a la fortaleza, y con grandes bríos ganaron el primer palenque o muralla, haciendo replegar al enemigo sobre el segundo, con lo cual, les causaron tanto temor y espanto, que las mujeres, niños y gente de servicio, huyeron despavoridos en sus canoas para librarse del cautiverio. Desembarazados los de Capaha con la huída y salvamento de los impedidos, y comprendiendo la crítica situación de sus guerreros, cobraron ánimo, se rehicieron en el segundo palenque, y amenazaron a los casquines con hacer en ellos grandes crueldades, para cuando no tuvieran en su apoyo a los extranjeros. Estas solas palabras y el recuerdo de sus anteriores derrotas, fueron bastantes para que los casquines perdiesen el ánimo, y sin respeto a su Curaca, ni temor a las amenazas de los españoles, huyeron despavoridos dejando desamparados al Gobernador y a sus doscientos soldados. Fué tanto el pavor de estos indios, que además de sus canoas quisieron llevarse las que trajeron a los castellanos, para que sus enemigos no tuvieran con que seguirles, pero los defendieron a golpe de espada dos soldados que habían quedado en cada una para su guarda. Los sitiados, al ver solos y abandonados a aquellos pocos españoles, arremetieron a ellos con gran denuedo, pero el Curaca les mandó que no los persiguiesen y que los dejaran ir libremente. Se proponía con esto que no continuasen apoyando a sus enemigos, ni les permitieran hacer mayores da-

ños en sus campos. Se retiraron los españoles, y al día siguiente recibió el Gobernador una embajada del Curaca pidiéndole perdón de lo pasado y ofreciéndole su amistad y servicio; el General le contestó con palabras amorosas, y al día siguiente publicó un bando para que ningún indio ni español hiciese daño alguno a los de la provincia, bajo pena de los más severos castigos. Volviendo a la población, mandó que todos los indios de Casquín, así de guerra como de servicio, se volvieran a su tierra; pero el Curaca quiso quedarse en compañía del Gobernador. Al día siguiente vino el otro Curaca de Capaha a saludar a los españoles y ofrecerles su servicio; como prenda de amistad les llevó dos hermanas llamadas Macanoche y Mochila, que eran muy hermosas: antes Casquín le había llevado su propia hija, porque ambos deseaban ganarse la voluntad del Gobernador (1). Con gran afecto las recibió Soto, aunque no consta que devolviese regalos; pero fué tal su habilidad y la confianza que inspiró a aquellos dos indios rivales, que los convidó a su mesa, les manifestó que los españoles no habían venido a sus tierras para encenderlos más en sus guerras y enesmitades, sino por el contrario, para ponerlos en paz; afeó la conducta que habían observado los casquines; pero culpó de ello a sus contrarios, porque ni le habían dado aviso, ni le habían esperado en la población; que deseaba que fuesen amigos y buenos vecinos, como se lo pedía y en último caso se lo mandaba, bajo pena de tenerle por enemigo el que no le obedeciese. Con estas buenas palabras y con esta amenaza, consiguió que los dos Curacas se abrazasen

(1) Fidalgo de Elvas, Cap. XXV, pág. 82.

como amigos y que comiesen con él a su mesa. Ocurrió entonces un suceso digno de referirse. Presentaron a Capaha dos de sus mujeres, que habían sido hechas prisioneras por los casquines; el Gobernador se las entregó, pero aquél no quiso recibirlas y pidió al Gobernador que las regalase a cualquier capitán o soldado a quien quisiese hacer merced de ellas, porque no habían de volver a su casa, ni quedar en su tierra, y no obstante que eran hermosas en extremo y el Curaca era mozo, las repudió y no quiso recibirlas. Tanto apreciaban estos indios la pureza de las mujeres.

Tranquilo ya el país, procuró Soto proveerse de sal, que tan necesaria era a la salud de su ejército, aunque ya se habían remediado con las aguas salobres de algunas lagunas, que la bebían bien los caballos; pero que no aprovechaba para los soldados por lo cenagosa; y con noticias que le dieron de que la había a unas cuarenta leguas, y que del metal amarillo que con tanta ansia buscaban había mucho en aquellas sierras, mandó a dos soldados, acompañados de varios indios, y para contratar o comprar la sal y el oro les dió perlas, gamuzas y algunas legumbres. A los once días volvió la comisión con seis cargas de sal de piedra cristalina, y trajeron además una carga de azofar muy fino y resplandeciente, que era todo lo que habían encontrado en aquellas montañas. No podían hallar en ninguna parte el oro que buscaban, y con noticia de que la tierra por la parte del Norte era estéril y mal poblada, dispuso Soto volverse al pueblo de Casquín, y dirigir desde allí su rumbo al poniente, para ver qué tierras había por aquel paraje. Hasta entonces habían caminado siempre los españoles

en dirección Norte y habían llegado a las primeras fuentes del río Misisipí, con lo cual llevaban recorridas y exploradas unas ochocientas leguas desde la bahía de Espíritu Santo, donde desembarcaron. Fué gran lástima que entre aquellos atrevidos aventureros no hubiera algún cosmógrafo que nos dejara relación de aquellas importantes exploraciones; pero los españoles, que sólo se ocupaban en buscar el oro y la plata, no se cuidaron de dejarnos noticia de sus importantes descubrimientos, y ni en la relación de Coles, ni en la de Carmona, ni en la del Fidalgo de Elvas, ni en ninguna otra, se halla relación exacta de aquel extenso y rico país que, antes que ningún otro pueblo, visitaron y conocieron los españoles. El caudaloso río Misisipí, desde su nacimiento hasta el sitio por donde lo pasaron los españoles, tenía una extensión de trescientas leguas ya en aquel sitio, en la provincia de Aminoya, cerca de la de Guachoya, llevaba un caudal de un cuarto de legua de ancho y diecinueve brazas de fondo. Desde allí hasta el mar, aumentando su caudal extraordinariamente con sus afluentes el Misourí, el Arcausas, el Illinois y el Ohio, que son tan caudalosos como el Guadalquivir, tenía una extensión de quinientas leguas. Esta sola descripción y el descubrimiento de este gran río, hacen de la expedición de Soto uno de los hechos más grandes y más importantes de los que llevaron a cabo los españoles en el Nuevo Mundo (1). Por esta relación se comprende que los descubri-

(1) Garcilaso, Lib. VI, Cap. IX, pág. 348. Ya hemos dicho que en el Capitolio de Washington hay un cuadro que representa a Soto cuando vió por primera vez aquel grandísimo río, en Mayo de 1541. — Más honra le han hecho los angloamericanos que los españoles. (N. del A.)

mientos realizados por Soto alcanzaban un territorio mucho más extenso que el conocido hoy en los Estados Unidos con el nombre de la Florida, y que aquellos comprendían las tribus de la Georgia, el Téneso, el Alabama y el Misisipí, que eran mucho más civilizadas que las del Canadá, y que las otras que ya traía recorridas el ejército español, desde que desembarcó en la bahía del Espíritu Santo. Este solo hecho, da a la expedición de Soto una grande importancia.

Con el propósito de caminar hacia el poniente volvieron los españoles al pueblo de Casquín, donde descansaron cinco días, y caminando cuatro jornadas río abajo, por una tierra fértil y bien poblada, llegaron a la provincia de Quiguaté, donde fueron recibidos de paz, y caminando otras cinco jornadas, siempre río abajo y por tierra fértil y poblada, llegaron al pueblo principal de aquella provincia, donde todos fueron bien alojados y servidos; pero a los dos días se huyeron los indios y el Curaca sin motivo alguno; dos días después volvieron pidiendo perdón, temiendo sin duda que los españoles le quemasen el pueblo y los campos.

Una de las noches que los españoles estuvieron en este alojamiento, el tesorero Juan Gaitán se negó a hacer la ronda de la noche, por ser tesorero de Su Majestad; cuando lo supo el Gobernador, se levantó de la cama y poniéndose en el patio y a grandes voces, que las oyeron sus capitanes y soldados, les dijo: «Tened vergüenza de vosotros mismos y sabed que oficiales de la Hacienda Real y no oficiales, todos tenemos obligación de servir a Su Majestad: que nadie presuma excusarse por preeminencias que tenga, que le mandaré cortar

»la cabeza, sea quien fuere; desengañáos, que mien-
»tras yo viva, nadie ha de salir de esta tierra, sino
»que la hemos de conquistar y poblar o morir to-
»dos en la demanda.» Dijo estas palabras el Gene-
ral, porque recordaba el mal espíritu de su ejército
desde la batalla de Mauvila, y fueron de tanto efec-
to, que nadie en adelante se atrevió a negar el ser-
vicio que se le ordenaba, porque comprendían que
el Gobernador era capaz de cumplir sus amena-
zas, y castigar severamente a los que faltaran a la
disciplina.

Seis días después, y caminando siempre río aba-
jo, llegaron los españoles a la provincia de Colina,
donde los indios los recibieron de paz, de lo cual
se holgaron mucho, porque tenían noticias de que
aquellos envenenaban sus flechas, aunque después
no resultó cierto, y sin detenerse, recogiendo el bas-
timiento necesario para el camino, atravesaron cam-
pos fértiles, montes claros y apacibles, y al fin de
cuatro días llegaron a la ribera de un río tributario
del Misisipi, en cuyas márgenes sentaron el Real y
se alojó el ejército. Algunos soldados cogieron are-
na azul que había a la orilla, y gustándola, la en-
contraron salobre; como tenían tanta necesidad
de sal, la cocieron en agua y se convirtió en sal
amarilla, pero muy buena y gustosa; ya los indios
les habían enseñado la industria de que ellos se va-
lián para obtenerla; tal vez aquel agua era proce-
dente de la resaca del mar. Con este descubrimien-
to permanecieron allí ocho días, y era tal el ansia
que traían de sal, que algunos se la comían a boca-
dos y de tal manera se hartaron nueve o diez de
ellos, que en pocos días murieron de hidropesía.
Caminando otros cuatro días por tierras despobladas

das, llegaron a la provincia de Tula; alojado el ejército en el campo, quiso Soto ir a reconocer el pueblo, que estaba de allí media legua, y tomando sesenta infantes y cien caballos, encontró a los indios desprevenidos; pero cuando se apercibieron, salieron a pelear con los españoles todos los habitantes, siendo de notar que, hasta las mujeres con sus armas entraban en la pelea con la misma ferocidad que los varones. Los españoles arremetieron con los indios, y peleando entraron juntos en el pueblo, donde tuvieron mucho que hacer, porque los enemigos se dejaban matar sin rendirse, siendo las más feroces las mujeres. El general, porque era ya tarde, mandó recoger, y dejando muchos indios muertos y algunos de los suyos mal heridos, se volvió al Real, asombrado del valor y temeridad con que los indios y las indias habían peleado aquel día. A la mañana siguiente entró con todo su ejército en el pueblo. Eran los indios de esta provincia, así hombres como mujeres, feos de rostro, las cabezas increíblemente largas y ausadas que se las ponían así con artificio; se labraban las caras con puntas de pedernal y con colores negros que los hacían feísimos y al mal aspecto del rostro, correspondía la mala condición del ánimo.

A la cuarta noche y cerca del alba, vinieron en gran número sobre los españoles, con tal silencio, que los centinelas no los sintieron, y con tal presteza y ferocidad llegaron al cuartel de los ballesteros, que no les dieron tiempo de armar sus balles-
tas, y tuvieron que replegarse hacia el cuartel de Juan de Guzmán que era el más próximo; saquearon lo poco que tenían los ballesteros, y arremetieron con gran coraje a los soldados. No era menos

fiera la pelea en otros dos sitios por donde también acometieron, y como era de noche, con el ruido y gritería se confundían unos con otros, por lo cual los españoles peleaban al grito de Nuestra Señora y Santiago, y los indios al de Tula. Muchos de estos, en lugar de arcos y flechas, traían bastones con los cuales daban tremendos garrotazos a los soldados y les rompían las rodela y las lanzas. Al fin entró en batalla la caballería, rompieron los escuadrones enemigos y los desbarataron persiguiéndolos y matándolos a lanzadas; pero no por eso desistían los indios, y así continuaron peleando más de una hora, hasta que, llegado el día, buscaron su guarida y defensa en el monte vecino. La batalla se acabó al salir el sol, y aunque perecieron muchos indios, murieron cuatro españoles y fueron muchos los heridos. Era tal el valor y ferocidad de los habitantes de esta provincia, que un solo indio, armado con un hacha que había recogido en la batalla, se sostuvo contra tres españoles a caballo y bien armados.

Veinte días estuvieron los españoles en el pueblo de Tula, curando los muchos heridos que de la batalla le habían quedado; en este tiempo hicieron varias correrías y prendieron muchos indios, pero no pudieron conseguir que ninguno se quedase con ellos, ni menos que le diesen las noticias que deseaban; cuando los castigaban, se tiraban al suelo, y antes se dejaban matar que obedecer y rendirse; aunque prisioneros y solos, se defendían a puñadas y bocados, hasta que tenían que matarlos o dejarlos. Caminaron cuatro días más en la misma dirección y llegaron a la provincia de Utianque, donde pensaron pasar el invierno: la tierra era fértil, pero

muy despoblada, y los habitantes tan rebeldes y feroces, que en todo el camino dejaron de inquietar al ejército; llegando al pueblo principal, que encontraron abandonado, determinaron pasar allí el invierno, porque aquel era grande, de buenas casas, asentado en un llano, con dos arroyos a los lados, mucha hierba para los caballos, rodeado de cerca o valla de madera, y porque se hallaban ya a mediados del mes de Octubre de 1541. Encontraron en el pueblo mucho maíz y se proveyeron de todo lo necesario; reformaron también la empalizada, preparándose para cualquier embestida que quisieran darle los indios, lo que era de esperar, según lo soberbios que se mostraban. Con estas prevenciones, pasaron bien el invierno, que fué muy ríguoso de nieves; pero como tenían abundante leña y caza de conejos, corzos y venados, muchas frutas secas y gran abundancia de maíz y freijones, lo pasaron muy bien. Fué el mejor invierno que tuvieron en la Florida. Lástima grande, que la ceguedad por hallar oro y plata no les dejara detenerse a poblar en tierra tan abundante y rica.

Como se prolongaba el asiento de los españoles en aquella provincia, quiso el Curaca librarse de aquellos molestos huéspedes y, para lograrlo, envió mensajeros al Gobernador anunciándole que pasaría a visitarlo: con este pretexto venían con frecuencia los indios al pueblo, siempre de noche, y daban sus recados al General; pero se quedaban observando lo que hacían los españoles; si dormían con descuido o vigilaban sus guardias, dónde tenían sus armas y caballos, con lo demás que convenía a sus propósitos; no se guardaba con ellos ninguna reserva, por ser los emisarios del Curaca con quien

los españoles deseaban estar en paz, y porque durante su permanencia en aquel pueblo, habían sido muy bien tratados y servidos. Estas visitas nocturnas infundieron sospechas, y se les mandó que vinieran de día; pero ellos, con frívolos pretextos, continuaban viniendo siempre de noche; ya molestaba al Gobernador tanta tenacidad, que aumentaba sus sospechas, y mandó que los escarmentasen para que sólo vinieran de día. Sucedió que un soldado cumpliendo las órdenes recibidas, mató a un indio que se empeñó en pasar una noche, y este escarmiento sirvió de aviso para que desistieran de su propósito, conociendo que los españoles estaban apercebidos. Estos continuaron sus salidas y correrías para prender los indios que necesitaban para el servicio y para intérpretes, pues como ya hemos dicho, en todo aquel país no hay acémilas ni otros animales mansos para los transportes, y este penoso trabajo tenían que hacerlo los pobres indios sin recompensa alguna, y sólo por temor al castigo; así en el ejército español como en el indio, por lo cual no se puede culpar de crueldad a aquellos. Tanto temor tenían los indios, que se ocultaban, y dos capitanes que habían salido a correr el campo no pudieron prenderlos, por lo cual, salió Soto con cien caballos y ciento cincuenta infantes, caminó veinte leguas y llegó a la provincia de Naguatex, tierra fértil y abundante, bien poblada de gente más agraciada y bien dispuesta. Hacía ya mucho tiempo que venían recorriendo los hermosos valles de las riberas del Misisipí y de sus afluentes, convertidas después en magníficos vergeles y tierras de regadío, de las cuales podían haber disfrutado aquellos atrevidos y sufridos conquistadores, con gran ventaja

para ellos y para su patria. Llegó Soto al primer pueblo y, encontrando descuidado a los indios, prendió mucha gente, así hombres como mujeres, y se volvió al campamento, donde ya le esperaban impacientes, porque había empleado catorce días, y repartió los prisioneros entre los capitanes y soldados que necesitaban indios de servicio.

A pesar del respeto que inspiraba la severidad del General y su decisión para castigar los delitos de indisciplina, era tan hermoso el país y tan agradables y cariñosas las gentes, que no pudo impedir que se quedasen algunos soldados entre los indios, y en esta ocasión, un caballero natural de Sevilla, llamado Diego de Guzmán, jefe de uno de los tercios, desapareció, y con noticias de que se hallaba cerca del Curaca, mandaron a buscarlo; pero nunca quiso venir, porque estaba enamorado o casado con una hija de aquel jefe indio, y gozaba de gran favor en aquella tribu; el Gobernador cuando supo su voluntaria decisión, lo dejó en libertad y prosiguió su camino. Como éste obraron algunos otros soldados, enamorados de las indias, que en ciertas provincias, al decir de los historiadores, eran muy hermosas. Contribuyó también mucho a estas voluntarias deserciones, el vicio del juego, plaga general en todos los ejércitos, y difícil de corregir cuando se apodera del ánimo de los jugadores; estos soldados, ya sabemos que no tenían monedas, pero jugaban sus perlas, sus esclavos o sus caballos, y hasta su porvenir y los resultados o riquezas que ganaran en las conquistas; era tan arraigado en ellos este vicio, que habiendo perdido sus naipes, que se quemaron en el incendio de Mauvila, hicieron otros de pergamino y los pintaron muy bien;

pero como eran pocas las barajas, se servían de ellas por turno, y solían decir: *señores, démonos prisa, que vienen por los naipes*. El fugitivo Diego de Guzmán era gran jugador y había perdido cuanto tenía; esto, y el amor a la india, le impulsaron para abandonar a sus compañeros.

Continuando su marcha el ejército, caminaron siete jornadas por el mismo territorio fértil y ameno, muy poblado, y a las veintidós leguas llegaron a Naguatex, capital de la provincia de su nombre, donde se alojaron, encontrándolo abandonado por los indios, y permanecieron allí diez y seis días, proveyéndose de lo necesario en las correrías que hacían por el campo. En este tiempo mandó el Curaca su embajada ofreciendo su amistad y servicio al Gobernador, y al día siguiente mandó cuatro indios de los más principales y otros quinientos de servicio, ofreciendo venir luego a saludar al Gobernador y prestarle obediencia. Agradeció Soto la embajada, y mandó que no se prendiesen más indios en las correrías, por no ser necesarios para el servicio, y que se tratase a todos con dulzura y agrado. No cumplió sus palabras el Curaca; pero continuó prestando buenos servicios a los españoles, hasta dejarlos en la inmediata provincia de Guancane. Eran los habitantes de ésta más belicosos y atrevidos; diferentes veces quisieron dar batalla, pero los españoles la rehusaban cuanto podían, porque llevaban ya pocos caballos, que habían muerto más de la mitad, y esta arma era la única que contenía el ímpetu y ligereza de los indios, pues de la infantería no hacen caso, porque si ésta los vencía por la superioridad de las armas, ellos la sobrepujaban en ligereza y la burlaban con

sus emboscadas. También los infantes se excusaban de entrar en batalla, porque ningún beneficio le habían producido las victorias obtenidas, y ya iban desesperanzados de encontrar el oro y plata que tanto deseaban y que sólo por obtenerlo habían vendido y gastado sus haciendas de España, llevando ya cuatro años de penalidades y trabajos infructuosos. Por estas razones atravesaron de paso toda aquella provincia y a los ocho días llegaron a la de Anilco. Ya comprendió el Gobernador que se imponía la necesidad de poblar en algún punto, y pedir socorros a la Habana para continuar la conquista; su ejército estaba muy quebrantado y necesitaba reparar sus fuerzas, proveerse de armas y de caballos si había de resistir la ferocidad de aquellos valerosos indios; pero necesitaba para la población un punto que estuviese alejado de la costa, para que no desmayasen sus guerreros y quisieran abandonarle; por esto había desistido de su primer pensamiento de poblar en el puerto de Achusi, que hubiera sido lo más conveniente; ahora se encontraba lejos de la costa y proyectaba acercarse al río Grande (Misisipí), construir dos bergantines para que el río abajo fuesen al mar, y pedir socorros a la Habana, si no encontraba en su camino a Gómez Arias y Diego Maldonado, que habían salido de la bahía del Espíritu Santo, como hemos dicho antes, con igual objeto, y que ya debieran estar de vuelta. Con este buen propósito acariciaba la idea de dar esperanzas a su gente, sin desmembrar mucho su ejército, y sin que quisieran abandonarle sus tropas, porque eran pocos los que podían ir en los bergantines. Pensaba confiar la comisión a los capitanes de su mayor confianza, encargándoles

diesen noticias de la conquista en Méjico, Tierra Firme, Cuba y España, de las ricas provincias que en la Florida había descubierto, para que de todas partes viniesen pobladores con ganados y semillas, para cultivar y gozar de aquellos ricos y feraces territorios.

Con tan noble propósito, salió de la provincia de Guancane, para acercarse más al río Misisipí; atravesó otras siete provincias a grandes jornadas, y sin detenerse en ninguna de ellas; todas eran de tierra muy fértil y propias para realizar en aquel verano lo que había proyectado, y empezar a poblar y hacer asiento en ellas. Al fin de esta jornada, que sería de unas ciento veinte leguas, llegaron a la provincia de Anilco, como hemos dicho anteriormente. Tenía este pueblo cuatrocientas casas grandes y buenas, con una hermosa plaza en el centro, y estaba asentado en la ribera de un río mayor que el Guadalquivir; los indios esperaban delante del pueblo, puestos en un escuadrón de mil quinientos hombres, todos de gente escogida; apercibidos de esta actitud los españoles, esperaron que llegasen los últimos soldados para colocarse en orden de batalla. Entretanto, los indios pusieron en salvo sus mujeres, hijos y haciendas, pasándolos en balsas y canoas a la otra parte del río, y escondiéndolos en los montes y malezas que había en la ribera. Avanzaron los españoles, y temerosos los indios, se retiraron al pueblo y de allí al río, que pasaron en canoas, balsas y a nado, conociéndose por esto que no habían tenido otro propósito al ponerse enfrente de los españoles, que el de tomarse tiempo para poner en salvo sus haciendas y sus familias; los nuestros, viéndolos huir, los

persiguieron, prendieron algunos y entraron en el pueblo, donde encontraron algunas mujeres y niños que no habían tenido tiempo de huir. Mandó Soto recados de atención al Curaca, ofreciéndole su amistad; pero éste no contestó a las embajadas y por señas les decía que se quitasen de su presencia y abandonasen su tierra; los españoles hicieron grandes balsas, tomaron algunas canoas de los indios, y pasaron el río sin contradicción de los enemigos. Continuando luego su marcha por unos despoblados de grandes montañas, después de cuatro jornadas, entraron en la provincia de Guachoya, y llegaron a su capital. Estaba situado este pueblo en la misma ribera del Misisipí; se componía de trescientas casas construídas sobre dos cerros próximos y el llano que había entre ellos servía de plaza. Los de esta provincia y los de Anilco sostenían grandes guerras y por eso los guachoyas no pudieron tener aviso de la llegada de los españoles, que los encontraron desprevenidos; como pudieron, se pusieron en armas para defender el pueblo, pero temiendo a los nuestros, se embarcaron en sus canoas con sus familias y con la hacienda que pudieron llevar abandonaron el pueblo, donde entraron los españoles, encontrándolo bien abastecido. A los cuatro días de residencia, mandó el Curaca sus mensajeros, ofreciendo al Gobernador su amistad y servicios, esperando por este medio obtener el auxilio de éste, contra sus enemigos los de Anilco. Vino a los pocos días aquel jefe acompañado de cien vasallos de lo mejor de su ejército, muy engalanados con grandes plumajes, mantas de finísimas pieles de marta, arcos y flechas primorosamente labradas; el Gobernador salió a recibirlos y los

convidó a todos a comer, pero sólo aceptó el Curaca y fué preciso ponerle a los demás otra mesa; pues a pesar de los ruegos que se le hicieron, no consintieron en comer con su jefe, por guardarle la mayor consideración y respeto. Este Curaca, deseando vengarse de sus enemigos los de Anilco, que le habían hecho mucho daño en anteriores guerras, persuadió al Gobernador a que volviese sobre aquel pueblo, y Soto, con el propósito de restablecer la amistad entre estas dos provincias, para que le dejasen realizar sus planes, sin inquietarlo ni darle guerra, accedió a ello y acompañó con sus tropas al ejército de los indios; pero esta vez no pudo conseguir lo que realizó felizmente entre los Casquines y los Capahas, como ya hemos referido, sino que, no pudiendo contener la furia de los Guachoyas al entrar en Anilco, mandó retirar su ejército, sin poder evitar que aquellos saqueasen y después quemasen el pueblo, haciendo grandes crueldades con sus enemigos.

En este tiempo falleció Juan Orortiz, aquel español que desde el principio les venía sirviendo de intérprete, y que por haber estado mucho tiempo prisionero con el Curaca Mucozo, le eran algo conocidos los dialectos de todas aquellas provincias y prestaba grandes servicios al ejército; mucho lo sintió el Gobernador, porque no teniendo noticias de la tierra por donde andaba, temía perderse y comprometer a sus tropas; suplió esta falta con un joven indio que se había tomado en Cutifachiqui y que algo entendía ya de la lengua de los españoles; pero lo que Orortiz transmitía en cuatro palabras, el mozo indio necesitaba un día y muchas veces entendía al revés lo que le decían, y sucedió

alguna vez tener que desandar el camino y verse perdidos de una parte para otra por entre montes y veredas, que fué uno de los mayores trabajos y peligros que tuvieron en su empresa los españoles (1). Continuando su marcha, llegaron a Ayasis, donde tuvieron que detenerse cuatro días, porque nevaba fuertemente; caminaron luego tres días por tierras tan bajas y cenagosas, que se atollaban los caballos, les llegaba el agua a los estribos, o tenían que pasar a nado las lagunas; allí se ahogó Francisco Sebastián, de Barcarrota, honrado y valiente soldado; algunos pasaron en balsas que se hicieron con maderas y cañas. Cuando llegó a Guachoya, se ocupó ya el Adelantado, con todo empeño y diligencia, en la construcción de los bergantines, y dejando los cuidados del ejército al Maese de Campo, se dedicó día y noche a realizar su proyecto. Mandó cortar maderas, que las había abundantes y buenas en aquellos montes; hizo juntar las sogas y cordeles que en el pueblo y su comarca hubiera, y construir otros para hacer jarcia; mandó recoger toda la goma y resina que hubiera en los pinos, ciruelos y otros árboles; que se aderezase toda la clavazón que había servido al ejército para construir las balsas y canoas; tenía ya designados los capitanes y soldados de su mayor confianza, que habían de ir en los bergantines; extendidas las instrucciones que habían de llevar para el mayor resultado de su expedición y para llevar noticias de la conquista a diferentes partes de donde pudieran venirle socorros y pobladores para aquellas extensas y ricas tierras que llevaba descubiertas, y donde siempre había logrado vencer a los naturales de

(1) Fidalgo de Elvas, Cap. XXVIII, pág. 92.

ellas, aunque por la diversidad de reinos y provincias y la grande extensión del territorio recorrido, no hubiese podido conquistar toda la tierra y conservarla; pero ya habían probado todos aquellos pueblos la fuerza y el poder de los españoles.

Para cuando saliesen los bergantines había elegido el sitio para la nueva población que pensaba fundar a la otra parte de aquel gran río, donde estaba situado el pueblo de Quigualtanqui, enfrente de Guachoya, porque tenía noticias de ser aquella provincia la más rica y amena de todas las que había descubierto y muy poblada; con este proyecto pensaba dejar fundadas dos grandes ciudades a un lado y otro del gran río Misisipí, a cuyo puerto podían llegar grandes embarcaciones y ser el centro y emporio de una gran nación, a quien la Naturaleza había destinado para hacerla la más próspera y floreciente del Nuevo Mundo. Para conseguir estos nobles y levantados propósitos, había tratado de ganarse la voluntad del Curaca de Quigualtanqui, mandándole embajadas y presentes con algunos indios que le habían cogido prisioneros; y aunque el indio se manifestaba resuelto a defenderse y no quería aceptar la paz, esperaba vencerlo con sus ruegos o con las armas, pues todavía contaba en su ejército quinientos infantes y ciento cincuenta caballos.

Estos proyectos de engrandecimiento y gloria acariciaba aquel Gran Capitán y valeroso soldado, sin poder presumir que el Destino adverso iba a destruirlos de un soplo, arrebatándole la vida a la temprana edad de cuarenta y dos años, en el apogeo de su gloria y cuando más esperanzas abrigaba para terminar aquella gloriosa empresa, en la que

había gastado su vida y toda su fortuna, adquirida a costa de grandes penalidades y trabajos. El día 20 de Junio de 1542, se sintió acometido de una calentura tifoidea, que entonces se llamaba tabardillo, y aunque el primer día se mostró muy lenta, fué al tercero tan alta y rigurosa, que el valiente General conoció que era mortal, y con mucha prisa, casi en cifras, por no haber papel bastante, dispuso su testamento y se preparó a la muerte como buen cristiano, pidiendo a Dios con la mayor resignación el perdón de sus pecados. Esto escribe Garcilaso; pero otros historiadores ponen su muerte acaecida el 25 de Mayo (1) de dicho año de 1542. Como la calentura le duró cinco días, la fecha de su muerte se refiere al 25 de Junio y sólo difieren los dos historiadores en el mes, por equivocación o descuido de uno de los dos.

Cumplidos sus deberes religiosos y arreglados sus asuntos particulares, llamó a su lecho de muerte a todos sus capitanes, les pidió perdón de los agravios que les hubiera hecho en cumplimiento de su deber como Capitán General, y les rogó que a su presencia le eligiesen sucesor y le prestasen juramento, lo cual les agradecería mucho y le aliviaría de la pena que sentía por dejarlos solos en una tierra que no sabían donde se hallaban; todos callaron afligidos, hasta que Baltasar de Gallegos, en nombre de todos, le contestó, consolándolo con reflexiones sobre la brevedad de la vida, de sus trabajos y miserias, y que aquel que más pronto la

(1) «No día seguinte XX de Mayo faleceo ho magnanimo, virtuoso e esforçado capita do Fernando de Souto, governador de Cuba e adiántado da Frolida; que a fortuna sobió como soe fazer a outros, pero de mais alto cahir, Fidalgo de Elvas, Cap. XXX, pag. 100.»

dejaba le hacia Dios más señalada merced; que en cuanto al sucesor que él les mandaba elegir, estaban todos conformes y juraban obedecer al que él designase para gobernarlos y terminar aquella empresa o lo que Dios tuviese a bien resolver. El Gobernador agradeció mucho aquella confianza que en él depositaban, y la promesa que le hacían para bien de todos y de la patria, nombrando en seguida por su sucesor en el mando y Gobernador de la tierra de la Florida al valiente Capitán Luis de Moscoso de Alvarado, a quien todos los presentes en este acto juraron obedecer (1).

Así murió cristianamente este magnánimo y nunca vencido caballero, digno de grandes estados y señoríos. Fué valeroso en los peligros y sufrido en las adversidades; el primero siempre en todos los trabajos, supo conservar el prestigio entre sus capitanes y soldados, sin mengua de su autoridad como Jefe. Soldado leal en las discordias de Nicaragua y del Perú, jamás faltó a sus deberes como soldado, ni a su palabra y compromisos como caudillo; mantenedor de la paz entre los Pizarro y Almagro, sufrió con resignación sus agravios y no le cegó jamás la ambición ni la codicia. Fué igual en valor a los demás conquistadores de América y superior a todos en magnanimidad y desinterés. A pesar de tan relevantes prendas de carácter, nadie se ha cuidado de escribir la historia completa de su vida y de sus hazañas, porque en su principal empresa le faltó el *éxito* y solamente un *indio* nos ha dejado extensa noticia de su memorable expedición de la Florida (2). Pero esto mismo le enaltece y

(1) Fidalgo de Elvas, Cap. XXX, pág. 101.

(2) La Florida del Inca Garcilaso de la Vega, natural de la gran ciudad del Cuzco. — Madrid, 1829.

abona su generosa y magnánima conducta, porque habiendo peleado toda su vida contra los indios, sus mismos enemigos han escrito sus alabanzas. Murió de cuarenta y dos años, a tiempo que en su dolencia bien poca consolación tuvo, porque el peligro en que todos estaban de perderse en aquella tierra era causa de que cada uno mirase por sí y tuviesen todos necesidad de ser consolados.

Fué el Adelantado Hernando de Soto, como ya dijimos al principio de este estudio, natural de Villanueva de Barcarrota (1); hidalgo por todos cuatro costados, por lo cual el Emperador le había concedido el hábito de Santiago, pero no gozó de esta merced, porque cuando la cédula llegó a la Isla de Cuba, ya había salido para la conquista de la Florida. Fué severo en castigar los delitos de milicia y de disciplina; pero perdonaba fácilmente los agravios personales. Honraba mucho a los soldados virtuosos y valientes y sufría con paciencia los trabajos y penalidades, sin hacer distinción de su persona, con lo cual se ganaba las simpatías de todos los soldados de su ejército. Aunque algunos historiadores han querido manchar su fama, suponiéndole cruel y que trataba mal a los indios, está probado por las relaciones más auténticas y verídicas, que usó con ellos todas las consideraciones que le permitían los sucesos de la guerra y las necesidades de su ejército. Fué personalmente tan valeroso, que siempre ocupaba el primer lugar, y por

(1) Hechas nuevas investigaciones en el archivo de la parroquia de Santiago de Barcarrota, hemos encontrado en sus libros algunas partidas de fines del siglo XVI y principios del XVII, con los apellidos de Soto, Méndez de Soto y Sotomayor, pero nada que indique parentesco con el Conquistador. Son muy generales los apellidos de Méndez y de Soto. (N. del A.)

donde quiera que entraba peleando dejaba hecho camino por donde pudiesen pasar diez de los suyos; todos confesaban que diez lanzas de su ejército no valían tanto como la suya.

Fué tan diligente y tan cuidadoso, que en los rebatos que los enemigos daban en su campo de día, era siempre el primero o el segundo que salía a la defensa, y nunca fué el tercero; y en las que daban de noche, jamás fué el segundo, sino siempre el primero, porque dormía constantemente en calzas y jugón, y como no se desnudaba, parecía que después de haberse apercebido para salir al arma, la mandaba tocar él mismo. Fué, en suma, una de las mejores lanzas que al Nuevo Mundo han pasado, y pocas tan buenas, y ninguna mejor, a no ser la de Gonzalo Pizarro, a la que se dió siempre el primer lugar. Gastó en este descubrimiento y conquista toda su fortuna, de más de cien mil ducados, cantidad muy crecida en aquellos tiempos.

Aunque muy sentida por todos sus compañeros de arma la muerte de este valeroso Capitán, no pudieron hacerle el funeral que merecía, por no haber medios para ello, y porque no se aperciesen los indios y quisiesen hacer en su cuerpo las afrentas que habían hecho con otros desventurados españoles, que los desenterraban, los hacían cuartos y los ponían en los caminos sobre los árboles. No querían sus soldados que aquel a quien en vida todos habían respetado y querido, fuese ultrajado y vilipendiado después de muerto. Convenía también a la tranquilidad de todos ocultar su muerte, y para ello convinieron en enterrarlo de noche y con centinelas, para que no lo viesen los indios ni supiesen el lugar de su sepultura, y eligieron para ello un

hoyo grande y ancho de donde habían sacado tierra para los edificios, y de noche, con gran sigilo, llevaron el cuerpo y lo enterraron, sin más ceremonias ni otro aparato que el acendrado dolor de los sacerdotes y caballeros que lo acompañaban. Al día siguiente corrieron la noticia de que el Gobernador estaba mejor, y con tal motivo, para celebrarlo, dispusieron hacer maniobras de caballería en el campo, regándolo antes para que los caballos no levantaran polvo, y en realidad con el fin de que se borrara toda señal de tierra removida. Con gran dolor de todos se hizo este alarde de fingida alegría, pero como la pena no puede estar oculta, los astutos indios sospecharon la muerte y el lugar del enterramiento, porque paseando por el llano, se paraban en las hoyas, se hacían señas y hablaban unos con otros. Con estos temores pensaron en darle sepultura en el río grande; al efecto, se dispuso que Juan de Añasco con los capitanes Juan de Guzmán, Arias Tinoco, Alonso Romo de Cardeñosa y Diego Arias, hiciesen un reconocimiento en el río, acompañados de un vizcaíno llamado Juan de Abadía, hombre de mar y gran Ingeniero (1); embarcados en una piragua salieron más tarde, y con el mayor disimulo, como si fueran pescando, reconocieron el sitio donde se podía hacer el enterramiento; sondaron el río y encontraron que tenía en su centro diecinueve brazas de fondo (38 varas) y un cuarto de legua de ancho. Como en toda aquella comarca no había piedra que echar con el cuerpo para que lo llevase a fondo, cortaron una gruesa encina e hicieron en el tronco la caja suficiente para contener el cuerpo; a la noche siguiente,

(1) Garcilaso.—Lib. V, Cap. VIII, pág. 255.

con el mayor disímulo lo desenterraron, pusieron el cuerpo en la caja, la taparon con tablas y la clavarón; llevándola en una piragua, la echaron en el centro del río, con gran dolor de los sacerdotes y caballeros que asistían a este segundo entierro; encomendaron su alma a Dios y vieron que la caja se iba luego a fondo. Estas fueron las exequias tristes y pobres que se hicieron al cuerpo de aquél valeroso guerrero, que tantas veces los había conducido a la victoria.

Dispuso Luis de Moscoso que se hiciese almoneda de las haciendas de Soto, y es curiosa la relación que de este acto hace el Fidalgo de Elvas. Dos esclavos, dos esclavas, tres caballos y setecientos puercos, era toda la fortuna de aquel gran Capitán y poderoso magnate, que había empleado en la expedición de la Florida cien mil ducados. La miseria, como premio a los grandes servicios al Rey y a la patria en treinta años de constantes guerras, penalidades y trabajos; no consta que su viuda ni sus herederos pidiesen ni obtuviesen ninguna recompensa. Por cada caballo o esclavo daban los compradores dos o tres mil cruzados; por cada puerco doscientos cruzados. Todas las compras se hacían al fiado, porque aquellos guerreros no tenían moneda ni objeto alguno de valor con que pagar; los que en España tenían haciendas, compraban poco y con miedo; pero los que nada tenían, eran más espléndidos, porque habían de pagar con la primera fundición de oro o plata que se hiciese en su repartimiento. De allí en adelante todos tenían puercos, los criaban y comían de ellos en los días festivos. ¡Todo se había perdido, menos la gloria de aquella memorable expedición!

Lo relativo al testamento, muerte y exequias de Hernando de Soto, lo refieren de conformidad Alonso de Carmona, Juan Colés, el Inca Garcilaso y el Fidalgo de Elvas. Así terminó su vida aquél célebre guerrero y valeroso Capitán.

Otros héroes han logrado para su fama suntuosos mausoleos donde reposen sus cenizas, inscripciones en memoria de sus grandes hazañas, bajos relieves que las representan y estatuas suntuosas que los recuerdan a la posteridad, mientras que el Adelantado Hernando de Soto, uno de los más grandes Capitanes de nuestras conquistas de América y el de más pura gloria, sólo tiene como recuerdo de su grandeza el modesto monumento de Barcarrota, su patria, y por sepulcro, el río más grande del universo, el caudaloso Misisipí (1).



(1) Este mi modesto estudio biográfico, es la primera historia que se ha escrito y que presenta reunidas las grandes hazañas y memorables hechos de este célebre guerrero. En América y en los Estados Unidos es más conocido, aunque peor juzgado, que en España. La posteridad y la crítica histórica, haciéndole justicia, reconocen sus gloriosos hechos, la rectitud de sus acciones, y le consideran como una de las más grandes figuras de nuestras gloriosas conquistas en el Nuevo Mundo. (N. del A.)

EPILOGO

ANTES de la muerte de Soto, ya se notaron en su ejército síntomas de cansancio y desaliento, precursores de la indisciplina militar; pudo contenerlos con su energía y gran carácter aquél célebre guerrero, pero cuando él desapareció de la escena, ya se comprendió que era imposible continuar con la empresa de la conquista de la Florida. Los guerreros habían quedado reducidos a la mitad del contingente: habían perecido la mitad de los caballos; el país no ofrecía aquellos ricos tesoros que habían sido el aliciente en otras expediciones; ni siquiera para poblar y establecerse había ya los elementos necesarios: era preciso abandonar la empresa. Así se convino por unanimidad en un consejo de capitanes, presidido por Luis de Moscoso. Dudaban si salir al mar embarcándose en el Misisipí, o caminar por tierra en dirección a las fron-

terras de Méjico; para lo primero, les ofrecía grandes dificultades el desconocimiento completo de la cuenca de aquel gran río, y para lo segundo, no se consideraban con fuerzas suficientes para defenderse de las innumerables fuerzas de los indios. Decidieron al fin esto último y caminaron algunas jornadas pasando grandes trabajos, pero al fin volvieron a buscar el río Grande y en la provincia de Aminoya, cerca de la de Quigualtanqui, que era en la que quería poblar Hernando de Soto, construyeron siete bergantines y en ellos se embarcaron, bajando por el río para salir al mar. Todavía tuvieron que defenderse de los indios que les ofendían con sus numerosas piraguas, que formaban una verdadera escuadra, pues se reunían, a veces, más de ciento. No podían los españoles valerse de sus armas; los caballos que venían en balsas remolcadas por los bergantines, eran los que más sufrían y hubo necesidad de abandonarlos, porque de nada podían servir para la defensa. Para los arcabuces no tenían pólvora, y había sido preciso utilizar los hierros para la clavazón de las naves. De nada les servían las espadas y lanzas, porque los indios disparaban sus flechas desde lejos, causando muchas bajas en los españoles. Fué para éstos gran fortuna que sus enemigos no se uniesen para perseguirlos, pues en llegando al límite de su respectiva provincia, se retiraban, dejando la persecución a otros, que la continuaban con igual constancia y valor.

Duró esta heroica retirada cincuenta y dos días, hasta llegar a la tierra de Méjico. Cuando salieron del río y desembarcaron en el Océano, se vieron libres de los indios, pero tuvieron que vencer mayores dificultades; como no tenían carta de marear,

ni pilotos, ni hombres de mar, no sabían tomar el rumbo y no podían separarse de las costas, hasta que unas fuertes tormentas los arrojaron sobre la tierra de Méjico y se juntaron todos en el pueblo de Panuco; eran ya menos de trescientos. Allí los recibió bien el Virey de Méjico, don Antonio de Mendoza, y trasladados a la capital, fueron también muy bien recibidos y obsequiados. De allí se derramaron ya por diversas partes, volviéndose unos a España, otros a Cuba, algunos entraron en las órdenes monásticas, y otros pocos se fueron al Perú, o se quedaron en Nueva España con Luis Moscoso de Alvarado, que casó en Méjico con una mujer principal y rica, parienta suya.

Llegaron estos pocos españoles en situación tan desdichada, que excitó la compasión de todos sus hermanos de Méjico; como habían perdido todas sus ropas en el incendio de Mauvila, venían todos desnudos y descalzos, sin más ropa interior ni exterior que algunas pieles con que cubrían sus carnes, y los más delicados llevaban zapatos de piel sin curtir, atados con correa, como los llamados *albarcas*, que son hoy comunes en Castilla y Extremadura.

Es de admirar que al desbandarse el ejército de la Florida no hubiese entre sus capitanes aquellas discordias y guerras que fueron tan frecuentes en otras empresas más afortunadas. No faltó entre ellos la unión y la disciplina; con el mayor orden hicieron su retirada defendiéndose de los indios y de los peligros del mar en una larga y borrascosa travesía, obedeciendo en todas las ocasiones al nuevo Gobernador. Era que vivía entre ellos el espíritu de rectitud y de disciplina de su antiguo

Gobernador, el grande y malogrado Hernando de Soto.

Para terminar esta breve historia, nos falta referir el resultado de la expedición de los capitanes Gómez Arias y Diego Maldonado, que habían ido a La Habana a buscar socorros por orden de Hernando de Soto. Cumpliendo doña Isabel de Bobadilla con los encargos que le hacía su marido, compró tres navíos, y como se interesaron muchos en la empresa, los cargaron de comida, armas y municiones; vacas, cabras, yeguas, ovejas, trigo, cebada y legumbres; también cargaron la carabela y los dos bergantines, y hubieran cargado más si los tuvieran, porque los habitantes de las islas de Cuba y Santo Domingo se entusiasmaron tanto con la relación que les hacían de las ricas tierras de la Florida, que todos querían ir a poblar a ella. Salió esta armada en el verano de 1540 y llegó al puerto de Achusi; no hallando allí al Gobernador, salieron reconociendo la costa, dejando señales en los árboles y cartas escritas en los huecos de ellos, con noticia de lo que habían hecho y de lo que pensaban hacer al verano siguiente, y no logrando tener noticias del Gobernador, regresaron a invernar a La Habana. Volvieron al año siguiente, gastaron siete meses en hacer las mismas diligencias y no obteniendo tampoco resultado, se volvieron ya más contristados. En la primavera de 1543 salieron de nuevo, no pudiendo creer que todos los españoles hubiesen perecido, y permaneciendo en aquellas costas, reconociéndolas minuciosamente sin encontrar noticia alguna, llegaron en Octubre del mismo año a Veracruz, y allí supieron la triste noticia de la muerte del Gobernador y de la retirada

de los trescientos soldados que habían quedado de su ejército. Cuando llevaron tan tristes nuevas a la isla de Cuba, y dieron cuenta de ellas a doña Isabel de Bobadilla, fué tal la congoja que tuvo con la relación de tantas desdichas, que enfermó gravemente y murió al poco tiempo.

A veces la Providencia dispone que con escasos medios se alcancen grandes sucesos, como ocurrió en la conquista del Perú; y con grandes medios, inteligencia y cordura se malogren las empresas mejor dirigidas, como sucedió en la memorable conquista de la Florida. Fueron dos las causas principales de esta inmensa desgracia: el retraso en poblar como la prudencia aconsejaba, sin afanarse en buscar las suspiradas minas de oro y plata que aquella tierra no producía, y la temprana muerte del Gobernador, que vino a frustrar los grandes planes que meditaba, para hacer en las orillas del Misisipí uno de los más grandes emporios de riqueza del Nuevo Mundo. Otros pueblos más afortunados han podido realizar después estas inmensas ventajas; pero no deben olvidar que los españoles, y principalmente Hernando de Soto, les abrieron los más anchos caminos de su grandeza y poderío.



APÉNDICE PRIMERO

REALES PROVISIONES PARA LA CONQUISTA DE LA FLORIDA

M. S. de don Juan Bautista Muñoz. (Biblioteca
Nacional. Tomo A.—108)

TODOLLODE SOTO

DEL LIBRO DE TRASLADOS DE PROVISIONES SOBRE LA FLORIDA

FLORIDA SOTO	SEVILLA CONTRATACIÓN
<i>Capitulación con Hernando de Soto que había servido en las Conquistas y provincias de Nicaragua, Perú y otras partes de indias. — Encárgasele la Conquista y población de lo que se concedió a Pánfilo de Narváez, y adelante las Provincias de la Tierra Nueva, cuya gobernación fué encomendada al Licenciado Ayllón.</i>	

Título de Gobernador y Capitan General de doscientas leguas de lo que descubriese; Adelantado, Alcalde Mayor y teniente de tres fortalezas; oferta de doce leguas en cuadro con Señorío de vasallos; juntamente la Gobernación de Cuba; facultad de

llevar a Cuba cincuenta esclavos francos y otros cincuenta a su conquista: franquezas y mercedes a los conquistadores y pobladores.

Se le obliga a hacerse a la vela dentro de un año, con 500 hombres, y los Oficiales Reales, Religiosos y demás señalados por S. M.—Todo a costa de Soto. Insértase la Real Provisión para el buen tratamiento de los Indios, su fecha en Granada, a 17 de Noviembre de 1526.

Para el cumplimiento de la presente en Valladolid, a 20 de Abril de 1537.—EL REY.

Síguen los Títulos de Capitán General, Alcalde Mayor, Teniente de Fortaleza y demás, conforme a la Capitulación, y se limita que en su Señorío de doce leguas no entren Puertos ni Caballeros.

En Valladolid, a 4 de Mayo de 1537.—EL REY.

PERU. Cédula Real mandando al Gobernador del Perú que los pesos de repartimiento que allí tiene Hernando de Soto no se los quite, sino que queden en nombre de él, con la tasación y moderación que se deben hacer generalmente; la cual Provisión lleva el Obispo de Nueva Castilla: Esta y otras, fecha 4 de Mayo de 1537.

CONTADOR. Va por Contador Juan de Añusco. Su Título fecha 16 y 20 de Abril de 1537. Su Instrucción 4 de Mayo.—Título de Regidor del pueblo principal 4 de Mayo.—Licencia de res-

catar con Indios, no obstante ser oficial, 4 de Mayo de 1537.

FACTOR. *Va por Factor Luis Hernández de Biedma. Su Título en Valladolid, a 20 de Abril de 1537.—Su Instrucción, a 4 de Mayo.—Título de Regidor, a 4 de Mayo.—A este recomienda Samano a los oficiales de Sevilla en 24 de Julio, como a deudo del Doctor Guevara.*

TESORERO. *Va por Tesorero Diego del Corral. Su Título, Instrucciones y Cédulas, con la misma fecha de 4 de Mayo de 1537.*

REGIDORES. *Títulos de Regidor a Alvaro de San Jurjo, Luis Daza, Francisco Osorio, García Osorio, hermanos, y Diego de Amusco. Fechas en Valladolid, a 4 de Mayo, 21 de Agosto y 13 de Noviembre 1537.*

VEEDOR. *Va por Veedor Pedro de Villegas.—Su Instrucción y Título en Valladolid, a 26 de Febrero y 20 de Abril de 1538.—Por haber muerto, se nombró a Diego Amusco de Tapia y su Título en Madrid a 18 de Julio de 1539. (No debió ir con Soto, pues se asentó su Título en la Casa de la Contratación de Sevilla en 13 de Mayo de 1541.) Los demás se asientan, desde Enero hasta Abril de 1538.*

Le 15 Mars 1917, le Capitaine de Vaisseau de la Flotte de la Méditerranée, Monsieur le Comte de la Roche, a été nommé à la tête du 1er Régiment de Tirailleurs Algériens, à la suite de la mort du Colonel de la Roche.

Le 15 Mars 1917, le Capitaine de Vaisseau de la Flotte de la Méditerranée, Monsieur le Comte de la Roche, a été nommé à la tête du 1er Régiment de Tirailleurs Algériens, à la suite de la mort du Colonel de la Roche.

Le 15 Mars 1917, le Capitaine de Vaisseau de la Flotte de la Méditerranée, Monsieur le Comte de la Roche, a été nommé à la tête du 1er Régiment de Tirailleurs Algériens, à la suite de la mort du Colonel de la Roche.

Le 15 Mars 1917, le Capitaine de Vaisseau de la Flotte de la Méditerranée, Monsieur le Comte de la Roche, a été nommé à la tête du 1er Régiment de Tirailleurs Algériens, à la suite de la mort du Colonel de la Roche.

Le 15 Mars 1917, le Capitaine de Vaisseau de la Flotte de la Méditerranée, Monsieur le Comte de la Roche, a été nommé à la tête du 1er Régiment de Tirailleurs Algériens, à la suite de la mort du Colonel de la Roche.

Le 15 Mars 1917, le Capitaine de Vaisseau de la Flotte de la Méditerranée, Monsieur le Comte de la Roche, a été nommé à la tête du 1er Régiment de Tirailleurs Algériens, à la suite de la mort du Colonel de la Roche.

APÉNDICE SEGUNDO

DE LA RELACIÓN DEL FIDALGO DE ELVAS

ALGUNAS PARTICULARIDADES DE LA TIERRA DE
LA FLORIDA QUE DESCUBRIERON LOS ESPAÑOLES

Desde la Bahía del Espíritu Santo hasta la provincia de Ocute, que serán 400 leguas; es tierra baja y llana de muchas lagunas, montes espesos y algunos pinares silvestres, es tierra delgada sin sierra, ni oteros; la de Ocute es más fuerte y viciosa, de arbolado más claro y tiene buenas riberas de ríos. De Ocute a Cutifachiqui habrá 130 leguas, las 80 de despoblado y de muchos pinares bravos; por el despoblado pasan grandes ríos. Hasta Xuala, que serán 250 leguas, es toda tierra de sierras. De Cutifachiqui a Xuala, Chiaha, Coza, Talíse y Tascaluza, es toda la tierra llana, fuerte y abundante, así de maizales como de arboleda y frutales de todas clases, la tierra enjuta y fértil, regada por ríos, y muy apacible. De Xuala a Tascaluza habrá 250

leguas. De Tascaluza al río Grande (Misisipí) habrá 300 leguas, tierra baja y de muchas lagunas. Del río Grande en adelante es la tierra alta, rasa y la más poblada de toda la Florida. A lo largo de este río 150 leguas, es tierra llana, de buen arbolado y tierra fértil y amena hasta Colígoa; desde aquí a Autianque 250 leguas de sierras. A Guacay 230 leguas de tierra llana; a Daycao 120 leguas de sierras.

El pan que hay es de maíz, que es como el millo Zaburo y es el que comen en toda la Florida y en todas las Indias de Castilla; hay muchas nueces y ciruelas, moras y uvas. El maíz lo siembra cada uno y lo recoge para sí; pero las frutas son comunes a todos, porque se dan por el campo en tanta cantidad, que sobran del consumo, sin necesidad de plantarlas ni cultivarlas. En las sierras hay castañas, algo más menudas que las ordinarias de España. Desde el río Grande para el poniente, son las nueces mejores, porque son mollares y semejantes a las bellotas; pero las del río Grande para el puerto son en su mayor parte dureras; los árboles y nueces no se parecen a los de España. Hay en toda la tierra una fruta, que se produce en una hierba que siembran los indios, y la fruta es como peros reales, de buen olor y exquisito gusto. Otra hierba nace por el campo, que cerca del suelo da una fruta como madroños (fresas), que es muy gustosa. Las ciruelas son de dos mitades, encarnadas y pardas, de la hechura y tamaño de las nueces y tienen tres o cuatro huesos; éstas son mejores que las de España y se hacen de ellas mejores pasas; solamente en las uvas se conoce la falta de cultivo, pues aunque son gruesas, tienen mucho caruezo. Todas

las frutas son muy ricas y menos dañosas que las de España.

Hay en la Florida muchos osos y leones, lobos, venados, perros, gatos y conejos. Gallinas bravas, grandes como pavos; perdices pequeñas como las de Africa (¿codornices?), grullas, patos, tórtolas, tordos y pardales. Hay unos pájaros negros, mayores que pardales y menores que los estorninos. Hayalcones, falcones, gavilanes y todas las aves de rapiña que hay en España.

Los indios son bien proporcionados; los de la tierra llana son más altos y mejor dispuestos que los de las sierras; los del interior son más abastecidos de maíz y de ropa de la tierra que los de las costas. La tierra de la costa es delgada y pobre y la gente más belicosa y brava. De la bahía del Espíritu Santo hasta Apalache y de Apalache al río de las Palmas, es de Este a Oeste; del río de las Palmas hasta Nueva España, de Norte a Sur, costa mansa, pero de muchos bajos y grandes bancos de arena.

Relación del Fidalgo de Elvas, cap. XLIII, pág. 137.

El autor de esta relación dice: *que todo o que aqui vay escripto passou diante delle*. Debió ser uno de los fidalgos que acompañaron a Soto. Se presume que el autor debió ser Alvaro Fernández, pero no ha podido comprobarse.

Esta relación nos informa que la parra silvestre se criaba en América y lo mismo la fresa; que el pan de Cazabé, tan general en aquel país, se hacía de la mandioca, y lo que el autor llama Plátanos, no era otra cosa que la Banana.

Esta obra del Fidalgo, tan estimada, fué traducida al francés en 1650 y al inglés en 1686. (N. del A.)

APÉNDICE TERCERO

EXTREMEÑOS QUE ACOMPAÑARON A HERNANDO DE SOTO.
EN LA CONQUISTA DE LA FLORIDA

DE VILLANUEVA DE BARCARROTA

DIEGO GARCIA, hijo del Alcaide de la fortaleza de dicha villa, fué por Capitán de una Nao gruesa llamada San Juan. Se distinguió mucho por su fuerza y valor; y por eso le llamaban Diego García de Paredes.

ARIAS TINOCO.

DIEGO ARIAS TINOCO.

ALONSO ROMO DE CARDEÑOSA.)

} Parientes del Gobernador.

DIEGO DE SOTO, Capitán, sobrino del Conquistador y cuñado de don Carlos Enríquez.

FRAY LUIS DE SOTO, Dominico, pariente del Gobernador.

DIEGO VÁZQUEZ.

FRANCISCO SEBASTIÁN.

ESTEBAN AÑEZ.

JUAN VÁZQUEZ.

} Soldados.

DE JEREZ DE LOS CABALLEROS

NUÑO DE TOVAR, Capitán.

Don CARLOS ENRIQUEZ, Capitán. Casado con una
sobrina del Gobernador.

Don CARLOS ENRIQUEZ, hijo natural del anterior.

DE BADAJOZ

LUIS MOSCOSO DE ALVARADO.)

JUAN DE ALVARADO.)

CRISTÓBAL MOSQUERA.)

} Capitanes y hermanos.

PEDRO CALDERÓN, Capitán.

FRAY FRANCISCO DE LA ROCHA, Trinitario.

BAITASAR HERNÁNDEZ, Escribano.

HERNANDO ATHANASIO.

DIEGO MUÑOZ, paje de Pedro Calderón.)

LUIS BRAVO DE JEREZ.)

CRISTÓBAL MOSQUERA.)

} Soldados.

JUAN DE VEGA.)

JUAN DE VEGA.)

} Primos.

DE ALBURQUERQUE

ALVARO NIETO.)

JUAN GARCÍA PECHUDO.)

} Soldados.

DE HERRERA DE ALCANTARA

GONZALO SILVESTRE, Capitán.

DE MEDELLIN

ANTONIO DE LA CADENA.)

FRANCISCO SEGredo.)

GASPAR CARO.)

DIEGO GODOY.)

} Soldados.

DE VALVERDE

PEDRO LÓPEZ.
ANTÓN GALVÁN.
PABLO HERNÁNDEZ. } Soldados.

DE USAGRE

JUAN PÁEZ, Soldado.

DE ZAFRA

GONZALO CUADRADO JARAMILLO.
JUAN COLES, autor de una relación de } Soldados.
la Conquista.

DE ALMENDRAL

JUAN MATEOS, Soldado.

DE ALMENDRALEJO

ANDRÉS DE MENESES, Soldado.

MEMORANDUM FOR THE RECORD

TO: Mr. Tolson
FROM: Mr. [Name]
SUBJECT: [Subject]

1. [Text]

2. [Text]

3. [Text]

4. [Text]

5. [Text]

6. [Text]

7. [Text]

8. [Text]

APÉNDICE CUARTO

AUTORES QUE TRATAN DE HERNANDO DE SOTO

NICARAGUA Y EL PERÚ

Antonio de Herrera, «Décadas de Indias», continuadas por el doctor don Pedro Fernández del Pulgar. (Desde la tercera hasta la novena.)

Guillermo Prescott, «Historia de la conquista del Perú».

Agustín de Zárate, «Historia de la conquista del Perú», libro II.

Francisco de Jerez, «Conquista del Perú».

Guillermo Robertsón, «Historia de América», libro VI.

César Cantú, «Historia Universal».

Mariana, «Historia de España». Tomo 7.º, libro III, capítulo IV al XVII, y libro IV, capítulo I.

Quintana, «Españoles célebres». Vidas de Balboa y de Pizarro.

Chateaubriand, «Viaje a América». Ensayo histórico,

LA FLORIDA

Relaciones de los conquistadores Juan de Coles y Alonso de Carmona

Otra relación sacada de la librería del Duque de Sesa y traducida al francés por M. D. C.; se imprimió en París en 1685. (Parece ser la misma que cita Moreri, en su diccionario, en la palabra Florida. Se cree que este autor fué compañero de Soto.)

Relação verdadeira dos trabalhos que o Governador Fernando de Suoto y outros pasaraon no descobrimento da Florida, por um Fidalgo de Elvas. Se imprimió en Evora en 1557. Se ha reimpresso por la Academia de Ciencias de Lisboa en 1844. (La cita Antonio de León Pinelo en su Epítome de la Biblioteca Occidental, fol. 74.)

Juan de León, «Descripción de las Indias Occidentales», libro IV.

El Obispo Padilla, «Historia de la provincia de Santiago de Méjico», libro I, capítulo LIII.

El Inca Garcilaso, «Historia del Adelantado Hernando de Soto». Escrita el año de 1587, e impresa en Lisboa en 1605. (Todos estos autores pueden considerarse coetáneos, pues Garcilaso afirma que escribió con sujeción a las noticias que le diera uno de los conquistadores.)

Vista de la Florida Occidental, Filadelfia, 1817.

Bancroft, «History of the United States.

Colección de documentos inéditos del «Archivo de Indias», tomo IV sobre el descubrimiento y conquista de la Florida.

Al final de la primera edición de esta obra, y en forma de nota, aunque su contenido sea de colofón, aparecen las siguientes palabras: «Fué concluida la impresión de esta obra en Badajoz, a 12 de Octubre de 1892. Día memorable de fiesta Nacional.»

COLOFÓN

LA SEGUNDA ESTAMPACIÓN DE ESTE LIBRO, DESINTERESADAMENTE CEDIDA POR LOS HEREDEROS DEL AUTOR A LA EDITORIAL ARQUEROS, TUVO TÉRMINO EL DÍA XXV DE JUNIO DE MCMXXIX, ANIVERSARIO, SEGÚN EL INCA GARCILASO, DE LA MUERTE DEL BRAVO, DESINTERESADO Y HUMANO CONQUISTADOR DE AMÉRICA HERNANDO DE SOTO, EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS QUE DICHA EDITORIAL TIENE ESTABLECIDOS EN BADAJOZ.

HERNANDO DE SOTO

